



Un príncipe a mis 30

Myrian González Britos

**Un príncipe
a mis
30**



Myrian González Britos

© 2017 Myrian González Britos
Todos los derechos reservados

Queda terminantemente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Primera edición: noviembre 2017

Nota de la autora

LOS

príncipes azules de la vida real puedes encontrarlos en los lugares más insólitos como en un supermercado, en alguna tienda, en la calle, en internet o en alguna cafetería con nombre peculiar.

Sólo hay que creer en ellos.

Agradecimiento

En primer lugar, a Dios y a mis ángeles.



A mis amigas y escritoras, Mónica Thomas y Carolina Moreno que siempre están ahí, en las buenas y en las malas.

Los ángeles existen y ellas eran la prueba de ello.

A mi esposo por su amor infinito y su apoyo incondicional.

A mi madre, mi lectora número uno y mi mejor amiga en todo el mundo.

A mis lectoras, Jessica Sabio, Cris Búa López, Mariluz Aquino y al grupo “Los libros abren tus ojos” y a los demás lectores, cuya existencia hace posible este sueño.

Myrian González Britos

Prologo

♪With love – Sarah Connor♪

Somo, 14 de febrero del 2014

El amor era una utopía en el diccionario de Valentina González, una dulce y soñadora joven, cuya alma carecía de fe en el amor. Nunca había tenido suerte en el campo amoroso y ahora a punto de cumplir sus treinta años mucho menos.

Su vida era afable, pero a veces, muy penosa y solitaria, en especial el 14 de febrero de cada año, fecha de su cumpleaños y día del amor, según el calendario de varios países.

Mientras todos festejaban el día del sentimiento más aclamado y perseguido por las parejas en todo el mundo, ella soplabla su vela en solitario, sobre un cupcake de chocolate en la playa de Somo, ubicada en el pueblo con el mismo nombre, en España.

—Felicidades, Valentina —se decía con tristeza antes de apagar la velita—. Este año tengo un solo deseo, respirar...

Devoraba su mini pastel observando a los casales enamorados con ojos nublados y melosos.

Tras la muerte de su madre, su vida se descarriló. No había esperanzas en su destino ni en su corazón endurecido. ¿Era el hado tan cruel e inflexible? ¿Era ella tan azarosa? ¿No merecía un amor como otras mujeres? ¿Estaba convicta a su suerte? Nadie respondía a sus demandas ni siquiera su corazón.

—Maldito karma —se dijo enfurruñada antes de erguir de la arena y marcharse a su casa con su única amiga en todo el mundo, una hermosa perra

labradora llamada, Penélope—. Hora de ver nuestro culebrón favorito —le dijo a su perra, que brincó de alegría como de costumbre.

Cierto día, en su pueblo inauguraron una confitería llamada «Un chocolate para tu corazón». El nombre le pareció muy dulce y original.

Se hizo cliente fiel del sitio idílico, pero más que por el café o el chocolate que servían, lo que en verdad la tenía embelesada, era uno de los meseros del local, un hombre llamado Jonás, que apareció en su vida de la nada y siempre la estaba salvando de algún infortunio, como un príncipe a su doncella en apuros.

¿Era él el príncipe de su cuento?

Valentina soñaba despierta con el extranjero, a quien llamaba «surfista dorado», ya que Jonás era alto, rubio como el sol y fuerte como un vikingo.

—La chica de los ojos tristes —decía Jonás, cada vez que la veía entrar en el local.

Lo que, Valentina, no esperaba era que poco a poco iba estigmatizando el corazón encallecido del alemán, un hombre que había huido del dolor y buscaba paz y sosiego lejos de los suyos.

¿Podría nacer el amor entre dos personas tan opuestas y tan sufridas?

¡El cuento de hadas ha comenzado!

Valentina

Capítulo I

♪Melancholy -Secret Garden♪

Un hada sin alas y sin magia

Acababa de llegar al camposanto donde reposaban los restos mortales de mi querida madre. El sol se escondía entre las nubes, anunciando alguna precipitación futura.

—Por fortuna he traído un paraguas —dije sonriendo con astucia al tiempo que golpeaba mi bolso hindú colorido a un costado, el último regalo de mi madre antes de que falleciera.

«Te echo tanto en falta, mamá».

Llevaba puesta mi peculiar falda larga hindú, mis sandalias romanas de color negro y mi chaqueta de vaquero rojo —ajada y desteñida—, sobre una blusa negra ajustada.

Mi look de siempre.

—Hola, madre —dije sollozando tras arreglarme mi larga trenza a un costado.

Todavía recuerdo la voz cansina de mi madre aquel día que me regaló el bolso que yo tanto anhelaba. Estaba en su cama, muy delgada y muy demacrada. Su enfermedad había consumido su vida con mucha saña y mucha presteza sin apenas darte tiempo para decir adiós.

«Es tu regalo adelantado por navidad, mi amor» me dijo sonriendo.

Mi madre era mi hada madrina, no tenía alas ni magia, pero hacía brillar mi mundo con su simple existir.

La vida no siempre era como uno se lo imaginaba o lo idealizaba. Con el paso del tiempo, en varias etapas, vas comprobando por ti misma la realidad y lo ideal.

A veces la vida era bella, otras veces horrible como lo era hoy para mí, que visitaba el panteón del ser que más amaba en mi vida, mi madre.

—Te echo tanto en falta —susurré con el alma a mis pies.

Una nunca se daba cuenta de que ha perdido a su ser querido, hasta que lee su nombre en una fría lápida en un cementerio.

—El dolor me debilita, madre —dije con el corazón en un puño.

Un año atrás, enterré a mi madre, y aún no lo podía creer y mucho menos, aceptar. Decían que el tiempo curaba las heridas, llenaba los vacíos, soterraba las penas. Pero yo sentía que nunca llegaría ese día, al menos, no en esta vida. ¿Pesimismo? Quizá. Llámame pesimista, pero la verdad, pecaba de realista. La vida nunca fue dócil conmigo. No era una santa, aunque tampoco el diablo encarnado. La vida no siempre era justa.

Con la muerte de mi madre, —mi único pariente, mi única amiga, mi hada madrina, mi todo— ha muerto mi ánimo y la poca fe que aún tenía dentro de mí. La tristeza era la única compañía que me había restado tras su partida.

«Idalia Fernández» musité enronquecida.

Mi madre se llamaba Idalia, que significaba: «Persona optimista». Era una mujer alegre, llena de vida, llena de sueños y optimismo, fiel al significado de su nombre. Sin embargo, también estaba llena de heridas, decepciones y tristezas, que fue coleccionando con el paso del tiempo.

—Mi mártir —mascullé, acariciando su gélida lápida como si fuera su rubicundo y sonrosado rostro.

Con todo eso, siempre fue una guerrera llena de luz que lograba iluminar incluso a las bestias más oscuras que se cruzaban en su vida, como, por ejemplo: mi padre.

—Madre —gimoteé anegada en lágrimas mientras rozaba cada letra de su nombre.

Mi padre nos abandonó por otra mujer cuando yo apenas tenía diez años. Jamás volvimos a saber de él, desde entonces. Mi madre nunca superó su adiós, nunca pudo arrancarlo del corazón a pesar de su deslealtad tan mordaz. Era amor infinito, decía resoluta.

«Estupidez en su estado más puro» decía yo, para mis adentros.

—El amor todo lo perdona, todo lo supera, todo lo soporta —repetía mientras observaba el mar.

Siempre optaba por el silencio, ya que discutir con burro, era... ya saben...

Mi padre jamás volvió.

Nunca comprendí su amor por él y creo que, nunca lo haré.

«El amor todo lo disculpa» decía en su lápida, bajo su nombre.

El amor era tan complejo como la existencia humana misma, por ello, siempre lo mantuve alejado de mi corazón. Pero decían que era un sentimiento cabezota, que se metía dentro de uno sin permiso previo, era austero, dominante e invencible. ¡Un gladiador de los sentimientos!

—Por el momento, para mí sigue siendo una utopía, madre y vivo bien sin él —le dije, fehaciente de que me escuchaba desde el cielo.

Yo borré a mi padre de mi corazón y de mi vida para siempre. No podía querer a quien simplemente no me quería y nunca me quiso. En sus eternas riñas con mi madre, dejó escaparse esa información y jamás pude borrarlo de mi memoria.

«Tú me encadenaste a una relación que no quería, por ese bebé maldito que trajiste al mundo».

Era una maldición para él y no una bendición como siempre lo eran los hijos para sus padres.

Mi madre era una más en el mundo a padecer de mal de amores, la típica mujer que amaba con vesania a quien jamás siquiera pudo apreciarla

como ser vivo.

—Papá, nunca apareció — farfullé apenada—. Ni siquiera tras anunciar tu muerte en su periódico favorito por más de tres meses —agregué con un enorme nudo en la garganta—. Lo siento mucho.

Había llamado a mi padre cuando descubrimos la enfermedad de mamá. El número ya no existía.

«Maldito cabrón».

Mi madre descubrió que padecía de cáncer en los ovarios en el 2012, y tras una larga lucha desleal, la enfermedad al fin venció, dejándome a mí con un cáncer en el corazón, un cáncer emocional que carcomía lo mejor de mí a diario.

—Lo siento mucho, madre —tercié recostándome sobre su lápida—. Mamita...

Luchar a su lado fue tan desgarrador como padecerlo en carne propia. Dejé mi vida por salvarla, pero el destino tenía otros planes. Recé día y noche por un milagro, pero Dios no me concedió ese pedido, no me escuchó, me ignoró. ¿Estaba tan ocupado?, ¿y su misericordia?, ¿no merecíamos su piedad?

—Sigo viva, madre —le dije, luego de haber encendido una vela aromática—. Es de almendras —le dije sonriendo de costado—. Tu aroma favorito...

Mi madre me hizo jurar que jamás haría nada en mi contra tras su muerte, y que realizaría su antiguo sueño, formar una hermosa familia, cuya base fundamental sería el amor verdadero.

Lo primero era pan comido, no pensaba atentar contra mi vida, al menos, lucharía para no caer en ello. Pero lo segundo, ¡era simplemente imposible! El amor verdadero no existía como tampoco los príncipes ni los finales felices. Era irreal como las hadas, los duendes o los milagros.

—Lo cumpliré, madre —refunfuñé al imaginarme su cara de fastidio ante mi pesimismo perenne—. Lo intentaré —agregué con franqueza.

Muy en el fondo siempre anhelé tener una familia, cuya base fuera el amor fraterno y verdadero, pero para mí, era un cuento ficticio, donde las hadas no tenían alas ni magia.

—Los príncipes existen, madre —musité—. En los libros y en las películas...

De pequeña creía que algún día encontraría un príncipe y seríamos felices. Sin embargo, el tiempo había pasado y eso nunca sucedió.

Mi historia era similar a la de Percy Talbot, en la película; «La historia de Spitfire Grill». Me identificaba bastante con ella. Una chica que se encontraba perdida en el mundo, sin familia, amigos u hogar. Así me sentía yo en este preciso instante de mi vida; sola, completamente sola.

Al igual que Percy, también había optado por vivir en un pueblo lejano, con la diferencia que allí nací y viví toda la vida. Se llamaba Somo, un pueblo de cuentos de hadas, rodeado por el mar y gente bien intencionada. Creo poder afirmar que jamás me mudaría, una por amor al sitio idílico y otra por temor a lo desconocido. Fuera de mi pueblo adorado todo me parecía demasiado infinito y peligroso. No era una mujer valiente, que cruzaría el mundo por aventuras insólitas, era una mujer tranquila cuya alma anhelaba una vida serena y feliz. Aunque lo último no estaba muy segura qué significaba al cierto.

Era hora de presentarme, perdónenme, había olvidado algo tan banal como ello. Me conocían como Valentina González Fernández, nací el 14 de febrero de 1985, en un pueblo etéreo llamado Somo, por ironías del destino, nací el día en que el mundo o gran parte de él, festejaba el día del amor, mi nombre va por ello también. Sin embargo..., el amor era una fantasía en mi larga vida, llevaba veintinueve años sola, con un historial sentimental terrible

y poco memorable. Tres romances y tres fracasos.

El año próximo cumpliré mis treinta años, y aunque Jenna Rink, de la película: «A los treinta» alegaba que era el año del éxito, en mi caso, en definitiva, no lo era.

No tenía la vida amorosa que idealicé toda mi vida, no tenía el empleo que añoré, ni el marido que deseé y hoy, ni siquiera tenía a mi madre, que siempre fue mi fortaleza espiritual y emocional.

En síntesis, mis treinta prometían ser una triste etapa más a olvidar.

Una brisa perfumada me acarició la cara y me robó un largo y sonoro suspiro.

—¿Vendrá a mi vida un príncipe justo a mis 30, madre? —mascullé sonriendo con ironía.

—Érase una vez, una dulce y solitaria joven, que vivía encerrada en una librería y cuya ánima anhelaba con locura vivir una gran historia de amor en esta vida —me dije con sorna y me reí por lo bajo.

Pero esas cosas nunca sucedían en la vida real...

—Colorín, colorado... este cuento se ha terminado antes mismo de haber iniciado.

Jonás

Capítulo II

♪Landing in London – 3 Doors Down♪

Marcas del destino

Rellenaba unos documentos mientras

observaba el mar con ojos soñadores. Escribí mis datos en aquel papel entrometido que anhelaba saber todo de mí:

Jonás Müller, treinta y siete años, 17 de julio de 1977, hijo de una española y un alemán. Fracasado y cornudo de profesión.

—Cornudo —repetí antes de meter aquellos papeles en mi mochila.

Hoy no me apetecía responder a cuestionarios.

—Hola —me dijo una rubia preciosa—. ¿Es un vikingo? —murmuró su amiga, igualmente hermosa.

En mi país, Alemania, era mi apodo: «El vikingo surfista». Me lo gané por mi larga y salvaje melena rubia, mi barba peculiar y mi estatura aventajada: 1.97 m. Además, era muy musculoso, resultado de años de entrenamiento en el ejército, donde serví hasta mis veintinueve años.

—Hola —les dije y les regalé una sonrisa de costado.

Mi larga melena se agitó al igual que mi entrepierna.

«Eres un animal» me reproché para mis adentros.

No era así, nunca lo fui, hasta que me engañaron y cambié, cambié por completo.

Las mujeres tendían a pensar que nosotros los hombres no sufríamos por amor como ellas. Sin embargo, creo poder asegurar que nosotros lo padecíamos mil veces más, ya que debíamos fingir fortaleza cuando por dentro estábamos completamente destruidos.

Huí de mi mundo tras un infeliz suceso, que mutó mi alma y mi destino para siempre. Una tragedia que marcó el sendero actual de mi vida. Llegué a Somo hacía unos días, un pueblo mítico de España, donde la paz y la esperanza flotaban en el aire.

—¡Hala! —dije embobado al ver aquella mañana las olas del mar.

Recogí mi melena en un rodete y alcé la cremallera de mi ropa de surf a toda prisa.

—El mar me desafía —me dije y acto seguido, cogí mi tabla de surf—. ¡Oh mein Gott!

Me gustaba el aroma que emanaba del mar y la arena. Me gustaba surfear por horas, arriesgar mi vida con las olas embravecidas del misterioso e implacable océano.

«Poseidón es tu dios, cuando yo estoy sobre la arena» musité con sorna.

Me reí de mi soberbia, esperando que el dios del mar no tomara cartas en el asunto y me castigara por ello.

«Poseidón es la caña» dije y guiñé un ojo al dios del mar.

¡Fue excitante! El tiempo se detenía cuando surfeaba, en especial, cuando estaba en un lugar solitario, como éste. La sensación de soledad era auténtica aquí, al menos, en invierno. El reloj se detenía y parecía estar en alguna dimensión lejana a la verdadera. Sólo existían el agua y el cielo como compañías. ¡No había mejor terapia para el estrés y la tristeza!

—Tristeza —resoplé y miré el cielo azul con ojos de cordero degollado—. ¿Cuándo pasará? —demandé al amo del universo—. ¿Pasará?

Me tumbé sobre la arena tras clavar mi tabla en ella. Observé con los ojos semifruncidos el cielo plomizo.

—Pronto lloverá —dije apenado—. No me impedirá de volver a la noche para surfear —aduje decidido.

El frío lastimaba mi cuerpo, pero no mi alma, la pobre ya estaba bastante herida, casi al borde de la muerte.

—Quizá encuentre mi salvación en las olas nocturnas —bisbiseé.

Llevaba días desafiando a Dios, buscando la muerte sin éxito alguno.

—¿Por qué, señor? —pregunté y un suspiro se me escapó de los labios.

Todos los días le hacía la misma pregunta al todo poderoso, esperando una respuesta que aliviara mi pena, pero hasta hoy la respuesta brillaba por su ausencia.

Me senté de golpe y escruté el mar con la mirada vacía, abrazado a mis piernas y absorto en mis cavilaciones un tanto depresivas. El ladrido de un perro a lo lejos me sacó de mis pensamientos. Giré mi rostro trepidante. Achiqué los ojos y coloqué mi mano derecha a modo de visera sobre mi frente, para visualizar mejor a la chica que estaba con el perro. Una sensación de paz invadía mi caja torácica cada vez que la veía.

—La chica de la mirada triste —susurré y sonreí como un idiota.

Siempre estaba merodeando por estos lados, con su peculiar falda colorida y su chaqueta desteñida. Era menuda y bastante tímida. Me gustaba su estilo «relajado». No era fanática de la moda ni los estándares actuales. Era auténtica, sin importarse con las críticas u opiniones ajenas.

—Parece una indigente —me dijo Eva, el otro día cuando la vimos en la hamburguesería de la esquina.

«Parece un ángel» pensé y le saludé.

Ella derrumbó su bolso y sus patatas.

—¿Te ayudo? —le dije al tiempo que levantaba su viejo y ajado bolso colorido.

Se ruborizó como una grana. ¡Era aún más preciosa sonrojada!

—Gracias —me dijo con la voz temblorosa.

La miré con ternura, parecía una niña a mi lado. Creo que no medía más que metro y medio. Sus ojos grandes y expresivos me gritaron que estaba muy triste, tal vez pasaba por un mal momento.

—No te preocupes —le dije y pagué su cuenta.

Parpadeó tres veces seguidas y con cada movimiento de sus párpados se robó un latido de mi corazón.

—Gracias —farfulló y se alejó con su fiel amigo de cuatro patas.

La acompañé con la vista hasta que desapareció de mi enfoque.

—¿Había comprado dos hamburguesas? —dije sorprendido.

La chica de la caja me comentó que ella siempre compraba dos hamburguesas, una para ella, y otra para su perro. En su voz se filtró el sarcasmo y en la mía, la indignación.

Los ladridos del perro me devolvieron al presente.

—Hola —dije y levanté la mano derecha en un gesto de saludo.

Ella miró hacia atrás y luego me devolvió el saludo, al comprender que era a ella a quien saludaba. Todos los días hacíamos lo mismo. Bueno, hacía un par de semanas, en realidad.

Me preguntaba si ella estaría pasando por una mala racha, ya que solía llorar a lágrima viva mientras su perro jugueteaba a su alrededor con alguna bola. Una vez, la pillé sollozando y me alejé sin hacer ruido. El ser humano siempre necesitaba de soledad cuando el alma añoraba desahogarse.

«Me gustaría abrazarla» decía siempre.

—¡Jonás! —me reprendí.

Siempre fui muy cariñoso y expresivo, pero serlo, me costó caro en el pasado. Tras mi gran decepción amorosa y fraternal, decidí anular mi humanidad para siempre. Pero, aquella menuda joven, me inspiraba a reanudarlo, sin mucha resistencia.

«¡No mames, vikingo sentimental!» me dije y desvié la mirada.

Volví a observar el mar, perderme en medio de las oleadas furiosas de mi corazón. Pensar era bueno, pero vivir pensando en lo mismo, no. Repasaba una y otra vez lo que me habían hecho los seres humanos que más amé en mi vida. Repasaba... repasaba... repasaba... y no conseguía entender cómo fui tan ciego y tan ingenuo.

«Eres rubio, eso explica mucho» mofé para mis adentros.

Sus rostros irrumpieron mi mente y estrujaron mi corazón con saña y alevosía. ¿Cómo podían vivir felices destruyendo a otro?, ¿al ser humano que más los quiso?, ¿al hombre que hubiera dado su vida por ellos?

«Jamás debes construir tu dicha sobre la infelicidad ajena» decía mi dulce y tierna madre. La mujer más buena y amable que jamás conocí en mi vida.

—¿Cómo pudieron hacerme esto?! —grité mentalmente al tiempo que enterraba las manos en la arena y arrancaba parte de ella con furia.

A pesar de todo, no les deseaba el mal a ambos. Tampoco buscaré manera de vengarme.

«Dios fue mi único testigo y él será mi único juez».

Beber fue la solución por unos días, pero tras la resaca, la pena tomaba el control de mi ser otra vez. Lo único que me restaba, era huir y construir un mundo nuevo; donde las heridas emocionales pudieran sanarse, algún día.

Me levanté decidido a domar las olas incitantes del mar. Eché hacia atrás mi cabeza y solté:

¿Sería posible una sanación en esta vida?

Valentina

Capítulo III

♪Que bonito - Rosario♪

Un final feliz que nunca llegó

Orson Welles dijo: Tener o no un final feliz, depende de dónde decidas detener la historia.

Creo que mis historias sentimentales no fueron detenidas a tiempo, y el final feliz brilló por su ausencia en todas ellas.

Antes de llegar a mi trabajo, como todos los días, paseé a Penélope por la playa, donde una vez más, vi al joven que parecía un dios mitológico: Pelo largo y rubio, barba rebelde, dos metros de altura, músculos perfectos y rostro esculpido por los ángeles.

«Un vikingo de pura cepa».

—¿Qué hace por aquí? —me pregunté aturdida, ya que en invierno pocos turistas solían visitar mi pueblo.

El otro día me regaló dos hamburguesas, y se llevó de regalo mi magullado corazón. Existía la cajita feliz, pero en mi caso, solo podía ofrecerle una cajita depresiva, llena de lágrimas y nada de sorpresas.

—Aquella ajustada ropa de surf resaltaba aún más sus esculpidos músculos —dije embebecida mientras mi lengua salía volando de mi boca para recorrer su atlético y delicioso cuerpo.

Mentalmente estábamos casados y con siete hijos.

—Soñar es gratis —dije por lo bajo.

Me reí de mi ocurrencia un tanto lujuriosa. Era tímida, pero no santa.

Me saludó y me ruboricé como un tomate.

«Eres una pata».

En mi imaginación, ahora mismo, estaba encima de él, besándole con vesania y deseando que me hiciera el amor allí mismo.

«Pata y desvergonzada».

En mis sueños era una chica con suerte en el campo amoroso, pero en la vida real... era otro tema.

Les haré un resumen de mi vida sentimental, era tan breve que lo leerán en un suspiro.

Amor número uno:

Enrique Gómez, fue mi primer amor real, ya que el señor Darcy, de Orgullo y prejuicio no contaba. Lo conocí a los diecinueve años, en la universidad. Él estudiaba Derecho y yo Letras. Un día, él derrumbó mis libros, en el pasillo de la universidad. Me devolvió mis cosas al tiempo que nuestras miradas se cruzaban y nuestros corazones se saludaban con un latido cómplice.

—Hola, hermosa. ¿Cómo estás?

Mentalmente había salido corriendo, tras empujar a todos los que estaban en mi camino. Era tan tímida y tan miedosa, que lo mejor era huir.

—Hola —fue lo único que brotó de mi boca.

Estuvo detrás de mí varios meses, antes de que aceptara salir con él. Nunca fui una chica extrovertida, al contrario, siempre fui bastante tímida y reservada con mis sentimientos. La relación retorcida de mis padres había estigmatizado mi alma con saña, dejándome aún más introvertida y miedosa con respecto a mis emociones. Nunca había salido con un chico hasta que conocí a Enrique.

Gabriela, mi compañera de clase y algo similar a una amiga, me animaba a aceptarlo y al fin, explorar mi cuerpo como ella, que era algo «divertida y liberal» en el campo sexual.

—Disfruta de tu juventud, Valentina y del buen sexo —me aconsejaba tras las clases.

—Ajá —respondía yo, ruborizada hasta el alma.

Me echaba una mirada crítica casi peyorativa. Mi forma de vestir nunca fue de su agrado.

—El tiempo pasa y no perdona, Vale.

«Eso explicaba por qué cambiaba de novio cada semana» pensaba yo, con cierto prejuicio y desdén.

—Deberías cambiar tu estilo —me decía, pero hasta hoy en día, no cambié de gustos.

Enrique o Riki —como le llamaban sus amigos—, no estaba mal. Era un chico alto, de pelo largo y rubio, ojos almendrados, delgaducho y rostro angelical. Pero, no era un caballero ni poeta ni mucho menos un príncipe de cuentos de hadas. Era un chico normal, nada especial.

—Eres tan hermosa, Valentina —me decía cada vez que me veía.

Sus cumplidos surtieron efectos positivos en mí, y terminé aceptando su invitación para salir.

—Eres tan sexy —me dijo la primera vez que me tocó más allá de las bragas.

Jamás me habían tocado de aquel modo tan excitante.

—Oh, Dios —gemí de placer, pero no cedí tan rápido.

Salimos tres meses antes de que decidiera entregarme a sus deseos. Era virgen y soñadora, cuando veneró fugazmente mi cuerpo. No hubo fuegos artificiales, ni flores previas, ni velas perfumadas, ni música memorable de fondo. Lo hicimos en su cuarto desordenado, en su cama nada pulcra, atiborrada de ropas sucias, en aquel cálido verano, donde él llegó al éxtasis máximo en pocos segundos. Yo apenas pude sentir un efímero ardor en mi parte inmaculada hasta ese día. Había sentido más placer en las preliminares, pensé tras levantarme y vestirme.

Tras la primera vez, vinieron otras más, aunque ninguna estuvo teñida de romanticismo. Era una relación de a dos, pero solitaria a la vez, al menos

en la hora del clímax.

Mi madre me decía que no estaba enamorada y a veces, eso complicaba un poco a la hora de experimentar el gozo físico. Pero, además de la frustrante intimidad, él y yo no compartíamos mucho más que aquello, ¿paradójico, no? No teníamos los mismos gustos, ni los mismos deseos, éramos polos opuestos, completamente disonantes y nos restaba aquellas tardes lujuriosas, en que fundíamos nuestros cuerpos en silencio, ya que nunca teníamos nada para decirnos más que gemidos.

Riki no era el príncipe de los cuentos, sino tan solo un soldado del reino, cuya participación ni tan siquiera era nombrada en las historias.

—¿Quieres una goma, Vale? —me preguntaba tras minutos de silencio.

Le miraba con fijeza a los ojos. No sentía nada por él, ni siquiera atracción. Estábamos desnudos en la misma cama, pero éramos como dos extraños.

—Gracias —le dije tras coger una goma.

El amor nunca nació y la relación murió como las rosas de mi jardín aquella primavera. Aunque las cuidara y las regara, jamás volvieron a brotar después de su primera vez.

—¿Quieres terminar? —le pregunté anonadada, el día que me comunicó su deseo.

«¡Yo tenía que hacerlo!» me reproché para mis adentros, pero nunca lo exterioricé.

Terminar fue doloroso, a pesar de todo y más porque él decidió poner fin a lo que alguna vez llamamos relación. La soledad y la curiosidad me empujaron a estar con alguien que ni siquiera quería.

—No tenemos nada en común, Vale —me dijo resignado.

«¿En serio?» pensé y callé como siempre.

Lastimó mi ego, no mi corazón.

Mi duelo duró un tiempo y el suyo, dos días para ser más exacta. Tras

dos días de terminar con aquello parecido al amor, él comenzó a salir con Gabriela, mi supuesta amiga.

—Valentina, él y yo nos enamoramos —me dijo con un brillo victorioso en los ojos la muy zorra.

Cogí su cuello con ambas manos e intenté estrangularla, mentalmente, claro.

—¿Antes de que termináramos? —le pregunté con expresión de desconcierto—. ¿O fue durante la relación? —repliqué.

Cogí un martillo imaginario y empecé a golpearle la cabeza.

—Lo siento —dijo con su ridícula voz infantil.

Emma, mi prima y amiga de toda la vida, —con quien actualmente apenas mantenía contacto— siempre me lo advirtió, pero mi ingenuidad prefería creer que era condimento de su carácter tan peculiar. No obstante, Emma tenía razón y pagué mi buena fe, con lágrimas.

Gabriela engañó a Enrique con su mejor amigo, tiempo después. Él me buscó, pero esta vez, no me encontró. Podía ser buena, pero nunca fui idiota.

Amor número dos:

Dos años después, conocí a Rafael Salamanca, un amor pasajero, pero indeleble y bastante apasionante. Era administrador de empresas. Lo conocí en una feria de libros, en la ciudad de Madrid. Era un hombre atractivo y vigoroso, de unos dos metros de altura. Tenía el pelo oscuro como el carbón y la piel morena, era fuerte y protector y diez años mayor que yo. No era romántico, pero sí muy afectuoso, me trataba mucho mejor que Enrique.

Salimos un par de veces en aquellas vacaciones inolvidables. Pero no duró, la distancia nos separó y fui yo a poner fin a una relación que prometía muchas emociones fuertes si hubiera sido más cercana.

Al menos no terminó mal como el primero.

A su lado al fin conocí el frenesí.

Amor número tres:

Ahora les hablaré del único hombre que en verdad amé, el hombre que me hizo perder la cabeza y el corazón en la misma guillotina.

Facundo Cernada, escritor y redactor de una conocida revista en Barcelona, a quien conocí aquí en mi pueblo, unos cinco años atrás, en la fogata de San Juan. Había venido para pasar unas vacaciones «emocionales». ¿Sonaba raro, eh? Pero, era así como él llamaba a aquella etapa de su vida, la etapa confusa de amar y no amar.

Por ironías del destino aparecí yo en su camino y lo compliqué aún más. Estaba casado y yo convencida de que dejaría todo por mí y viviríamos felices para siempre, mientras criábamos perdices en nuestro jardín imaginario.

Era veinte años mayor que yo, rubio de ojos azules, alto, delgado, culto, romántico y muy apasionado, con quien conocí el amor y el gozo casi adictivo. Sus besos eran el soplo de vida que necesitaba en aquellos momentos y su amor, la esperanza que precisaba para el resto de lo que viviera.

Hasta que...

Cierta noche tras haberme hecho el amor bajo las estrellas de aquel cielo idílico, me dijo decidido:

—Fuiste la brisa perfumada que necesitaba mi alma atormentada y pestilente.

En aquel entonces, no había captado muy bien su mensaje o lo capté erróneamente, ya que estaba coladita por él, como nunca estuve por los otros. Era amor, amor en su estado más puro y más cruel.

—Volveré, mi hada —me dijo en el aeropuerto, el último día que lo vi.

Facundo fue un amor que duró exactamente como el verano de aquel año. Tras ello partió a Barcelona, prometiéndome el cielo y regalándome el infierno al final.

Cuando se marchó a su ciudad iba decidido a reconquistar a su mujer, luego de desahogarse conmigo.

Jamás me escribió y cuando lo llamé, su mujer Matilde, me saludó con su pequeño hijo, Tobías.

—¿Quién es? —dijo Facundo tras besarla.

Mis lágrimas caían a borbotones sobre mi rostro. Cuando cogió la llamada no necesitaba escucharme para saber que era yo.

—He examinado su trabajo, señorita y creo que deberías volver a empezar otro. Le enviaré la nota de su examen por correo, no se preocupe.

—¿Quién es? —preguntó su mujer, y añadió en tono tirano—: Debemos irnos, mamá nos espera.

Colgué antes de que él continuara con su parloteo sin sentido.

Creo que seguía en el mismo cauce, en un profundo coma emocional a pesar del tiempo y la distancia.

Desde entonces no volví a involucrarme con nadie más. Protegía mi corazón de los males tan penosos e innecesarios... hasta que... mi prima me dio una idea.

—Prima, tengo la solución —me dijo Emma cierta vez.

Me había recomendado unas páginas de relacionamientos virtuales y un montón de sitios cibernéticos, donde el amor era la clave y el mayor anhelo de todos los miembros registrados. Conocí un sinfín de hombres con buenas intenciones «virtuales», pero no reales. Por carencia o desesperación me embarqué en varias relaciones imaginarias. Todas sin final feliz.

El más fuerte fue con un chico de Italia. Era un príncipe de cuentos de hadas hasta que, le entregué mi corazón en bandeja de entrada.

—Te amo —le escribí y le envié mi corazón a través del MSN.

Algo en él cambió desde aquel día y comenzó a conectarse cada vez menos, hasta que un día dejó de hacerlo sin previo aviso ni despedidas. Mi instinto de investigadora me llevó a crear otra cuenta, con un nombre falso: «Sany» y una foto robada de algún perfil ajeno. Como sospeché, él la aceptó entre sus contactos tan rápido como le había enviado la invitación y comenzó el mismo esquema de conquista con mi otra yo. Lo más triste era verlo online con ella y offline conmigo. Me había bloqueado como lo supuse.

—Maldito hijo de perra —mascullé mientras flirteaba con él con mi otra cuenta—. El karma irá a por ti.

Dos semanas después de prometer amor eterno a mi otra yo, me hizo una videollamada. Lo acepté.

—Valentina —masculló atónito al verme.

Nos miramos por unos segundos, hasta que colgué sin emitir una sola palabra. Jamás volví a saber de él después de aquel día. Lo eliminé de mis contactos y de mi vida para siempre.

Pobre infeliz, quizá su vida real era tan patética que, romper corazones virtualmente era una manera de subsanar sus fracasos sentimentales de la vida real.

«No lo odio, pero espero que algún día la vida real le dé una patada en el culo».

El karma era infalible, y yo, creía en él, ciegamente.

Como verán, mi vida sentimental no inspiraría a ninguna escritora de romance, y si fuera una novela, no vendería un solo ejemplar de tan aburrido que sería.

Ése fue mi historial sentimental: lacerante, traumático, catastrófico y real, de una mujer real y no una doncella en apuros como en los cuentos de hadas. La

madre naturaleza tendía a elegir a sus favoritos, otorgándoles belleza, poder o sabiduría. A mí me pasó por alto durante la fabricación, carezco de belleza, de poder y de inteligencia. ¡Bah! Carecer sonaba muy dramático, digamos que no era una sirena como Ariel de la Sirenita, ni tenía el pelo tan largo y rubio como el de Rapunzel ni la piel nívea de Blanca Nieves ni la elegancia de la Bella durmiente o la astucia de Cenicienta. En síntesis, no tenía nada de princesa, era una mujer a punto de cumplir sus treinta años, en una total y patética soledad.

—Valentina, eres anómala —me dije al tiempo que me rascaba el puente de mi nariz.

Me metí bajo mi edredón rosa y encendí la radio.

—Ven, Penélope —le dije a mi amiguita peluda.

Ella se acostó a mi lado.

—Te quiero —le dije y me lamió la nariz.

Mi emisora favorita comenzó a irrumpir mi cuarto: Soledad Rivera, la locutora actual, había anunciado su adiós estos días.

—Qué lástima —bisbiseé.

La voz peculiar de Rosario arropó mi cuarto con su canción «Qué bonito». Giré y contemplé el techo de mi cuarto y susurré con cierta melancolía:

«Qué bonito sería poder volar y encontrar un sentido a mi triste vida».

El surfista dorado asaltó mi mente y agitó los latidos de mi corazón.

—¿Cómo se llamará ese hermoso y apetecible vikingo? —mordí mi labio inferior al tiempo que las bragas se me empapaban—. ¡Maldito celibato!

Jonás

Capítulo IV

♪I dont care – Apokalyptica♪

Un cuento sin magia

Llegué a este pueblo con el corazón

destrozado y el alma mutilada. Nadie conocía mi paradero, y a veces, creo que ni siquiera yo.

Me sentía perdido.

Sin rumbo.

Sin destino.

Huí en plena navidad tras encontrar a mi hermano y mi prometida, juntos en mi cama haciendo el amor como dos animales en celo. Yo acababa de llegar a casa con una cajita de joyas en una mano y un ramo de flores en la otra. Sus gemidos casi salvajes me dieron la bienvenida cuando apenas ingresaba a mi dulce hogar. El corazón dejó de latirme mientras la sangre me bullía por todo el cuerpo. Arrojé las flores al suelo junto con el anillo y subí las escaleras a toda pastilla. Cada escalón que subía atronaba en mi cabeza como un estrepitoso martillo que golpeaba incesantemente algún metal.

«Dios mío».

Abrí la puerta de golpe y allí estaban las dos personas que más amaba en todo el mundo. Mi hermano Stefan me miró sorprendido mientras continuaba dentro de mi novia.

—Jonás —gimió ella, quizá tras experimentar el clímax.

Nos miramos unos minutos hasta que rompí con el contacto visual y salí de la casa como si fuera yo el intruso.

No recordaba nada más desde entonces. Sé que dejé todo, vendí mi empresa y todas mis cosas, eso incluía la casa. Isabel no me reclamó nada, ya

que tras mi partida se mudó con mi hermano. Lo supe por mi fiel amigo, Joshua Spielman, el día que nos despedimos. Él temía que atentara contra mi vida, pero le garanticé que jamás haría algo así.

—Jonás, no hagas nada, por favor.

Cerré la puerta de mi auto.

—Ni siquiera intenté matar a mi hermano —le dije como un autómeta—. Y eso que se lo merecía el muy cabrón.

Estaba en la fase de la negación.

—Ellos están muertos para mí —aseguré, antes de partir de mi adorada ciudad.

Antes de decidir venir aquí, en la tierra de mi madre, deambulé por las calles de Berlín. Bebía, bebía y bebía hasta quedarme inconsciente. El mundo era cruel y las personas aún más. Repasaba una y otra vez la escena mordaz de mi hermano y mi prometida en mi cabeza, ¿cómo no lo noté antes?, ¿cómo pude estar tan ciego? De repente, tras varias copas, mi mente comenzó a hurgar entre mis recuerdos.

Stefan vivía en casa prácticamente, Isabel y él conversaban, jugueteaban, bromeaban, discutían, intercambiaban ideas, tenían sexo. Quizá, lo hacían mientras yo me dormía, en nuestro sofá, en nuestra moqueta, en nuestra bañera, en nuestra cama.

—¡El premio al cornudo del año es para: Jonás Müller! —clamaba tras perder la sobriedad—. Sería muy apropiado tener el casco de los vikingos con los cuernos.

«El amor es ciego. sin lugar a dudas».

Después de tres meses de vivir en un hotel y beber más de lo que cualquier hombre lo haría en un año, decidí huir de mi país y de mis tormentos. Me instalé en Somo a inicios del año pasado. Una amiga, llamada Eva Smith, —también alemana— me sugirió montar una confitería/cafetería

con ella.

—Puede ser —le dije sin mucha convicción.

Eva era una mujer hermosa, alta, delgada, de ojos azules y pelo rubio como el trigo. Cualquier hombre la desearía con locura, pero por alguna razón yo prefería a las pequeñas, a las menudas, a Pulgarcito antes que a Rapunzel. Siempre me atraieron las mujeres pequeñas, aunque Isabel era tan alta como Eva.

Ahora, quizá, también aborrecía por ello a las mujeres altas.

—Es un buen negocio —me aseguró ella tras intentar seducirme y llevarme a la cama.

Me negué al inicio por la amistad, pero ella supo conquistarme. Tras varios tragos, olía como Isabel. ¡El corazón era un músculo vital difícil de domar!

Desde entonces, manteníamos una relación tórrida sin compromiso, solo sexo, nada más que eso.

—¡Eres el dios del sexo! —me decía tras el frenesí salvaje y cuando digo salvaje, hablaba literalmente.

Estaba cabreado y toda mi ira se marchaba con el gozo.

—Gracias —le decía algo ruborizado.

Conversábamos tras apaciguar el calor de nuestros cuerpos, pero no mucho. Era bastante reservado con mis cosas y mucho más, con mis sentimientos. Éramos socios y amigos, pero nunca seríamos confidentes.

—Tu cuerpo me enloquece, Jonás.

La miraba por el rabillo del ojo mientras fumábamos lado a lado en la cama.

—Gracias.

Eva era una mujer pragmática y yo un hombre desilusionado con las mujeres. Dos mundos opuestos unidos por el placer momentáneo y mundano.

—También el tuyo tiene ese efecto en mí, Eva.

Las mujeres pensaban que nosotros los hombres éramos unos insensibles, sin sospechar que la pena podía ser letal para nosotros, tanto o incluso más que para ellas.

Visité una terapeuta en Santander mientras me mudaba a Somo. Hice tres sesiones antes de acostarme con ella, allí, en el sofá donde me recostaba y hablaba de mis cosas.

Aquel hombre insaciable y sin pudores no era yo.

No regresé a la consulta, pero salí con su secretaria y follamos sobre el capó de mi auto.

Aquel hombre, en definitiva, no era yo.

La naturaleza fue generosa conmigo, siempre tuve suerte en el campo amoroso. Mi altura aventajada y mi cuerpo atlético siempre atraeron a las mujeres. Mis ojos azules y mi pelo rebelde, al estilo vikingo, siempre fue mi marca registrada. A las mujeres le atraía mi estilo, mi personalidad, mi carisma, mi labia, todas sentían atracción, sin embargo, yo vivía para Isabel, sólo para ella.

Era un deportista nato, me gustaba la naturaleza, aventurarme por las montañas solitarias, nadar, jugar al fútbol y más que nada, ¡surfear! Las olas del mar me relajaban y aquí en Somo encontré el paraíso. Pero, aún no era suficiente. Seguía bebiendo y acostándome con mujeres que mal recordaba sus nombres al día siguiente.

—Pasará —me repetía a diario—. Pasaré.

Llevaba casi un año fuera de mi país. La pena continuaba estrujándome el alma. ¿Alguna vez olvidaré a Isabel? ¿Era una obsesión? ¿Falta de amor propio? ¿Amor? ¿Condena?

A veces me preguntaba si en verdad la había amado, o era solo

costumbre. Isabel siempre fue tan independiente, tan altiva, tan orgullosa. Yo siempre anhelé protegerla, cuidarla, mimarla como si fuera una niña. Tal vez, allí residía mi mayor problema. Quería ser el príncipe de su cuento, pero ella quería al malvado, al cruel, al antagonico de los cuentos. Ella quería a mi hermano, el chico mujeriego, irresponsable, rebelde y posesivo.

—Scheiße —me dije enfurruñado.

Quizá era la costumbre más que el sentimiento. Fuimos novios desde el colegio y casi no salimos con otras personas.

«No busques excusas, ella simplemente no te amaba».

Observé apenado el mar.

—Nunca me quiso —zanjé.

Se me congelaron los músculos de la cara, pero no me importaba. Estaba tan triste que juro por Dios, que era capaz de arrojarme al océano helado en busca de anestesia para mis males.

—Dios...

Una lágrima atravesó mi rostro, descendió hasta mi barba rubia y se hospedó en mi boca, era amargo, muy amargo. Sollocé en silencio mientras unas imágenes se sucedían en mi mente como flash back de los mejores y peores momentos de mi vida, la última imagen fue de ellos dos juntos, mi hermano encima de mi novia. Solté un alarido de impotencia tras erguir de golpe de la arena. Aullé con desesperación después de meses de haber sofocado el dolor en mi pecho.

—¡Noooooooooooo! —gruñí antes de caerme de rodillas sobre la arena, completamente derrotado y humillado—. ¿Por qué me han traicionado? ¿Por qué? —gimoteé como un crío pequeño.

Los días pasaron, estábamos a punto de inaugurar el local: «Un

chocolate para tu corazón». ¿Por qué ese nombre tan cursi? Pues, para atraer a las familias, a los enamorados, a los amigos y en especial, a los curiosos. Un nombre peculiar, un sitio peculiar, un mundo peculiar. Eva y yo invertimos mucho dinero en el local y ahora era momento de cosechar lo que habíamos sembrado.

—¿Qué te parece si lo inauguramos? —propuso.

Le arranqué con ferocidad sus ropas e hicimos el amor en una de las mesas. Pero, no sentí nada tras el gozo. Nada, absolutamente nada.

—¡Vaya! Cada día estás más delicioso —me dijo Eva con un brillo peculiar en los ojos.

«Oh, no».

—Voy a correr un poco —le dije tras salir de su interior.

Eva se levantó y se vistió en silencio. Aquel brillo alarmó mi corazón.

—Buena corrida —me dijo zaherida.

Días atrás, comencé a correr por el pueblo a muy tempranas horas del día. Diez kilómetros diarios sin parar hasta perder el aliento. Siempre terminaba aquí, en la playa. Observando el mar, sentado en la arena con las rodillas pegadas al pecho.

«¿Quién era aquella, chica?» me preguntaba todos los días al ver a la joven menuda con su peculiar falda colorida y su perro labrador color caramelo. Su rostro era inspirador. ¡Qué belleza tan pequeña! Sonreí como un tonto mientras la veía caminar sobre la arena, distante, meditabunda y triste, muy triste. ¿Cómo lo sabía? Pues me veía reflejado en ella.

—Dos corazones mutilados —mascullé—. Quizá algún día la invite un café.

Era la única chica que me inspiraba ternura y no tesón. Quería charlar con ella, no follar.

—¡Penélope! —gritó cuando su perra corrió hacia mí.

Le acaricié la cabeza y me gané un lametazo de regalo.

—¿Entonces, eres una princesa? —le dije y me gané otro lametón.

La chica triste se asomó y la apartó de mí. No pude evitar mirarla. Hoy, en lugar de llevar puesta su tradicional falda colorida, llevaba una de vaquero. La moda no era su punto fuerte, pero sus ojos, Dios mío, sus ojos me invitaban a soñar.

—Lo siento —me dijo ruborizada como un tomate.

Sus trenzas de costado y su chaqueta pasada de moda me embujaron por unos instantes. ¡Era tan ella! ¡Tan original! Antes que pudiera replicarla salió corriendo detrás de su perra.

—No es nada, Pulgarcito —farfullé y sonreí.

¡Sonreí! ¡Una sonrisa auténtica! Sin lugar a dudas, aquella chica, dulce, triste y mal vestida, era un ángel.

Valentina

Capítulo V

♪Time after time – Eva Cassidy♪

“Los cuentos de la vida real”

El fin de semana terminó sin pena ni gloria como

siempre. Me levanté a las seis de la mañana como todos los días laborales. Me lavé los dientes, me duché, desayuné algo leve y me vestí para ir a trabajar. Tenía sus ventajas vivir al lado del trabajo.

Tomé mi vieja y ajada chaqueta roja. Era de mi madre, y me la había regalado el día que se la pedí, tenía un valor sentimental más que nada. Nunca fui de estar a la moda, ni de gastar en bolsos o zapatos de marca para agrandar la vista de otros, me gustaba mi estilo y por nada del mundo, pensaba cambiarlo.

«Pareces una indigente» me dije al mirarme en el espejo.

El cielo estaba gris.

«Lloverá» pensé al tiempo que sujetaba mi paraguas rojo. Abrí mi paraguas con pereza al sentir las primeras gotas. Caminé rumbo a mi trabajo cavilosa. Hoy el clima estaba de acuerdo con el matiz de mi alma, nublado a punto de quebrarse.

Había días en que llorar era lo único loable y noble a hacer, o el corazón me estallaría en mil pedazos, imposibles de volver a unirlos. No era tensión pre-menstrual, sino tristeza en su estado más genuino. No podía explicarlo, pero era intenso y desgarrador. Si fuera por mí, optaría por quedarme en la cama, pero tenía cuentas que saldar y un trabajo sereno como el mío estaba casi imposible de hallar en estos tiempos tan difíciles.

«Más a tu edad» me dijo mi simpático y mordaz cerebro.

Era cruel, pero llegar a los treinta, tenía sus desventajas.

—Moriría si te perdiera —le dije a mi local de trabajo.

«Librería: Tu rincón literario».

Introduje la llave en el cerrojo con parsimonia. Me asomé dentro y encendí las velas aromáticas, un ritual indispensable en mi día a día, para espantar las malas energías, seguida de mi otro hábito indispensable, palpar los popurrís de flores perfumadas y secas que reposaban en un cuenco de cristal transparente, a un costado de las velas. Me gustaba pensar que succionaban mis penas.

—Eres una ilusa.

Coloqué el cartelito «abierto» en la puerta acristalada, anunciando a mis clientes que estaba presente y disponible en aquel rincón soñado por todas las almas literarias del mundo. Era el trabajo perfecto y lo amaba por ello. Mi jefa había viajado a Francia, la semana pasada, para pasar sus vacaciones con su hija, Milena, de quince años. Mi adorada jefa era un ángel que llegó a mi vida en el momento preciso. Acababa de saber que mi madre padecía de cáncer y estaba en paro, ella creía en mí y me ofreció un trabajo de ensueño en su librería, en una de sus sucursales.

Colgué mi chaqueta en el perchero y mi paraguas en el paragüero de lata de color azul marino y detalles en dorado que reposaba en la esquina de la puerta principal.

A continuación, puse agua en la cafetera eléctrica y dos cucharadas de café. Necesitaba cafeína para despabilar mi mente adormecida. El clima lluvioso tendía a bajarme la presión. Encendí la televisión y vi las noticias del día. La voz del periodista irrumpió el salón al tiempo que yo barría. Llevaba mi típica falda de vaquero algo ajado y mi blusa negra sin mangas, con mi colgante artesanal de madera en el cuello —largo hasta mi ombligo—, y mis bailarinas negras, era mi uniforme, mi estilo, mi gusto peculiar. El pelo largo lo llevaba en una trenza, casi siempre lo llevaba recogido. Mi madre siempre

me rogaba que lo dejara suelto. Me decía que era hermoso, y un imán para atraer a los hombres, nunca comprendí muy bien a que se refería con aquello, sólo sé que me gustaba atarlo y punto.

Nunca fui coqueta como ella, que combinaba los colores, se maquillaba y se perfumaba cada media hora. ¡Usaba tacones incluso en casa! Era tan hermosa. Yo era todo lo contrario, me gustaban las ropas cómodas, calzados aún más cómodos, pelo atado y colonia o crema, los perfumes agobiaban mi cabeza. Y, ni hablar de los tacones o maquillajes, me pasaba un polvito en la cara, un labial transparente y ya me sentía feliz y femenina.

—Valentina, la pata.

Recogí la basura en una palita de plástico y la arrojé en el bote de basura que yacía afuera. La brisa fresca me hizo respingar y me asomé a toda prisa en el salón, no necesitaba pescarme un resfriado en estos momentos, suficiente tenía con mi desánimo.

Me lavé las manos en el cuarto de baño diminuto y luego me acerqué a la máquina de los sueños, ¡la cafetera eléctrica! Era verdad que no me transportaba a otros tiempos, pero hacía maravillas en mí, llenándome de nuevas energías.

—Ñam ñam.

Me serví el café humeante, arrojé dos cucharadas de azúcar en la taza y lo removí cavilosa cuando de repente, Teresa ingresó al local. Mi cliente favorita.

—¡Buenos días, bella! —me dijo con su característica alegría matutina—. Ya he leído todos los libros que me has recomendado y vengo a por más, como toda adicta literaria que soy.

Teresa era una cliente fiel de nuestro local, incluso, tenía una tarjeta especial de socia. Era viuda y sus hijos vivían lejos. Era un alma solitaria en busca de buena compañía, y nada mejor que, una buena lectura. Era una

bibliófila declarada como yo.

—Me llevaré estos tres, cielo —anunció al descender los libros sobre la encimera—. ¿Son buenas? —asentí al leer los títulos.

—Muy buena elección, Teresa.

Sumé los precios y los envolví en un papel de seda amarillo antes de meterlos a una bolsa de color dorado, con el logotipo de nuestro local en su frente. Le serví una taza de café tras ello.

—¿Has visto la nueva cafetería del pueblo? —me preguntó al tiempo que bebía un sorbo de su taza.

La miré con cara de asombro, como si me dijera que uno de los zombis de la serie «The Walking Dead» era su nuevo vecino.

—No lo sabía, Teresa.

Imaginé al zombi y me reí ante mi ocurrencia televisiva.

—Es un hermoso local, llamado: «Un chocolate para tu corazón».

Alcé la ceja derecha y la miré con expresión bobalicona.

—¡Qué nombre más atractivo!

Teresa asintió.

—Es una chocolatería, confitería, heladería, cafetería y lo mejor de todo, un rincón para leer, ya que tienen mesas especiales para almas lectoras como nosotras dos —suspiró emocionada con un gesto muy teatral en la cara—. Su dueño es un alemán/español, creo que su madre era española y su padre alemán o viceversa, no estoy del todo segura.

«¿Sería el vikingo sexi?» cavilé y su imagen se coló en mi cabeza.

Las bragas se me empaparon con tan solo evocarlo.

«Maldito celibato».

Teresa era mis ojos fuera del local, caso contrario, no me enteraría de nada.

—¡Qué bueno! —exclamé y decidí fisgonear el lugar tras cerrar la

librería.

Jonás

Capítulo VI

♪Run – Snow Patrol♪

Un reino mágico

Estaba cansado, con sueño. Hambriento y cachondo.

Habíamos terminado al fin los últimos arreglos del local. Eva estaba rara, me miraba con ojos interrogantes y acusativos. Creo que estaba celosa, ya que anoche me encontró con una mujer, que ahora no recordaba ni el nombre ni el aspecto. Había bebido de más y creo que la encontré en la playa. Terminamos en mi casa, en mi cama.

«Joder» me dolía la cabeza.

Eva ingresó a mi cuarto de sopetón y nos vio desnuditos. Su reacción me molestó tanto como su intromisión a mi casa sin llamar. Odiaba que invadieran mi privacidad y odiaba aún más que me controlaran. No quería un relacionamiento, al menos, no ahora, no con ella.

—Debo hacer algo —le dije.

Endureció su expresión.

—Ajá —fue lo único que emitió.

Decidí comprar unos libros para la sesión de literatura del local, debía buscar una librería en el pueblo, una que me recomendaron días atrás.

—Necesito relajarme.

Antes de ir a la librería decidí surfear una hora. Necesitaba relajarme y nada mejor que desafiar a la madre naturaleza.

La marea salvaje de aquella mañana me atraía y aquí estaba, disfrutando de sus oleadas indomables. Poseidón sentiría orgullo de mí. ¡El culo se me congeló!

«Es suficiente por hoy».

Observé con detenimiento el sitio desértico y al no ver a nadie, decidí cambiarme de atuendo allí mismo.

—Un trozo de piel no es exhibicionismo —dije riendo—. ¡Jesús! ¡Qué frío! —Sacudí la cabeza al recordar algo—. Tengo que arreglar dos mesas en el local. Iré mañana a la librería.

Metí la tabla de surf en el auto tras cambiarme. Me dirigí a mi casa algo cansado. La marea siempre me succionaba las energías. Al arribar allí, vi a la joven menudita del otro día.

«Pulgarcito».

Estaba fisgoneando el local a través de una de las ventanas acristaladas que yacía al lado de la puerta principal. Era aún más pequeña de cerca. La contemplé divertido desde mi sitio. Era preciosa. Sacudí mi cabeza en un gesto de desaprobación.

«¿Jonás, que te pasa?».

Me coloqué un suéter de algodón negro al tiempo que la seguía observando.

—Hmm, quizá un día la invite a tomar algo y luego... —me interrumpí—. No todas las mujeres son iguales —suspiré hondo y la miré—. ¿Será?

La contemplé de pies a cabeza, no mediría más que metro y medio —chasqueé la lengua—, y pesará unos cincuenta kilos como mucho.

«Dios, la imagino entre mis brazos gimiendo de placer... ¡Basta, animal!».

Un grito de dolor me sacó de mi lucha interna. Salí corriendo y la vi sentada en el suelo, creo que se resbaló. Me acerqué a toda prisa y la ayudé. Le pregunté si estaba bien y no me contestó. Me miró embobada y yo le dediqué una sonrisa afable. Era una muñeca de porcelana.

—Espero que estés bien, señorita —le dije mientras le colocaba su

bailarina—. Nos vemos —acoté y me alejé.

Creo que dijo algo, pero no estaba seguro.

La vi marcharse desde mi sitio. Se volvió y grabé a fuego su rostro delicado en mi retina.

¡Qué preciosidad!

Valentina

Capítulo VII

♪Tomorrow – Avril Lavigne♪

“Un reino encantado con un buen café”

Las nubes grises seguían firmes en el cielo. La tormenta era tozuda, pensé al tiempo que me desplazaba hacia el local nuevo. Pero antes necesitaba visitar la playa. La arena húmeda y el mal tiempo me incitaban a retornar a mi casa y dormirme un buen rato. Desobedecí a mi razón y seguí los consejos de mi corazón rebelde. Merodeé un buen rato con mi paraguas rojo en una mano y mi bolso de tela hindú colgado a un lado. El viento desapacible desordenó mi cabello y mis cavilaciones.

«Joder».

Ralentiqué mis pasos de golpe al ver a alguien en el mar; un surfista en busca de buenas oleadas. Desde mi sitio, no podía ver con claridad cómo era, pero se podía apreciar su buen físico y su pelo rubio largo hasta los hombros.

—¡Es el vikingo!

Era común ver hombres sirenos por esta playa, sin embargo, aquel hombre me robaba la atención como ningún otro antes.

—¡Es él! —exclamé al reconocerlo y di varios saltos mortales sobre la arena, mentalmente, claro.

Me quedé contemplándolo embelesada por varios minutos, hasta que emergió del mar y se desnudó sin mucho rodeo.

«Hala».

Llevaba un bóxer gris que resaltaba su piel bronceada. ¿Piel bronceada? ¡Resaltaba su delicioso y prieto culo!

«Depravada visual».

Observé el lugar para cerciorarme de que nadie lo viera o me descubriera a mí, ahí, fisgoneándolo. La playa estaba desértica por el mal tiempo.

«Por suerte».

En octubre generalmente era solitario como mi corazón. Di un respingo al oír un trueno enfurecido en el cielo. Aquel ángel de pelo rubio me tenía hipnotizada.

—Si un rayo me cayera y muriera hoy, aquel culo perfecto sería lo último que vería en mi patética y triste vida. ¡Vale la pena!

Había visto muchos hombres de buen físico por aquí, pero ninguno como aquel vikingo salvaje. Se vistió apresuradamente y caminó con su tabla de surf hasta su auto de color negro, aparcado en la calle. Tal vez era un escandinavo o un norteamericano, calculé por el tono de su piel y de su pelo. ¡Era muy alto! Tal vez, medía dos metros.

«Mi Thor».

Un hombre como él no me miraría ni siquiera para escupirme. Me reí entre dientes de lo que acababa de decir, ya que no tenía mucho sentido. Pero era cierto, hombres así buscaban sirenas oxigenadas de tetas compradas y pechos vacíos. ¿Paradójico, eh?

Continué mirándolo, embobada con su cuerpo y su porte. Era un hombre en verdad fascinante.

En las películas o en las novelas escritas era posible que el hombre poderoso y súper atractivo como ése, se fijara en una pata como yo, pero en la vida real, éramos solteras con un deje de desesperación latente en las venas.

«Nana Fine era nuestra musa inspiradora».

Cuando recuperé el aliento decidí visitar el nuevo local. Era extraño, jamás ningún hombre me hechizó tanto como aquel surfista dorado. ¡Buen apodo!

Arribé expectante al nuevo local. Su nombre me hizo abrir los ojos y la boca con exageración. El local era amplio y muy vistoso.

«¡Qué original!».

El nombre del local estaba al lado de una enorme taza humeante de café y unos corazones rojos a un costado.

Un letrero que pendía de la puerta anunciaba su inauguración para el próximo sábado.

—No faltaré —me dije ilusionada.

Vigilé a través de una de las ventanas acristaladas el salón y confirmé lo que Teresa me había dicho. ¡Era primoroso!

Tenía un aire moderno con rasgos más bien antiguo. Las mesas eran de madera, rodeadas por unos sofás de cuero negro. Un servilletero en forma de corazón adornaba el centro, junto con una vela de color rojo, también en forma de corazón.

—¡Era un sitio idílico! En especial para los enamorados —zanjé un poco decepcionada—. Entonces, ¿por qué el entusiasmo, solterona?

Me encogí de hombros resignada. Un trueno furioso en el cielo me sacó de mi trance. Bajé los escalones sin fijarme bien donde pisaba. Caí redonda sobre la arena. La caída fue muy cómica y algo dolorosa.

—¡Ay!

La nalga derecha me dolía y la dignidad también. Alguien me extendió la mano.

—¿Estás bien, señorita? —susurró una voz grave y ronca.

Parecía el vocalista del grupo Creed. Alcé la vista y allí estaba, el surfista bronceado y musculoso escrutándome con ojos lastimeros, como si fuera una pobre indigente hambrienta y herida.

«Solitaria» completó mi malévolo meollo.

—Hola —me dijo.

El oxígeno tardó en llegar a mi cerebro.

—Hola —dije bajito.

Creo que él no lo escuchó.

«¡Diantre!». Era mucho más atractivo en vivo y en directo. Lo miré compungida al tiempo que él me colocaba mi bailarina en el pie derecho con delicadeza. La misma había volado con mi caída patosa.

«Habla» chilló mi cerebro, pero no conseguí articular una sola palabra.

La impresión me enmudeció, me entorpeció. Me rozó la mano en un gesto involuntario y me estremecí como si una brisa helada me hubiera recorrido todo el cuerpo.

—Espero que estés bien, señorita —dijo antes de marcharse con presteza.

«Pensaré que eres retardada».

Meneé la cabeza intentando espantar a la patosa chica que me taponó la boca. Me incorporé de un salto y solté:

—Gracias.

Lo busqué, pero no estaba por ninguna parte. El joven del pelo rebelde y cuerpo atlético había desaparecido de mi campo visual.

¡Era un príncipe Vikingo!

Abrí mi paraguas rojo cuando la lluvia arribó con furor a mi pueblo, pero ni siquiera el mal tiempo logró borrar mi euforia. Caminé hasta mi casa sonriendo como una tonta. Penélope me saludó eufórica, mi mejor amiga de cuatro patas de la raza labrador era algo exagerada a la hora de demostrarme su amor.

—¡Hola, mi cielo! —le dije y la abracé con fuerza.

Cuando conocías el amor canino, el amor de los seres humanos se

hacía demasiado superficial y fingido.

—¡Yo también te quiero! —me lamió la cara—. ¡Me daré un sabroso baño! —le dije y ella me dio otro lametazo como respuesta.

Me metí un buen rato en la bañera, sumergida en el agua caliente y en mis pensamientos. El surfista dorado, en lugar de plateado, me tenía embrujada hacía tiempo, ¿era producto de algún hechizo o mi desesperación? Qué hombre más apuesto y fuerte. Era similar a Thor, pero con una mirada más dócil y triste. ¿Será un turista? ¿Lo volveré a ver? ¿O era un dios mitológico que descendió a la tierra para surfear un poco y robarse el alma de una mortal de paso? ¡Cuántas tonterías salían de mi cabeza!

—Me bastaría con verlo de lejos para ser feliz, —suspiré—. Admirarlo en secreto —otro suspiro—, pero soy consciente de que estaba de paso como la lluvia de ahora.

Metí mi cabeza dentro del agua; necesitaba ahogar mis cavilaciones pesimistas.

Para completar mi día, casi fantástico, en el canal TNT pasaban la película: «La lotería del amor» con Nicolás Cage y Bridget Fonda, una de mis películas favoritas. Siempre quise hacer un paseo en un globo aerostático como lo hacían al final de la cinta los protagonistas.

Mi mirada se perdió en los ojos expresivos de Nicolás Cage alias Charlie.

Entreabrí mis ojos al leer lo que anunciaban en la parte inferior de la pantalla:

«A continuación: «Magia de amor» con Sandra Bullock y Nicole Kidman».

¡Era mi día de suerte! ¡Un día mágico!

Jonás

Capítulo VIII

♪Don't stop dancing – Creed♪

Cicatrices del alma

Bebí tanto ayer que mal podía levantarme de la cama. Me dolía la cabeza, la espalda y lo peor de todo, me dolía el ánimo.

—Scheiße —musité enfurruñado—. ¡Mierda!

Escurté impávido a Eva, a un lado como si fuera un cojín más en mi cama. Dormía profundamente tras un día agitado en la cafetería y tras hacer el amor como una bestia conmigo hacía unas horas atrás. Era tan sensual, pero demasiado alta para mi gusto.

Le llevaba una cabeza de diferencia. La preferiría más pequeña, más menuda y más dulce.

De pronto, se coló entre mis pensamientos y deseos la muchacha de los ojos tristes. Era tan hermosa, tan pequeña, tan delicada y tan triste. ¿Por qué estaba tan apenada? ¿Mal de amores? ¿Traición? ¿Duelo?

Me levanté desnudo de la cama. Caminé hacia la ventana acristalada de la sala que daba hacia al mar. Las aguas heladas de este mes no me asustaban como mi futuro incierto. Crucé los brazos y evoqué una, dos, tres

veces a mi hermano y a mi prometida. ¿Me recordarán? ¿Estarán arrepentidos? ¿Se habrán casado?

Suspiré derrotado.

—Quizá Isa amaba a mi hermano desde el inicio o, quizá, me dediqué demasiado a los demás y la olvidé a ella.

«¡Espera, Jonás! ¿La estás excusando?».

Nada justificaba una traición, nada.

—¿Jonás? —me llamó Eva.

Suspiré hondo y regresé junto a mi almohada nueva.

—Aquí estoy —anuncié al tiempo que me acomodaba a su lado.

Ella me rodeó con sus brazos. Su calor envolvió mi cuerpo, pero no el corazón. ¿Volveré a sentir algo por alguien que no sea solamente deseo? ¿El destino me dará una segunda oportunidad?

«¿Quién sabe?».

Valentina

♪Me muero de amor – Natalia Oreiro♪

El tiempo continuaba gris e incluso más furioso que ayer. La dulce voz de una cantante llamada Natalia Oreiro irrumpió mi local de trabajo con su canción: «Me muero de amor». ¿Alguien se moría de amor en verdad? Hacía tanto tiempo que no sentía nada por nadie que ya no recordaba las sensaciones típicas que me invadían cuando estaba enamorada.

Mareo: siempre me mareaba cuando alguien me gustaba.

Dolor de pecho: el corazón se me aceleraba tanto que dolía.

Dolor en las venas: creo que la emoción inflamaba mis venas.

Hueco en el estómago: últimamente sólo era hambre.

Alegría infinita: suspiraba cada dos segundos, sintiendo una plenitud indescriptible en mi interior.

Definitivamente, hacía tiempo que no sentía ninguno de estos síntomas.

—Ponte a trabajar, Valentina —me dije y una patada imaginaria me hizo mover el esqueleto.

Arreglaba unos libros nuevos que habían llegado hoy, al tiempo que leía sus contraportadas. Algunos parecían muy interesantes y otros sinceramente, nada recomendables. Era una lectora fervorosa y mis gustos eran «diferentes». No me gustaban mucho los bestseller.

«No todos siempre hay excepciones».

Tampoco los muy eróticos, prefería que mi imaginación trabajara en algunas escenas más “calientes”. En fin, tras ordenarlos en sus estanterías correspondientes, fui a por una taza de café y mi libro actual. Tras leer unos capítulos fui a por la escoba.

—Hoy no volaré, me limitaré a limpiar —mofé y me reí.

El salón estaba plagado de un velo fino de arena. Tras barrer, salí afuera para arrojar la tierra en el bote de basura. Cuando abrí la puerta, alguien soltó un alarido de dolor al recibir un portazo en la cara. Plegué mis ojos al reconocerlo.

«El surfista dorado».

—Lo siento —dije con voz trémula y rostro desencajado al tiempo que intentaba tocarle la frente inútilmente.

¡Era altísimo! Yo apenas le llegaba hasta sus fuertes pechos. Su perfume me hipnotizó. Era tan fresco, tan masculino, tan él.

«Ñam ñam» mi zombi interior acababa de usurpar mi cuerpo y moría por probar un trozo de aquel vikingo dorado y perfumado.

Mentalmente estaba masticando su pezón derecho.

«Delicioso».

—Lo siento mucho —balbucí con cara de asombro.

«Es hermoso» pensé con cara de zombi enamorada.

—Alles gut —me dijo al tiempo que se rozaba la nariz con la palma derecha.

Enarqué ambas cejas al oírlo y no comprenderlo.

—¿Eso es bueno? —demandé en un susurro.

Él sonrió de costado y se robó un latido de mi corazón.

—Significa: está bien —me aclaró.

—Ah...

Me regaló una sonrisa amable, a pesar del incidente. Me ruboricé como un tomate. En ese lapso, Shakira y Alejandro Sanz invadieron la radio con su canción: «La tortura». Volteé y mascullé para mis adentros.

«Muy apropiado».

Jonás

Capítulo IX

♪Dust to dust - Civil Wars♪

Un mágico encuentro

Un portazo certero en la cara removió mi cerebro. Creo que incluso vi estrellitas en plena mañana. Meneé la cabeza mientras rozaba mi nariz con la mano derecha.

—Lo siento —dijo la chica de los ojos tristes.

¡Meine Puppe! ¡Era una muñeca!

Tan pequeña y tan peligrosa.

—Alles gut —glosé y sonreí.

La miré de pies a cabeza. Quién diría que la hallaría en la única librería abierta en el pueblo.

¡Qué bajita era!

—No pasa nada, fue un accidente, señorita.

Al fin pude articular palabras. Las mujeres siempre han pensado que eran ellas a perder el control ante alguien que os gustaba. Pero no sabían el aprieto que pasábamos nosotros los hombres ante una mujer que nos atraía.

La canción de Civil Wars «Dust to dust» comenzó a sonar en la

radio...

«No son tus ojos, no es lo que dices, no es tu risa lo que le lleva lejos...»

«Simplemente estás solo, has estado solo mucho tiempo...»

«Toda tu actuación, tu fino disfraz»

«Todas tus frases perfectamente pronunciadas»

«No me engañan, has estado solo mucho tiempo» rezaba aquella apropiada canción.

La miré con mucha intensidad.

—Hola, señorita.

«Pequeña sirenita».

Parpadeó a cámara lenta y logró desestabilizar mi corazón una vez más.

—Su cabello —balbució con expresión hechizada.

Mi pelo lo llevaba suelto y algo húmedo. Me duché antes de venir aquí.

—Hola —contestó tras suspirar.

Sus ojos no eran grandes, pero sí muy expresivos. Intenté sonreír, sin embargo, los labios y el resto de mi cuerpo no me obedecieron.

—¿Usted, trabaja aquí? —le pregunté.

«Pregunta idiota del día». ¡Haces honor al color de tu pelo!

Asintió con un movimiento leve de su pequeña cabecita, ruborizada hasta el alma.

«¡Parecía una adolescente ante su primer amor!».

—En verdad lo siento, señor —se disculpó tras varios minutos de mutismo.

La miré de un modo tan, tan... difícil de definir con palabras.

«Habla, rubio».

—Me llamo Jonás Müller, señorita. Pero puedes llamarme, Jonás.

Una energía rara envolvió todo el local. ¿Era alguna magia?

—Mucho gusto, señor Jonás Müller —me dijo al tiempo que extendía su pequeña mano derecha.

Apretujé con delicadeza la misma. Mi mano era una manopla al lado de la suya.

—Solo Jonás, por favor —sonreí de costado—, o me sentiré treinta años mayor que tú —bromeé y me gané una hermosa sonrisa.

«Qué mujer tan diminuta y preciosa».

—Jonás —resopló con las mejillas ardorosas.

Nos miramos por varios segundos, sosteniéndonos las manos.

—Mucho gusto, señorita.

¡Qué mujer más intrigante!

Valentina

♪So far away – Staind♪

Asentí azorada y boquiabierta. Su voz era tan grave que parecía un rugido.

—He venido a por unos buenos libros —me miró con magnitud—. Me han recomendado este sitio —dijo y se robó un latido de mi músculo vital.

Llevé mi mano derecha al corazón, temerosa porque saliera volando de mi pecho.

«Tranquilo» le dije y le di unas palmaditas.

Lo miré embobada por unos segundos más, hasta que recuperé la consciencia.

—¿Qué género está buscando?

El surfista dorado caviló unos segundos antes de decidirse.

—En realidad necesito de todos los géneros, señorita.

«¿Quiere escribir una de amor conmigo? ¿Con sombras y fustas?».

—Adelante —le dije y le indiqué las estanterías.

Me miró de un modo difícil de explicar con palabras.

—Gracias.

Se encaminó hacia las estanterías mientras yo lo estudiaba de pies a cabeza. Llevaba unos pantalones color caqui y una musculosa negra. ¿No sentía frío? No llevaba tatuajes ni piercings y olía muy rico, una mezcla de aftershave y algún perfume caro de moda.

Me arreglé la melena en un rodete. Alisé mi blusa roja al estilo gitanita y mi falda de vaquero largo. ¡Por Dios! ¡Jamás me miraría!

«Ni siquiera preguntó mi nombre».

La mirada melancólica del Gato con botas ahora me pertenecía.

—Tienen muy buenos libros —comentó.

«Pésimas ropas, pero buen gusto literario».

Parpadeé.

—Algunos han llegado ayer —acoté.

Caminé absorta hacia la puerta y escruté fascinada el horizonte plomizo con mi taza de café entre manos. Estaba tan nerviosa con su presencia que terminaría temblando como una enferma de Parkinson.

«Tranquila, Valentina».

—He encontrado lo que buscaba —anunció de pronto por detrás de mí.

Giré en redondo. Mi café decidió saltar de mi taza y posar en su abdomen de ensueño.

—¡Aggg! —soltó al sentir el calor del café en su piel.

Mis ojos rodaron unas tres veces consecutivas en sus orbitas.

—¡Madre mía! ¡Qué torpe!

Colocó los libros sobre la encimera y con presteza se quitó la musculosa.

«¡Por los clavos de Cristo!».

Era un pedacito de mal camino.

«Momento Homero Simpson babeando».

Todos sus músculos se podrían ver perfectamente, cuadradito por cuadradito. ¡Era Perfecto!

Ni los autos de la película: «Fast and Furious» podrían competir con mis latidos acelerados en estos momentos.

—Lo siento, Jonás.

Busqué algo de papel para que se enjugara. Podría usar mi lengua, pero me contuve.

—Lo siento, mucho.

Jonás esbozó una sonrisa picarona al percibir mi intranquilidad.

—Dios mío, que descuido —dije al pasarle el papel por el abdomen perfecto.

Suspiré.

Parpadeé.

Babeé.

—No pasa nada.

Nuestras miradas se encontraron. El surfista dorado me escrutó hipnotizado como si yo fuera la mejor marea que había visto en toda su vida. Me hizo un ademán con la mano restándole importancia al cálido y húmedo incidente.

—No te ofusques tanto, señorita —sonrió de costado y me robó un sonoro suspiro—, o pensaré que lo has hecho a propósito —me guiñó un ojo al tiempo que me sostenía ambas manos.

Me estremecí de pies a cabeza.

«Ay, Dios me voy a desmayar».

—¿Estás bien? —me demandó con voz suave.

Asentí sin mucho convencimiento. Aparté mis manos de las suyas aun temblando. Aquel día nublado y fresco terminó con otro accidente. ¡Dos en un sólo día!

Pagó a continuación los diez libros que había elegido. Escruté con disimulo su abdomen perfecto y sonrojado en la parte derecha, cerquita de su pelvis bien definida.

«Madre mía».

Mentalmente lo estaba lamiendo como si fuera un helado de chocolate, pero sin devorar el cono, ¿ya sabrán a qué me refería, no?

«¡Valentina González, ya basta!» me reproché y creo que incluso

meneé la cabeza.

—Los cuentos policiales de Allan Poe le encantarán —dije, intentando amenizar el percance.

Se arregló el pelo rubio con sensualidad. Mi mandíbula se colgó a la altura de mis pechos y unos humitos salieron de mis orejas.

—Lo tomaré en cuenta, ¿señorita...?

Mi corazón dio varias piruetas en mi caja torácica.

«¡Preguntó mi nombre! Dios mío, ¿cómo me llamaba?».

—Va... Va... —tartamudeé nerviosa—. Valentina, la desastrosa.

Él rio de buena gana. Su risa era contagiosa. Reía con el corazón e invitaba al mío a hacerlo también.

—Mucho gusto, Valentina —me dijo en tono encantador—. Vendré siempre que pueda —parpadeé nerviosa—, y por favor, recomiéndame los libros que más venden aquí o los que a ti más te han gustado —asentí—. Hasta luego —dijo al tiempo que me guiñaba un ojo antes de salir de la librería del horror, cuyo nuevo eslogan será:

«Compre un libro y le regalamos un portazo en la cara o un café caliente en el abdomen».

Eché mi cabeza sobre la encimera, levantando y bajando en un gesto de autoflagelación.

¡ValentinaGonzález@soyundesastre.com!

Valentina

Capítulo X

♪Amores extraños – Laura Pausini♪

“El rincón de la magia”

Al día siguiente, la lluvia continuaba y esta vez acompañado por un desapacible vendaval. Decidí hacer limpieza en la librería. Comencé por los cristales de la puerta principal. Tras finalizar con la parte interna, salí afuera para limpiar la otra parte. El viento estaba bastante furioso y decidí entrar, no era buena idea limpiarlos en aquel momento, en especial porque casi me quedé sin falda.

—Dios —murmuré frotándome los brazos con las manos.

Me preparé café y unas galletas de canela con frutos secos que había horneado ayer. Observé el cielo a través del cristal. Estaba renegrido y repleto de venas plateadas. Habían anunciado huracanes en la televisión.

—Hoy no creo que venga nadie al local —dije desanimada, evocando de manera ineludible a mi surfista dorado—. Lástima —suspiré con tristeza.

Caminé hacia la sesión de libros eróticos y sujeté uno que había llegado la semana pasada. Tenía críticas excelentes en el grupo literario «Los Libros Abren Tus Ojos», del cual era miembro en el Facebook.

Las primeras páginas mostraban la calidad literaria, mucho mejor que

aquel lleno de sombras que nunca comprendí por qué era tan famoso.

—Cuestión de gustos —me dije y asentí condescendiente.

Me senté en el sofá y coloqué mi taza de café caliente sobre la mesita de madera junto con las galletas que yacían en un plato de porcelana. Leía el libro con tanta concentración que no percibí que alguien había ingresado al local.

—Hola —me dijo y solté un grito ahogado.

Me levanté de golpe y solté el libro en un acto reflejo al comprobar quién era mi cliente. ¡El surfista dorado!

Suspiros.

Palpitaciones agitadas.

Babas.

Más suspiros.

—Hola, Valentina —me dijo con aquella voz grave tan singular suya y aquella sonrisa que desarmaría incluso al más cruel de los terroristas.

Parpadeé y suspiré al mismo tiempo.

—Hola —balbucí sin lograr disimular mi embebecimiento.

Mi libro había aterrizado sobre sus botas de color caramelo y minutos después, mi baba sobre él.

—No quise asustarte —me dijo algo compungido.

Se apresuró a levantar mi libro. Yo tuve la misma idea, hubo un encontronazo de cabezas y un intercambio de gañidos.

—Fue un encuentro de ideas —soltó él, risueño.

«Aufff».

—¡Perdón! —dije alhelada.

Me miró apenado mientras yo me masajaba la zona afectada.

—Lo siento, Valentina —me dijo al tiempo que me acariciaba la frente.

Podía morir en aquel instante.

—¿Te duele?

«Ya, no».

—No.

Nos miramos por varios minutos interminables hasta que la puerta acristalada se abrió con violencia y nos sacó de nuestro trance. Corrí para cerrarlo con llave y escruté asombrada el mal tiempo.

—Hoy está furioso el cielo —dijo él, sobre mi cabeza.

Su cercanía estremeció todo mi cuerpo. Su perfume recorrió mis fosas nasales y arropó incluso mi alma.

—Hmmm, se ve interesante este libro —agregó.

Giré mi rostro y puse mis ojos como platos.

«Oh, no».

—Estaba leyendo por recomendación —me apresuré a decir.

«Pervertida literaria».

Jonás esbozó una sonrisa enigmática antes de leer la sinopsis del dichoso libro lujurioso.

«Pensaré que eres una necesitada sexual o, mejor dicho, confirmará que lo eres» me dije colorada como un tomate.

—Lo llevaré —anunció para mi mayor asombro.

Un trueno estrepitoso me hizo respingar y salté a sus brazos en un acto reflejo.

«¡Era un sueño! ¡No me despierten antes de las doce!» pensé antes de cerrar mis ojos y acomodar mi cabeza en su pecho musculoso y perfumado.

«Aggg» empecé a ronronear como una gata en celo.

—No te agobies, pequeña —me dijo en tono paternal al tiempo que me acariciaba la cabeza.

Olfateé su musculosa que exhalaba el aroma de su desodorante Axe

chocolate. Me imaginé comiéndole partes de su sabroso cuerpo como en la famosa propaganda del mismo.

«No seas glotona».

Él carraspeó y me devolvió al presente de golpe.

«Mueve tu culo, Valentina. No seas desvergonzada y necesitada».

Me aparté minutos después, completamente intimidada y azorada con la rara situación.

—Lo siento —farfullé.

Parpadeé varias veces y sin dirigirle la mirada le dije:

—Mejor esperas a que pase el mal tiempo, Jonás.

«Lo dije fuera de la cabeza, ¡un aplauso!».

Él asintió satisfecho como si estuviera esperando aquella invitación mía con vesania. ¡Vaya! ¿He puesto alcohol en el café?

—Gracias, Vale.

«Soy tuya, puedes hacerme el amor sobre el mostrador, no tengo drama».

El cielo silbaba y las nubes negras tragaban a las nubes blancas en pocos segundos.

—Siempre tuve mucho respeto a estos temporales —comenté con expresión seria.

Jonás seguía mirándome con ojos de cordero degollado. ¿Sentía pena por mi poca estatura? ¿Por mis ropas ajadas? ¿Por mi apariencia en general?

Silencio.

—Uno nunca sabe qué puede suceder con el tiempo así —comentó, adoptando una expresión muy circunspecta.

«Hazme el amor antes de que el mundo termine».

Por fortuna, no podía leer mis pensamientos lascivos.

—Ajá —me limité a decir.

Le ofrecí café y lo aceptó con alegría, al igual que mis galletas caseras.

—Hmmm, ¡qué deliciosas! —dijo al mordisquear uno—. ¿Las has hecho tú, Vale?

Asentí orgullosa como si acabara de confirmarle que había escrito un libro ganador del premio Planeta.

—¡Das ist lecker! —exclamó y supuse que era algo bueno, al menos por su expresión—. Significa delicioso —repuso al ver mi mueca.

Jonás se sentó en la butaca de madera arrinconada en un costado del salón.

«Qué bien le quedaban sus ropas, aunque sin ellas... ñam ñam». Mi zombi interior andaba hambriento.

Llevaba una musculosa blanca y una camisa escocesa de franela —blanca y roja—, y unos vaqueros prelavados con algunos agujeros en las rodillas.

Me dijo que medía metro noventa y siete cuando le pregunté por su altura.

«Hala, cuarenta y siete centímetros más que yo».

Esbozó una sonrisa radiante cuando le dije que yo apenas medía un metro cincuenta.

—Soy muy pequeña —afirmé y él me miró de un modo muy extraño.

—Es tu mayor atractivo —me dijo.

Mengüé unos diez centímetros más ante la emoción.

Me contó que era alemán/español, su padre era alemán y su madre española. Le pregunté a quién le asemejaba más. ¡Pregunta idiota del día!

—Soy idéntico a mi padre —acotó con orgullo y nostalgia.

Ambos habían muerto hacía tiempo, me dijo con un deje de tristeza. Supuse que era hijo único, porque no mencionó que tuviera hermanos. Tenía

treinta y siete años, pero parecía un hombre de treinta años como mucho. No comentó sobre su trabajo o su estado civil. Miré con cautela su mano derecha, ningún anillo brillaba en sus largos y perfectos dedos de pianista.

«No seas cotilla».

Su móvil sonó y por la manera en qué hablaba con su interlocutor, supuse que era su novia. Le preparé los libros elegidos y eso incluía el erótico, el que estaba leyendo cuando llegó.

—Ya te contaré como es, Vale —me dijo y me ruboricé como un tomate.

«La verdad preferiría que pusieras en práctica conmigo todo lo que mencione ese libro erótico desde el prólogo hasta el epílogo».

Jonás pagó por los libros y me agradeció por la amabilidad.

«También por no asestarle la cara o quemarle con café».

—Vendría todos los días si pudiera, Vale —me dijo y mi corazón giró sobre sí mismo—. Debo marcharme, hermosa.

«¿Hermosa?» mascullé para mis adentros mientras unos corazoncitos se dibujaban alrededor de mi cabeza.

Salió del local a toda prisa y subió a su auto tras balancearme la mano derecha.

—Hasta luego, Jonás.

Lo observé a través de la puerta acristalada con los brazos cruzados.

«¿Estaba flirteando conmigo?». Negué con la cabeza. Un hombre así tenía otros gustos.

Cuando giré el rostro vi sobre el mostrador un libro. ¡Oh, no! Jonás lo había olvidado. Me asomé y leí la portada: «Al encuentro de la vida» de Lori Nelson Spielman.

—Su sinopsis es prometedor —musité.

No me resistí y lo llevé conmigo.

—Lo leeré y luego se lo devolveré —pensé con picardía.

Por la noche, en mi cama abrí el libro para leer unas páginas y no pude parar hasta terminarlo. Una historia que me hizo reír, llorar, soñar, creer, amar y sobre todo, reflexionar.

—Las segundas oportunidades siempre llegan para aquellos que lo esperan.

«Nunca lo olvidaré».

Jonás

Capítulo XI

♪Outside – Staind♪

Al encuentro de la vida

Contemplé con
embeleso a
Valentina, y mal

podía disimularlo. No era deseo aquello que me inspiraba, era ternura en su estado más puro.

Una belleza en miniatura que adoraría deleitar.

«¡Maldición, Jonás! ¡Basta animal!».

—¿Animal? —preguntó ella.

«¡Por todas las mierdas existentes en el planeta y fuera de ella! ¡Lo dije en voz alta!».

Un minuto para reaccionar.

—Es que olvidé la ventana de mi cuarto abierta, Valentina —dije algo azorado.

«Excusa infantil, pero perfecta».

—Ah...

Me encantaba cuando se ruborizaba como un tomate. ¿Era real? ¡Una mujer que se sonrojaba en pleno siglo XXI era adorable! Luego hablamos de todo: libros, política, fútbol y comidas.

«Qué mujer interesante resultaste ser, Vale».

Era como los chocolates de Kinder sorpresa, un pedacito de chocolate con una sorpresa incluida. ¿Acabo de compararla con un Kinder sorpresa? ¿En serio? Mi manual de piropos anda pasado de moda.

—¿Quieres más café? —ofreció y asentí.

Nunca había estado con una mujer como Valentina, dulce y pequeña.

«Ñam ñam».

Me pasé la lengua sobre los labios.

«¿Era atracción?».

La miré de arriba abajo con ojos evaluadores y sonreí.

«¡Alles klar!».

—Claro que sí —repetí por lo bajo.

Mi móvil timbró, era Eva. Me levanté con pereza tras hablar con mi socia/amante/amiga.

—Ya te contaré sobre el libro erótico —le dije a Valentina, y le enseñé el mismo.

Se sonrojó aún más.

«Me encantaría ponerlo en práctica contigo, Vale».

Un puñetazo imaginario en el estómago me dobló por la mitad.

«¡Eres una bestia!».

—Nos vemos, Vale.

Dejé a propósito uno de los libros que había comprado sobre la encimera cuando sonó mi móvil. Valentina no lo notó.

«Me encantas pequeña, pero tus ojitos negros necesitan de brillo para acentuar aún más tu belleza indecible. Creo que yo no soy el indicado ni para ti ni para ninguna mujer como tú. Espero que el libro que te he dejado te sirva de algo o al menos que serene un poco tu alma herida».

Me dirigí a la puerta y salí corriendo hacia mi auto. Antes de

marcharme le balanceé la mano derecha a modo de despedida.

—Hasta luego, Valentina.

Mi abogado acababa de confirmarme que estaba oficialmente divorciado de mi prometida. Bueno, era una manera de decir. Ya que no estábamos casados. Dividimos todo y ahora ya nada nos unía ni siquiera el pasado que pretendía soterrar junto con mi corazón mutilado.

Era libre, pero aun así me sentía preso.

Eva dormía desnuda en la cama tras hacer el amor conmigo. ¿Hacer el amor? No era el término correcto, tras haber fornicado, copulado, apareado, follado conmigo. Era tan extraño, jamás había sido así de canalla con ninguna mujer.

Isabel mató mi alma y mi hermano la enterró.

Fui a la cocina y abrí una botella de cerveza. Necesitaba beber para ahogar mis penas. Decidí salir afuera como había venido al mundo. El aire gélido me erizó toda la piel mientras contemplaba el mar furioso, tan furioso como yo en ese preciso instante.

¿Por qué no acabé con mi pesadumbre aquella noche en que los hallé juntos en nuestra cama? ¿Por qué no cogí mi arma y los maté? Alcé la vista y supe por qué.

—No era justo Dios, pero a pesar de todo y con toda la pena que conllevaba mi decisión de continuar vivo, seguía creyendo en ti y también en mí.

En ese lapso, recordé a Valentina. Una dulce mujer de cuento de hadas cuya alma estaba destrozada por el adiós repentino de su madre y la macabra soledad en la que vivía. Levanté mi botella en un gesto de reverencia.

¡Salud, Valentina!

Al día siguiente, la encontré en la playa y me emocioné más de la cuenta. Su presencia era como una gota de agua en pleno desierto. ¡Qué cursi era! ¡Válgame Dios!

—Valentina —mascullé antes de acercarme con una sonrisa que mal cabía en mi cara.

La saludé y me senté a su lado sobre la arena. Doblé mis piernas a la altura de mis pechos y las abracé. Ella se ruborizó como me gustaba.

—¿Cómo estás, Valentina?

Estaba triste.

—Bien.

Quiso entregarme el libro que le había dejado de regalo. Le expliqué que lo había comprado para ella, pensando en su esencia. La tierna y candorosa expresión de su rostro me impulsó a acariciarle la mejilla.

«Qué rico hueles, Vale. Qué tierna te ves. Qué ganas de estrecharte y curarte las heridas. ¡Santo cielo, Jonás! ¿Qué mierda te pasa? ¿No has aprendido la lección? ¿Quieres volver a sufrir? ¿Sufrir? ¡No! Esto era atracción física y pasará cuando... No pase nada. Valentina nació para ser amada, no usada».

—Con respecto al libro erótico —lancé y ella abrió de golpe sus ojos y se sonrojó aún más. ¡Era encantadora! —Me ha gustado, pero ciertas cosas mejor hacerlas que imaginarlas —dije riendo.

¡Se ruborizó por tercera vez! Me encantaban sus mejillas acaloradas.

Penélope se acercó y exigió nuestras atenciones.

—¡Qué bella eres! —le dije al tiempo que le besaba la cabeza.

Luego de unos minutos, mi móvil sonó.

«Mierda».

Eva me estaba rastreando los pasos, odiaba que lo hiciera y odiaba tener que

alejarme de mi Pulgarcito. ¿Mi pulgarcito he dicho? ¡Demonios! Estaba ahogado en la cursilería y la falta de originalidad. Olvidé preguntarle si tenía pareja. Quizá temía comprobar una de las posibilidades.

—Nos vemos, Valentina.

Le di un beso en la mejilla izquierda antes de partir. Me volví varias veces para observarla mientras me alejaba.

Valentina

Capítulo XII

♪Dreamer – Uh Huh her♪

Las casualidades del hado

Al día siguiente, la lluvia al fin se marchó y dio paso

al sol que impetuoso, reinó en su trono celestial con majestuosidad y soberbia, típico de los grandes reyes.

—¡Bienvenido! —le dije y sonreí.

Por la tarde, tras salir de mi trabajo, fui a pasear con Penélope por la playa. Llevaba el libro que Jonás olvidó dentro de mi bolso por si lo encontraba. El pueblo estaba casi abandonado por aquellas fechas. Merodeamos por el pueblo y terminamos cerca de la playa donde Penélope corrió alocadamente, ¡cómo siempre! Marley, de la película: Marley y yo, sería la pareja ideal para ella.

—¡No seas loca! —le grité, pero ella como era su costumbre, me ignoró.

Tomé asiento sobre mi viejo bolso y escruté el horizonte ausente hasta que mi surfista dorado irrumpía mis pensamientos con su sonrisa deliciosa y maravillosa.

«Jonás».

Sonreí embobada mientras observaba la marea. Exhalé grandes bocanadas de aire fresco y los solté con suavidad.

—Hola, Valentina.

Aquella voz grave me sacó de golpe de mi ensoñación. Giré el rostro y escruté embelesada a Jonás que me regalaba su sonrisa más dulce. Pensaba en él justo cuando apareció. ¿Fuerza del pensamiento, destino o suerte?

—¡Hola, Jonás! —le dije con más entusiasmo del que calculé.

Se sentó a mi lado sin mucha ceremonia. Llevaba la barba más prominente y el pelo recogido con una goma negra. Vestía una camisa escocesa de franela —negro y blanco—; y unos vaqueros de color mostaza. Dobló sus largas piernas y las abrazó caviloso. Su perfume impregnó mi nariz y me robó un suspiro ahogado. ¡Olía tan rico! Miré alelada su boca, ¿qué sabor tendrían? ¿Dulce? ¿Tibio? ¿Salado? ¿Pecaminoso? ¿Celestial?

«Estaba triste».

—Me encanta este lugar —soltó con una voz teñida de tristeza.

Su mirada se perdió en medio de las oleadas. Tuve unas ganas tremendas de abrazarlo.

Al menos lo hice mentalmente y con mucha fuerza.

—A mí también —resoplé y él me miró con un brillo fulgoroso en sus ojos azules.

«Aggg» gemí.

—Antes de olvidarme, Jonás.

Aproveché para entregarle el libro que había olvidado en la tienda. Él puso sus palmas en alto.

—No me he olvidado, Vale —lo miré atenta—, lo he comprado para ti.

«¿Para mí? ¡Yupiii!».

Acababa de hacer varios saltos mortales en la arena, mentalmente, claro.

Después de mi madre, nadie me había hecho un regalo.

—Gracias—. Los ojos se me nublaron, fue inevitable.

Ladeé la cabeza confundida. No sabía si saltar de alegría o llorar como Érica de la película: «Alguien tiene que ceder».

—Lo compré pensando en ti, Valentina.

¿Recuerdan el baile de Josie Geller, en la película: Jamás besada? Pues, ahora mismo la estaba imitando y eso incluía los golpecillos en la nalga y la tijera al final del baile.

—¿He acertado, Valentina?

«El centro de mi pecho».

—Totalmente, Jonás.

Me miró con tanta intensidad que mis mofletes empezaron a arderme.

—Cuando leí su sinopsis —me miró con una dulzura que sería capaz de matar a cualquier diabético—, supe que era para ti.

Mis mejillas estaban parpadeando como la luz roja de un semáforo. Para una indigente emocional como yo aquello valía mucho más de lo que cualquier ser humano podía calcular.

—¿Te ha gustado?

«Más de lo que puedas imaginarte».

Asentí conmovida hasta las lágrimas. Creo que estaba más carente de lo que supuse.

—¿Cómo sabías que lo leería? —retruqué con un enorme nudo en el pecho.

Jonás me guiñó un ojo.

—Tenía el matiz de tu alma en su título.

Aquello me dejó sin palabras y sin aliento. Aquel vikingo tenía el ánimo de un poeta medieval. ¿Era real?

Un minuto para recuperarme.

Suspiros entrecortados.

Oleadas agitadas.

Lágrimas a punto de brotar.

Latidos apresurados.

—Me ha gustado mucho, Jonás —respondí al fin.

Me acarició la mejilla y entrecerré mis ojos para no despertarme de aquel dulce sueño. Tras unos minutos de silencio, relleno por el sonido característico del mar, él soltó:

—Con respecto al libro erótico, —abrí de golpe mis ojos y me sonrojé una vez más—. Me ha gustado, pero ciertas cosas, mejor hacerlas que imaginarlas —dijo riendo.

Descendí la vista intimidada. Ciertas partes de mi cuerpo comenzaron a palpar y no sabía que podían hacerlo hasta ahora. Penélope retornó con su peculiar alegría. Saludó a Jonás con euforia y alegría. Él le acarició con ternura la testa.

—¡Qué bella eres! —le dijo al tiempo que le besaba la cabeza.

Luego de unos minutos, su móvil sonó y como se lo imaginarán, él se marchó tras ello.

Me dio un beso en la mejilla izquierda antes de partir. Se volvió varias veces para escrutarme mientras se alejaba. Nuestras miradas se encontraron con una interrogante flotando en medio de nuestras pupilas un tanto dilatadas.

¿Volveremos a vernos?

Mi corazón palpitaba fuerte tras varios años de haber estado en un profundo letargo.

—¡Sí! —grité y pataleé, removiendo la arena bajo mis pies.

Mi bolso se hundió y me derrumbé sobre la arena de un modo muy jocoso.

¡Valentina, eres una pata!

Valentina

Capítulo XIII

♪Just hold me – María Mena♪

Un chocolate para tu corazón

El sábado visité la
cafetería y
heladería alemana:

«Un chocolate para tu corazón» que recibía a todo el pueblo en su inauguración. No había mesas disponibles, pero de todos modos ingresé al local.

—Hala —mascullé.

Me observé antes de entrar a través del cristal de la puerta principal. Llevaba mi falda hindú, una blusa sin mangas negra y una chaqueta roja con capucha. El frío se iba instalando poco a poco en Somo. Mi apariencia no causaría envidia ni siquiera en un mendigo, pero me gustaba y eso era lo importante.

—No estás nada mal —me dije sin mucha convicción entretanto abría la puerta del lugar.

Mi larga melena la llevaba recogida en una trenza.

—¿Mis botas marrones emitían un chirrido? —dije fastidiada.

Estaban viejas y ajadas como todo el resto de mis atuendos y

calzados. Debería comprarme unas nuevas.

«Jonás» farfullé emocionada al verlo.

El surfista dorado trabajaba allí. Me había comentado que tenía un empleo de ensueño, pero me imaginé algo más excitante y mejor remunerado.

«No seas Rubí, descarada y desdeñosa».

Esbocé una sonrisa ladina al evocar mi empleo, que tampoco era lo más alucinante del planeta. Éramos dos bohemios soñadores sin una cuenta bancaria envidiable.

Llevaba días sin ver a mi surfista dorado.

«¡Jonás!» me reprendí mentalmente.

Debía acostumbrarme a llamarlo por su nombre o metería la pata tarde o temprano llamándole surfista dorado.

«¿Vikingo sonaba mejor? ¡Ya cállate, mujer!».

Estaba hablando animadamente con unos meseros.

«Me sentía tan pequeña, tan insignificante, tan poca cosa».

Llevaba una camiseta negra con el emblema del local y un delantal blanco. ¡Era tan hermoso incluso de mesero!

«Valentina, tan pata como prejuiciosa».

El mejor amigo de Rubí, de la telenovela mexicana, Toledo, asumió el control de mi ser.

Jonás reía y bromeaba con sus compañeros de trabajo. Su camiseta negra ajustada me robó un largo y sonoro suspiro, que se entremezcló con el bullicio del sitio. Me arreglé nerviosa el flequillo, intentando llamar la atención de mi vikingo sexi.

—Basta con los apodos —me dije entre dientes.

Jonás comenzó a servir. Sin dudas era un camarero, un hermoso y dorado camarero. Me miró y me dedicó una sonrisa arrolladora. Le devolví el saludo mientras él venía hacia mí.

«Ay, Dios».

—¡Hola! —le dije poniéndome de puntillas.

Él pasó de largo sin mirarme. Giré en redondo y comprendí a quién saludaba en realidad. A una sirena de verdad y no a mí, una simple y vulgar sardina en lata.

—Hola, hermosa —le dijo a la bella mujer de melena larga y cuerpo de revista para adultos.

—Oh...

Me mordí avergonzada el labio inferior y decidí desaparecer.

«Ya eres invisible de todos modos».

Una de las camareras me ofreció unas chocolatinas en forma de corazón. Cogí unas cinco de la bandeja.

—Gracias.

«Lo mejor era regresar otro día» pensé al tiempo que me retiraba del local alicaída.

Jonás

Capítulo XIV

♪Broken – Seether ft. Amy Lee♪

El matiz de su alma

La inauguración de nuestro local fue todo un éxito y ojo, que el pueblo estaba casi desértico por aquellas fechas. Observaba orgulloso la cantidad de clientes cuando vi de pronto a Tamara, una de mis amigas «íntimas».

—Permiso —le dije a los chicos.

Crucé el salón para saludarla y quizá marcar un encuentro. Le di un beso en la mejilla y no tuve que proponérselo nada, ya que ella lo hizo por mí. Quedamos en vernos esa misma noche.

—¡El local está precioso! —dijo entusiasmada, moviendo con sensualidad sus pechos.

—Ajá.

Mis ojos se clavaron en sus valles de manera ineludible. Luego comenzó a hablar y en pocos segundos me aburrí, lo nuestro no era parlotear, sino accionar.

—Muero porque llegue la noche —dijo y acarició mis labios con los dedos.

En ese lapso, vi a mi Pulgarcito.

«¡Valentina!» me corregí con severidad.

Debía acostumbrarme a usar su nombre o metería la pata tarde o temprano llamándola así.

—¿Por qué no me saludó?

La vi marcharse cabizbaja del local. Estaba tan hermosa con su abrigo infantil y sus botas caramelos del siglo pasado.

—Permiso —le dije a Tamara que estaba hablando sobre..., algo que no recordaba bien ahora mismo.

—¡Valentina!

Ella se detuvo y me miró con ojos de cordero degollado. ¿Por qué estaba tan triste?

—¿Ya te vas? —le pregunté sonriendo.

La pesadumbre se adueñó de su lindo rostro.

—No hay sitio para mí —dijo y no supe a qué se refería exactamente.

Era tan dulce, tan tierna, tan menuda y tan triste. ¿Era necesario resaltar lo último? ¡Sé cómo alegrarle un poco! Bueno, al menos mi madre siempre me decía que el chocolate era una santa medicina contra las penas del alma.

—Ya vuelvo, Vale. No te muevas —le supliqué al tiempo que retornaba al local.

Pero ella desobedeció y se marchó de todos modos. ¿Acaso huía de mí? ¿Se sentía acosada? ¿Temerosa?

—¡Valentina! —aullé tras coger algo de la cocina. La detuve—. Para ti, preciosa.

Le entregué una bolsa con el eslogan del local. Adentro había varias chokolatinas en forma de corazón, un trozo de pastel de chocolate en uno de esos envoltorios de plásticos y una taza desechable de chocolate con el lema

del local en la parte frontal.

—Traje dos... —anuncié sonriendo al tiempo que le enseñaba mi taza desechable—. ¿Me harías compañía?

Sus ojos brillaron e iluminaron incluso los míos. Suspiramos monacorde.

«Gracias, Mutti» dije para mis adentros. Mi madre tenía razón con respecto al chocolate y sus efectos mágicos. O quizá ¿era el gesto?

—Me encanta la idea, Jonás.

Nos marchamos a la playa y bebimos el chocolate mientras caminábamos lado a lado. Ella no emitió nada y yo respeté su espacio. No quería ser invasivo o abusivo. Pero, me gustaba estar a su lado, sentirla cerca, respirar el mismo aire. Valentina me daba paz, algo que llevaba tiempo buscando sin éxito alguno. No quería follarla.

«Mentiroso». Quería, pero no solo eso.

—¿Trabajas allí? —preguntó con timidez.

Asentí con la cabeza, sin acotar que era uno de los dueños. Su melancolía me congeló el alma.

—¿Por qué estás tan triste, Valentina?

Unas lágrimas acudieron a sus ojos y prometían salir de ellos a cualquier momento. Dios, moría por abrazarla.

—Estoy bien, Jonás —mintió sin mirarme.

Le acaricié la mejilla con ternura y ella me miró con mucha magnitud.

—¡Jonás! —gritó alguien.

«Por todas las mierdas del pasado, del presente y del futuro».

—El deber me llama —le dije y besé su mejilla antes de alejarme.

—Hasta pronto, Jonás.

Me volví dos veces antes de ingresar al local.

—¿Quién era aquella chica mal vestida? —me preguntó Tamara.

La rabia me envolvió de pies a cabeza.

—Una amiga muy querida —le dije enfurruñado.

«Su estilo es mil veces mejor que el tuyo».

Decidí cancelar nuestra cita. Odio que las mujeres quieran comandar mi vida como alguna vez lo hizo Isabel.

«Todas eran iguales» pensé aturdido, hasta que Valentina se metió en medio de mis pensamientos y no solo logró calmarme, sino también mutar mi convicción.

«Todas podrían ser iguales menos ella».

Una sonrisa casi imperceptible se adueñó de mis labios con tan solo recordarla. Caminé taciturno hacia el balcón de mi casa y escruté con pesadumbre el mar y la luna, dos enamorados cuyo destino era vivir alejados el uno del otro.

Entrelacé mis brazos y dejé caer una tímida lágrima, una de mis tantas, ocultas detrás de mis ojos ensombrecidos por la pena y la decepción. Valentina retornó y se acomodó dentro de mi pecho con mi consentimiento. Aquella mujer pequeña tenía el gran don de conmoverme el alma con tan solo mirarme.

Escruté el cielo estrellado que de pronto llevaba su rostro.

«Valentina».

Valentina

Capítulo XV

♪Mi sol – Jesse & Joy♪

Una oleada llamada amor

Alguien gritó mi nombre y giré antes de bajar los

escalones, era el surfista dorado.

«Jonás».

Le sonreí y ladeé la cabeza a un lado. Me besó las mejillas.

—¿Ya te vas? —me preguntó sonriendo.

Me derretí como hielo en una sartén caliente.

—No hay sitio para mí —dije con tristeza.

Me deprimía con mucha facilidad.

—Ya vuelvo, Vale. No te muevas —me suplicó al tiempo que retornaba al local.

Pero desobedecí y me marché.

—¡Valentina! —aulló y me detuvo al sujetarme del brazo—. Para ti, preciosa.

Me entregó una bolsa con el eslogan del local, dentro había varias chokolatinas en forma de corazón, un trozo de pastel de chocolate en uno de esos envoltorios de plásticos y una taza desechable de chocolate con el lema del local.

—Traje dos... —anunció sonriendo al tiempo que me enseñaba su taza desechable—. ¿Me harías compañía?

«¿Dónde firmo los papeles del casorio?».

—Me encanta la idea, Jonás.

Nos marchamos a la playa y bebimos el chocolate mientras caminábamos lado a lado, en silencio al inicio hasta que decidí rellenar el mutismo:

—¿Trabajas allí? —pregunté con tacto.

«Pregunta idiota del día».

Él asintió altivo sin desviar la mirada de mí.

Silencio sepulcral.

—¿Por qué estás tan triste, Valentina?

«Vivir se hizo demasiado difícil, Jonás».

—Estoy bien, Jonás —mentí y él lo supo al instante.

Me acarició la mejilla con ternura y me miró con mucha magnitud.

—¡Jonás!

Una voz femenina gritó a lo lejos su nombre. Giramos monocrorde nuestros rostros y atisbamos a la bella mujer, la misma con quien él conversaba hacía unos minutos atrás.

«Era la sirena».

—Un minuto —le dijo él.

Creo que era su novia. Mi corazón dejó de existir. Una bofetada imaginaria me sacudió de golpe.

—Debo irme, el deber me llama —me dijo antes de besarme la mejilla derecha y salir corriendo hacia su lugar de trabajo.

—Hasta luego, Jonás.

La sirena me fulminó con la mirada mientras Jonás se acercaba a ella. Era factible, aquella mujer era algo suyo y me odiaba.

Él me dedicó una fugaz sonrisa antes de entrar al local.

—Adiós —farfullé.

Caminé por la playa hasta llegar a mi lugar favorito. Tomé asiento sobre la arena enfrascada en mis pensamientos. Abrí el bolso de papel y estudié el chocolate que me había regalado Jonás.

—Nada mejor para la tristeza que un buen trozo de pastel de chocolate —dije con ojos centelleantes—. ¡Delicioso! —exclamé tras el primer mordisco.

En mi vida había probado una tarta más exquisita.

—Érase una vez —reí al meter el plástico vacío dentro del bolso, junto con los chocolates en forma de corazón.

Doblé mis piernas y acomodé mis codos sobre mis rodillas. Aquel hombre vigoroso con apariencia despreocupada comenzaba a invadir una zona prohibida dentro de mi caja torácica, una zona despoblada hacía tanto tiempo. Pero el miedo se interponía frente a la puerta de mi corazón como un titán lo haría frente a su reino. Era hermoso soñar, pero podría sufrir mucho tras despertarme.

Jonás era tan inalcanzable como lo eran las estrellas del cielo.

—Así mismo —levanté mi mano derecha e intenté rozar los diamantes nocturnos con mis dedos—. Era inalcanzable como el corazón de mi vikingo.

«La felicidad no fue hecha para todos».

Me levanté y sacudí mi falda y el corazón al mismo tiempo.

El otoño estaba presente en cada rincón de mi adorado pueblo. Caminaba absorta en mis pensamientos en medio del camposanto.

—Ayúdame, madre —supliqué con lágrimas en los ojos.

Lloré tanto que sentí que las lágrimas no eran suficientes para aplacar este dolor, que cada día se hacía más inmenso e insoportable.

—Mamita —sollocé con amargura—. Mira —le exhibí mi abrigo.

Llevaba puesto su gabán negro de lana, largo hasta las rodillas. Aún tenía su olor. Me gustaba usar sus cosas y sentir su calor como si fuera un abrazo suyo.

—Hasta luego, madre.

Giré sobre mis talones y balanceé mi mano derecha sollozando con desconsuelo. Odiaba tener que dejarla allí, tan sola, sin mí.

—Falta poco, mamá —le dije antes de partir—. Pronto volveremos a vernos —prometí.

Jonás

Capítulo XVI

♪Never let me go – Florence the machine♪

“El héroe y su escudo”

A noche discutí feo con Eva, tras su ataque de celos sin sentido. Le dije que no éramos nada y que éramos libres de salir con quien se nos antojara.

—¡Eres un cabrón!

La miré furioso.

—Lo soy y tú lo sabías muy bien cuando te metiste en mi cama —le grité.

Estaba enfurruñada conmigo y el trato que le daba a Valentina.

—¿Te gusta la indigente emocional? —chilló a voz en grito.

Salí de casa sin dirigirle la palabra y deambulé por las calles de Somo, hasta que se me congelaran los pensamientos.

Terminé frente a la librería de Valentina, y descubrí que vivía al lado, en una casita modesta, pero muy épica. Ella estaba observando el cielo con su perra, desde su ventana. Llevaba un albornoz rojo muy ajado y una taza de café, té o chocolate entre manos. Sus ojos estaban inundados de dolor, de una

pena que a diario opacaba más y más su alma.

«Pequeña mía».

La escruté conmovido por varios minutos. Por poco no me metí a su casa para abrazarla, en especial cuando la vi sollozar con amargura. Mi Pulgarcito era pequeña, pero llevaba sobre sus cuevas una enorme tristeza.

Una extraña culpa manchó mi ser de repente. Yo no tenía nada para ofrecerle, nada, excepto mi amistad.

Por el momento, mi corazón continuaba en coma.

—Lo mejor será soterrar las ilusiones de Valentina lo antes posible.

Ella sentía algo por mí, lo vi en sus ojos el otro día. Algo que yo no podía corresponder, al menos no por el momento.

Al día siguiente, mi Pulgarcito me vio con Eva de manos dadas, era lo mejor, lo más sensato. Sin embargo, mi corazón no lo sentía igual.

¡Demonios! ¿Por qué me importaba? Valentina merecía a alguien mejor que yo, a alguien sin heridas emocionales y rencores abismales.

Tras cerrar el local, decidí caminar por la playa, necesitaba congelar mis pensamientos una vez más. Fumé unos cigarrillos mientras daba grandes zancadas hasta que vi algo a lo lejos.

—¿Era mi Pulgarcito?

Mi corazón dejó de latir y mis pies comenzaron a correr.

—¡Valentina!

La salvé por un milagro de las oscuras pretensiones de un depravado.

Reventé la cara del infeliz que intentó abusar de ella, pero la ira, no se marchó, hasta que lo dejé inconsciente. Llamé a los policías de manera inmediata y acompañé a Valentina, para hacer la denuncia correspondiente.

¡Estaba tan asustada!

Su opresor comenzó a gritar algunas sandeces sin sentido.

—¡Diles la verdad, pequeña! —gritó iracundo—. ¡Ella me rogó que la

matará!

Valentina no me miró, temía que descubriera la verdad oculta en sus pupilas.

«¿Sería cierto aquello que alegaba aquel demente?».

En el auto se rompió y no pude más, la abracé. Quería arrancarle la pena de su pecho, pero no sabía cómo.

La llevé a su casa fingiendo que no la conocía hasta entonces. Durante la despedida, temí dejarme llevar por aquello que sentía cada vez que la tenía cerca de mí.

«Santo cielo, Vale, muero por besarte. Pero tú no mereces un hombre con el alma mutilada como yo. Ya hallarás a alguien especial, que pueda salvarte y amarte entera».

—Descansa, pequeña —le rogué.

Ella entró sin mirar atrás.

—¿Qué tienes, mi Pulgarcito? ¿Qué puedo hacer por ti? ¿No te bastaría mi amistad?

Arribé a casa con el corazón hecho mierda. Decidí dormirme en el sofá. Necesitaba cavilar acerca de lo que el delincuente dijo en la comisaría:

—¡Ella me pidió que la matara! ¡Confiesa, pequeña! ¡Confiesa que me has rogado porque te matara!

¿Qué te ha pasado, Valentina González? ¿Quién te ha hecho tanto daño?

No podía acercarme a ella y ofrecerle lo que no tenía. No podía arriesgarme a algo que parecerá mágico al inicio y con el tiempo, se hundirá en el abismo de la realidad. Si obedeciera a mi corazón, la besaría, le haría el amor, pero ¿y después?

«Si lo que siento por ti es solo atracción pasajera, sufrirías aún más y no puedo permitirte más penas, mi Pulgarcito».

Valentina

Capítulo XVI

♪Cry – Jason Walker♪

El portal del abismo

Tras cerrar la librería me dirigía todos los días sin falta a la cafetería de ensueño. Estaba adicta a ella y a sus galletas de chocolate.

Jonás, a veces, estaba y otras veces, no. Pero las veces que lo hallaba allí siempre se sentaba unos minutos conmigo, hasta que la chica rubia lo llamaba. No era la sirena, sino otra muy similar con quien paseaba de manos dadas por la playa. Supuse que era su pareja.

—Para ti, Vale.

Él siempre me regalaba un chocolate de corazón extra.

—Gracias, Jonás.

Lo conservaba como un recuerdo sagrado.

En el café, Jonás siempre llevaba atado el pelo y resaltaba aún más su belleza exótica. No estaba segura si le asemejaba a Simbad o a Thor. De todos modos, era el prototipo ideal de príncipe que anhelaba en mi historia de amor.

«Soñar es gratis» me dije apenada.

«Siempre dices lo mismo» me reprochó mi huraño e insufrible

cerebro.

«Qué te importa» le respondí y el muy cabrón me quitó la lengua.

Me encantaba verlo, aunque fuera de lejos. Ese minúsculo lapso coloreaba mi mundo gris y él ni siquiera lo sabía. Además, el local era perfecto para las almas solitarias y amantes de la buena lectura.

Jonás llevaba días sin visitar la librería. De seguro tenía miedo de la peligrosa dependienta. En su lugar iba un bello joven de pelo castaño claro, que compraba cinco a diez libros semanales.

De a poco, la cafetería se atiborraba de buenos libros. Pocos leían, ya que la mayoría tenía compañía con quien hablar. Creo que era la única que visitaba el lugar sola, siempre sola.

Pagué mi cuenta y me retiré del lugar apesadumbrada. Era uno de aquellos días en que nada tenía sentido para mí. El corazón me pesaba tanto que, parecía arrastrarlo a un lado sobre un trineo imaginario.

«Eres tan deprimente, Valentina» me dije tras suspirar hondo.

Una brisa gélida me saludó al asomar fuera del local, pero lo que vi a un costado me congeló la sangre con más crueldad. Mi dios germánico estaba con su chica. Se estaban besando con mucha pasión y desenfreno.

—Oh —alcancé a ronronear.

Mi corazón me sirvió de tapete, hasta podía sentir la humedad bajo los pies mientras lo pisaba. ¿Por qué dolía tanto, si sabía que era imposible?

Me retiré de la cafetería cabizbaja como siempre.

Caminé por la playa solitaria por horas, acompañada por mi pena y mis lágrimas.

—Eres una idiota, Valentina.

Era hora de marcharse, de dejar de luchar por lo que no era ni podrá ser jamás.

—¿Por qué me duele tanto? —me pregunté llorando a lágrima viva.

Verlo con otra me hizo comprender lo que tanto temía.

«Dios mío».

Era oficial. Tras análisis y análisis debía asumir que estaba enamorada de Jonás, perdidamente enamorada.

—Oh —me limité a decir mientras las lágrimas cubrían mi rostro.

Después de recuperarme de la primera impresión entablé una conversación celestial con mi madre.

—Madre, cada día me siento peor, nada tiene sentido. Nada alegra mi corazón, hasta que Jonás llegó, pero ¿de qué me sirve un hombre ajeno? Nada tengo, madre, más que mis ganas de morir.

Una ráfaga helada me rozó la cara y agitó mi corazón.

—¿Eres tú madre?

Era ella, aullándome con exasperación para que continuara esperando algo que no sabía al cierto qué era. Su adiós repentino me dolía más de lo que soportaba y a diario anhelaba reunirme con ella.

¿Qué sensación más rara?

Había caminado bastante y estaba algo lejos de mi casa. El miedo manchó mi ser. Giré en redondo y di grandes zancadas rumbo a mi casa. Cuando faltaba poco, un hombre con apariencia sospechosa me obstaculizó el paso.

—¡Hola, guapa! —dijo en tono alevoso.

Me miró de pies a cabeza con ojos lujuriosos. Mi corazón dio un brinco al desentrañar sus intenciones malévolas. Antes que pudiera gritar, el hombre se acercó y me rodeó el cuerpo por detrás con una navaja en una mano.

—Tras divertirme contigo, preciosa, llevaré todas tus pertenencias.

Llevará mis pertenencias y lo más sagrado y valioso, mi dignidad y las pocas ganas que aún tenía de vivir.

«Era perfecto».

No puse resistencia, al contrario, me dejé domar fácilmente. Entre lágrimas le susurré:

—Máteme tras saciar su deseo —le dije sollozando.

El hombre comenzó a recorrerme el cuerpo con lascivia asquerosa.

—¿Cómo? —jadeó sin comprender mi petición un pelín desesperado.

Su aliento me advirtió lo ebrio que estaba.

«¡No, Valentina!» gritó mi madre en mi cabeza. ¿Mamá?

—Úseme y luego máteme, me hará un favor —resoplé en tono decidido.

«¡No, hija!».

Quería morirme y aquella era mi gran oportunidad. Necesitaba soterrar mi dolor.

—¡Cómo quieras, preciosa!

Me arrojó sobre la arena con brusquedad y se arrodilló entre mis piernas.

«Hija, no» rogó mi madre por tercera vez.

—Mamá —dije entre dientes.

La sensatez regresó a mí y entonces, aullé con todas mis fuerzas.

—¡Auxilioooooo!

El hombre escrutó a los lados y rio de buena gana antes de precipitarse sobre mí.

—Nadie te oirá, princesa.

Me levantó la falda decidido a llevar a cabo su propósito repugnante. Grité, pero la marea amortiguó el alarido. El hombre me dio una bofetada violenta cuando intenté empujarlo.

—¡Zorra!

Lo empujé sin éxito.

—Cuánto más te resistas, más me exci... —Alguien lo agarró de su abrigo y lo lanzó con violencia a un lado.

¡Era Jonás!

Me ayudó a erguir y luego me pidió que me alejara. Por alguna razón no obedecí y vi como golpeaba duramente al hombre que minutos después, le rogó compasión como un vil cobarde. Pero, Jonás no lo escuchó. El hombre corrió a toda prisa y Jonás lo detuvo en pocos minutos. Le dio un fuerte golpe en la cara, que lo hizo perder por completo la consciencia.

—Hala —dije embelesada—. ¡Mi príncipe dorado!

Cogió su móvil y llamó a los policías, que llegaron minutos después al lugar. Jonás me llevó a la comisaría y di mi declaración.

—¡Ella me pidió que la matara! —gritó mi opresor—. ¡Confíesalo, pequeña!

Jonás me miró detenidamente.

—¡Diles la verdad!

Firmé mi declaración.

—Te llevará a tu casa, cielo —me dijo Jonás tras rodearme los hombros.

Lloré con amargura en su coche. Jonás me ofreció un pañuelo de papel.

—Ya pasó —me susurró al tiempo que me arrastraba a sus brazos.

Por unos instantes me sentí tan querida, tan protegida.

—No deberías andar por la playa a esas horas —musitó en tono ensombrecido—. Si no hubiera llegado a tiempo... —no pudo terminar su frase.

¿Por qué se importaba conmigo?

«No te hagas ilusiones, se importa contigo como con cualquier otro ser humano».

Me aparté de él y le miré a los ojos.

—¿Qué hacías allí?

Jonás me arregló un mechón rebelde de mi cabello y lo colocó detrás de mi oreja.

—Ordenaba mis pensamientos y sentimientos —dijo con sinceridad—. Me gusta el sonido del mar, me calma un poco.

Jonás y yo nos miramos fijamente por unos minutos, hasta que su móvil timbró y nos despabiló. Habló en su idioma y luego arrancó el auto.

—Vivo aquí —dije, indicándole la pequeña casita de cuatro cómodos donde vivía tras la venta de la casa de mi madre.

—Ah —me dijo.

Nos bajamos del auto y me acompañó hasta el portón de hierro.

—Debes tener más cuidado, Valentina —me murmuró al tiempo que besaba mi mejilla a pocos centímetros de mi boca.

Si fuera una película romántica, él me besaría, pero era la realidad, y él no me besó.

—Gracias por todo, Jonás.

Entré en mi casa y lloré con desconsuelo recostada contra la puerta.

—Te amo —le dije a mi príncipe vikingo—. Con todas mis fuerzas.

Valentina

Capítulo XVII

♪Perfect – Ed Sheeran♪

Damisela en apuros

Desde aquella noche fatídica viví una serie de incidentes raros, donde Jonás siempre me salvaba. Cierta noche, en la playa, me robaron el bolso y él lo rescató tras correr detrás del atracador. Otro día, mi chaqueta se quedó atrapada por la mesada de la cafetería y él me ayudó. Cuando logró desprenderla caímos al suelo. Yo me quedé encima de él.

—Lo siento —dije arrebolada.

«Siento no haberme caído antes».

Jonás rio abiertamente ante el incidente hasta que nuestras miradas se encontraron y algo cambió. No sé si era la manera en cómo me miraba o cómo yo lo hacía, pero algo nació aquel día, algo que no tenía formas, ni colores ni sabores ni definiciones precisas. Algo indescriptible que competía con los latidos de nuestros corazones.

—Jonás —dijo su novia.

Ella me fulminó con la mirada.

«Oh, oh».

Por unos días no aparecí en el local, para evitarle problemas a mi dulce martirio dorado.

Sin embargo, él sí apareció en la librería. En una de sus visitas evitó que me desplomara en el piso tras perder el equilibrio en la escalera.

—Te tengo —me dijo sonriendo de costado.

Nos miramos con profundidad.

—Debes tener más cuidado, Valentina —me susurró sin desviar su mirada de mi boca.

—Lo tendré en cuenta —murmullé hipnotizada por sus labios de color fresa.

Alguien carraspeó por detrás de nosotros, era Teresa.

—Hola —nos dijo con un brillo peculiar en sus viejas pupilas.

«Teresa en plan Celestina».

El móvil de Jonás timbró en el momento más oportuno.

Nombre del romance: «El amor en los tiempos del móvil».

Al día siguiente, fui a la playa para agradecerle por sus actos heroicos los últimos días. Le había preparado una tarta de manzana, típica en su país. Lo vi desde lejos, pero no estaba segura si era él en verdad.

—¿Era él? —dije y me acerqué—. ¡Era él! —maticé al confirmarlo.

Abrí mi boca como para saludarlo, pero la tabla de surf impactó en mi cara y la volví a cerrar.

—¡Valentina! —chilló antes que perdiera la consciencia.

Jonás me llevó a su casa y me curó la pequeña herida que se abrió en mi frente tras el golpe.

—Valentina González, eres un peligro constante —me dijo sonriendo al tiempo que me pasaba el agua oxigenada por la pequeña brecha en mi frente.

Me soplaba con ternura. Su aliento caliente me hizo vibrar de

emociones indecibles.

—Venía para agradecerte por el día de ayer y los demás rescates, Jonás Green.

Me miró con expresión divertida.

—¿Green? —replicó.

—Sí, Greenpeace.

Mi vikingo soltó una risotada ante mi ocurrencia.

—Gracias por el pastel, pero la arena estaba más hambrienta que yo y lo devoró de un atracón —me dijo tras componerse de la carcajada.

—Oh...

Dicho en otras palabras, la tarta quedó bajo tierra.

—Tendré que preparar otra.

Jonás llevaba unos pantalones de casa. Ajados, pero cómodos y una musculosa blanca más deslucida aún. Llevaba el pelo suelto y mojado, supongo que se habrá duchado durante mi trance. Me acarició la cabeza con ternura y por primera vez vi a otro en lugar del vikingo hermético.

«Era un príncipe».

—Gracias, Jonás.

Estaba recostada en su cama con la cabeza dándome vueltas. Llevaba puesta su camisa escocesa de franela habitual. Quizá tirité de frío y me la puso, ya que mis atuendos quedaron empapados cuando caí sobre la arena mojada.

—¿Estás mejor, preciosa?

Asentí.

Se acomodó a mi lado y vimos la película: «El gato con botas», que pasaba en alguna cadena. Por carencia o por osadía recosté mi cabeza sobre su hombro derecho y él me rodeó con su brazo.

«Hala, ¡qué bien olía!».

El contacto con su piel me hizo vibrar de una relegada emoción.

—Amo esa mirada melancólica tan teatral —dijo y rio de buena gana.

«Estoy en su casa» pensé al tiempo que echaba un vistazo al recinto tan familiar, tan él.

No quería despertarme de aquel sueño tan perfecto.

«Si le lanzara una mirada al estilo del Gato con botas, ¿me concedería el deseo de mi corazón?» me reí para mis adentros.

Nos quedamos dormidos en posición cucharita tras la película. Giré con parsimonia cuando él susurró mi nombre.

—Es tarde, Valentina.

Jonás me miró con intensidad mientras abría lentamente los ojos.

—Me vestiré, Jonás.

Jonás no dejó de mirarme con aquellos ojos tan expresivos. Temblé como una hoja.

—Sí —farfulló.

Me acercó a mi casa tras merendar una rica tarta de almendras acompañada por una generosa taza de chocolate caliente. Fue un día especial, a pesar del incidente que me hizo ver estrellitas en plena tarde.

—Hasta luego —le dije, dejándole mi corazón de resguardo.

Jonás

♪Down – Jason Walker♪

Acababa de llevar a
Valentina a su casa
tras otro incidente

jocoso suyo. Lo más extraño de todo fue cambiarle la ropa húmeda y apreciar su menudo cuerpo semidesnudo. En mi vida sentí tanto deseo por alguien. Me di una ducha fría para apagar el fuego incendiario que se desató en mi entrepierna después de vestirla.

Cuando se despertó vimos una película infantil que adoraba. No presté atención en la cinta, sino en ella, en mi Pulgarcito, que dormía serena como un bebé a mi lado. El instinto protector me llevó a abrazarla por detrás y su pequeño cuerpo vibró con mi cercanía.

«Surfista dorado» balbució.

¿A quién se refería?

«A ti rubio» me dijo mi cerebro.

«¿Será?».

«Haces honor al color de tu pelo» me replicó y reí por lo bajo.

Su calor me hizo temblar como una hoja. Me sentía como un adolescente ante su primer amor.

Valentina merecía a alguien mejor que yo. Un hombre que la amara con toda el alma y no a alguien lleno de amargura y dolor como yo.

—Tu hermano e Isabel se han casado —me dijo ayer Joshua, mi mejor amigo.

El odio y el resentimiento comandaron mi vida desde entonces.

Jonás

Me he alejado de mi pequeño tormento llamado: Valentina, cuya presencia se hacía sentir en mi corazón, a pesar de mi lucha interna por mantenerla alejada de mi pecho.

El otro día la vi desde lejos y llevado por mi temor, besé a Eva, en su frente. Necesitaba desengañarla y creo que conseguí, o al menos eso me pareció.

De todos modos, me odié a mí en lugar de ella. Este sentimiento me estaba ahogando. ¿Cómo se llamaba? ¡No lo recordaba!

Valentina

Capítulo XVIII

♪Pocketful of sunshine – Natasha Bedingfield♪

“Una oportunidad mágica”

Estaba limpiando la acera de la librería entretanto la canción «Take me Away» de Pocketful on sunshine sonaba de fondo a todo volumen. Alguien me entregó unos panfletos que me hicieron esbozar una amplia sonrisa. Era una oportunidad mágica.

«Se necesita de una locutora en la radio: La voz de tu corazón».

—Era mi emisora favorita —dije al tiempo que una lucecita se encendía en alguna parte de mi cabeza.

Alcé la vista.

«¿Lo hago, mamá?».

Algo en mi corazón me gritó «sí». Quizá era ella, animándome, como siempre.

Tras terminar con mi labor en la librería a las cinco de la tarde, me encaminé a la radio local que quedaba a unas dos cuadras de mi casa.

Me entrevistaron y prometieron llamarme, pero no me hice ilusiones.

—Al menos lo intenté.

La emisora me llamó días después.

—Valentina, queremos que formes parte de nuestra emisora.

—¿Sí? —dije eufórica.

La mujer que me llamó rio de buena gana ante mi reacción y eso que no me vio saltar como una loca al otro lado de la línea.

—Harás el programa de la noche.

«Mi horario favorito».

—Las almas soñadoras y solitarias necesitarán de buenas canciones para afrontar el mundo que les toca vivir.

«Como yo».

—Gracias —dije emocionada hasta las lágrimas.

Esa misma noche comencé mi nuevo trabajo.

Muchos mandaron mensajes al móvil de la emisora dándome la bienvenida y pidiéndome algunas canciones. Al inicio estaba avergonzada y se me notaba en la voz, pero tras unos días, tomé riendas y dominé aquello que la vida me había regalado, una oportunidad de hacer algo que alegrara mi esencia ensombrecida.

—Éxito —me decía Cayetano, uno de los locutores, cada tarde antes de dejarme su lugar.

En poco tiempo mi voz comenzó a conquistar los corazones solitarios de los oyentes, en especial, de un tal «Jollerman», quien me pedía cada noche alguna canción teñida de tristeza. Sus mensajes eran breves, pero profundos.

«Buenas noches, doncella en apuros —era mi nick—, me gustaría oír la canción de Gala Évora «Tengo un amor». La letra describe mi esencia con precisión. Gracias. Jollerman».

Aquella canción me había gustado tanto que, lo bajé como tono de mis mensajes.

«Música ideal para los corazones rotos».

Ayer vi a Jonás con su chica, la besaba con tanta pasión que me faltó el aire incluso a mí.

—Como duele amarte sin esperanzas —dije mientras la canción de Gala Évora sonaba en mis auriculares.

«Tengo un amor sin usar y unas ganas de amar, que en el tiempo persiste...

Tengo una flor que resiste los inviernos más tristes, pero tú no estás...

Tengo la cama bien hecha, la vida desecha, la luna apagada

Tengo un amor que no existe,

Desde que tú te fuiste para no regresar...

Noche sin luz, camino a la oscuridad,

No te imaginas cuánto duele despertar y no tenerte,

no te imaginas como duele...

Tengo una luna sin cielo, un amor verdadero, que me cuesta olvidar.

Tengo un sueño que me invento, por si no me despierto para poderte amar».

Siempre que la escuchaba mi alma lloraba la ausencia de quien jamás me añorará.

«Mi vikingo».

Al día siguiente, mi fiel oyente, Jollerman me pidió la canción de Rosario Flores «Cómo quieres que te quiera».

—Es un corazón roto, sin lugar a dudas —dije mientras escuchaba la canción.

Cómo quieres que te quiera, si no te tengo aquí

Cómo quieres que te quiera tan lejos ya de mí

Cómo quieres que te quiera si no te das a mí

Cómo quieres que te quiera sí sé que te perdí...

Mi nuevo empleo rellenaba un poco algunos espacios fríos y vacíos de mi vida. Sin embargo, la navidad se aproximaba y con ella una marea de tristezas.

Para empeorar aún más las cosas, mi cliente favorita, Teresa, enfermó gravemente. Fui a visitarla en el hospital, el fin de semana.

—Hola, cielo —me dijo.

«¿Estaba sola?».

—Hola, Tere.

Me agradeció el ramo de rosas y los chocolates. Estaba muy triste.

—Mis hijos no pudieron venir, Valentina —susurró cuando le pregunté por ellos y tras meditarlo agregó—: Ellos nunca tienen tiempo para mí.

—Oh, Teresa, lo siento mucho.

Se sorbió por la nariz. Me partió el corazón verla tan triste. ¿Qué podía hacer por ella?

«Tengo una idea».

—Hace unos años atrás, incluso quisieron meterme en un geriátrico, pero me negué y vine aquí, a mi ciudad natal.

La miré con tristeza infinita mientras le sostenía la mano. ¿Qué podía decirle? Nada consolaría su corazón abandonado y relegado.

«Qué crueles eran sus hijos».

—No sabes lo duro que es amar a quienes te miran como un viejo mueble más de la casa, al que deben arrojar al sótano por no combinar con los más nuevos.

Mis ojos se nublaron.

—Una da tanto por sus hijos, Valentina. Se ponen grandes y mezquinos incluso con sus sentimientos.

La abracé fuerte y ella se rompió entre mis brazos.

—Desahoga tu corazón, Teresa.

—Gracias, Valentina. Muchas gracias.

Le prometí pasar el día de navidad con ella, tal vez ver alguna película juntas. ¡Era tan fácil dibujar una sonrisa en los labios de una persona!

Cuando salí de la sala pensé: «ella tenía hijos y no obstante, estaba tan sola como yo, que nunca tendré uno».

—La vida era una paradoja.

Arribé a casa tras mi trabajo nocturno y para mi asombro, Penélope no estaba en casa como siempre. Mi corazón se volcó.

«Quizá salió detrás de mí y no lo percibí».

—¡Penélope!

Salí a buscarla con el corazón latiéndome a mil por hora.

—¡Penélope!

Nada.

Llevé mis manos sobre mi cabeza.

—¡Penélope! —grité y salí corriendo como alma que lleva el diablo.

Ralentiqué de golpe mis pasos cuando vi a un grupo de gente arrinconada a un lado de la calle. Algo me decía que debía ir. Jonás me saludó, pero nada más me importaba que hallar a mi Penélope.

—Pobrecilla —decían las personas.

Mi corazón se detuvo como todo el resto a mi alrededor.

—Mi vida —gemí sin dar crédito a lo que estaba viendo.

En la calle yacía una perra de color caramelo claro, bañada en sangre. Había sido atropellada por un auto, según escuché los rumores mientras fingía ser una espectadora más. Minutos después, cuando recuperé la consciencia, comencé a sollozar con amargura. Mi mejor amiga en todo el mundo había muerto.

—¡Penélopeeee!

Solté un grito agudo que conmocionó a todos los presentes.

—¡No! —grité al tiempo que me arrodillaba a su lado—. No me dejes tú también, mi amor —alcé la vista—. ¿Por qué, Dios? ¿Por qué tomas todo de mí?

Jonás apartó a la gente y se acercó.

—Valentina, cielo —farfulló con un enorme nudo en la garganta.

Le miré anegada en lágrimas y luego miré a mi hija de cuatro patas.

—¡Penélope! —aullé con desesperación—. ¿Quieres jugar conmigo? ¿Quieres un poco de ración? ¿Quieres destrozar mis medias o mis almohadas recién ordenadas? ¿Quieres un pedazo de pastel de chocolate?

Nada, ella no se movió.

No ladró.

No movió el rabo.

No me lamió.

—Lo siento, Valentina —me dijo Jonás con ojos llorosos.

Los sollozos se adueñaron de mí.

—¿Por qué Jonás? ¿Por qué siempre tengo que perder a los que amo?

Lloré a moco tendido como alguna vez lloré por mi madre. Era un animal, dirían los demás, pero para mí era mucho más que eso. Era mi mejor amiga, mi fiel compañera, mi ángel guardián, mi única familia. Ahora estaba completamente sola en el mundo, sin mi madre y sin mi mejor amiga.

—Mi cielo, no me dejes —supliqué y recosté mi cabeza sobre su cuerpo sin vida.

Ya nada me restaba en esta vida. Nada.

—Vámonos, Valentina —me dijo mi surfista dorado.

Jonás la cargó entre sus brazos y la llevamos a mi casa. No me importó mancharme con su sangre cuando la tomé de sus brazos. Lloraba sin consuelo y no sabía si alguna vez dejaría de hacerlo.

Más una vez la vida me castigaba arrebatándome lo único que me mantenía viva.

—Lo siento tanto —me dijo Jonás con lágrimas en los ojos.

Le lavé su hermoso y sedoso pelo con su champú favorito, la peiné por última vez e intenté taponarle los ojos que me miraban inexpresivos, pero con el mismo brillo de siempre.

—Mi... mi... vi... vi... vida —balbucí llorando—. Siempre te querré. Mi amor.

Le cubrí con mi mejor sábana tras besarle su cabeza por última vez en mi vida.

—Siempre te querré, siempre.

Jonás no me abandonó un solo segundo.

—Adiós, amiga —le susurré al tiempo que abrazaba su cuerpo sin vida—. Adiós, mi amor.

No todos comprendían el amor que profesábamos por nuestras mascotas, pero los que tenían una conocían muy bien la magnitud del dolor que llevábamos dentro por sus muertes.

Jonás

Estaba merodeando por la playa cuando escuché los gritos de Valentina. ¿Penélope se había perdido?

—Hola, Valentina —la saludé cuando la vi.

Ella pasó de largo sin dirigirme siquiera la mirada. La seguí y lo que vi me dejó sin aire en los pulmones. Penélope había sido atropellada por un auto.

—¿Penélopeee! —aulló mi Pulgarcito con un dolor que me atravesó el esternón como un rayo—. ¡Mi amor!

Me acerqué a ella y me acuclillé a su lado impotente ante la triste situación. Me dolía incluso respirar.

—¿Penélope! —aulló—. ¿Quieres jugar conmigo? ¿Quieres un poco de ración? ¿Quieres destrozar mis medias o mis almohadas recién ordenadas? ¿Quieres un pedazo de pastel de chocolate?

«Pulgarcito».

—Lo siento, Valentina —le dije Jonás con lágrimas en los ojos.

Los sollozos se adueñaron de ella.

—¿Por qué Jonás? ¿Por qué siempre tengo que perder a los que amo?

Quise decirle que me tenía a mí y que nunca me perdería. Que siempre estaría a su lado, pero no lo exterioricé. Aquel secreto no lo compartí con la mujer que amaba con toda el alma. Ya no podía negar lo evidente, amaba a Valentina, y quizá desde el primer día que la vi. Sin embargo, nada tenía para ofrecerle, nada más que mi amistad. El dolor era un cruel tirano.

—Cielo —mascullé y lloré con ella el adiós de su amiga de cuatro patas.

Lloré por Penélope.

Lloré por Valentina.

Lloré por mí.

Valentina

Capítulo XIX

♪It all runs together – Marley and me♪

El dolor de Valentina

La lluvia del día siguiente no me impidió enterrarla bajo nuestro árbol favorito, donde pasábamos horas y horas juntas, haciendo la siesta o leyendo alguna historia tonta de amor.

—Princesa —mascullé encharcada en lágrimas.

Jonás cavaba en silencio como si no quisiera molestarme con su presencia. Se quedó a dormir conmigo, en posición cucharita tras cansarme de llorar.

—Listo —dijo él, que hoy llevaba el pelo atado y la mirada perdida.

«¿Estaba triste? ¿Por mí? No, sentía lástima, era distinto».

Mis lágrimas se entremezclaron con las gotas de la lluvia de aquella mañana helada.

—Fuiste mi mejor amiga, y nunca, nunca te olvidaré de ti —dije al tiempo que acomodaba sus juguetes favoritos a su lado—. Los necesitarás en el cielo.

Jonás me miró compungido.

—Lamento mucho, Valentina.

Una sucesión de imágenes de Penélope, invadió mi cabeza mientras Jonás la acomodaba en el hoyo. Tras arrojar la última palada de tierra sobre mi amiguita, caí de rodillas y sollocé con amargura. Metí mis manos en la tierra e intenté arrancar el dolor de mi corazón.

—¡Penélopeee!

Nadie podía comprender cuán importante era ella para mí. Su adiós repentino abrió con brutalidad inhumana mis heridas, apenas cicatrizadas tras la muerte de mi madre.

—Pequeña —me dijo Jonás, y me estrechó con fuerza—. Lloro, eso te hará bien.

Él no me abandonó un solo instante. Estuvo dos días enteros a mi lado, cuidándome y reconfortándome. En ese pequeño lapso me sentí tan amada, tan protegida, tan cuidada, tan importante.

Pero solo fue un instante...

Merodeaba por mi trabajo y mi casa como un zombi sin vida tras enterrar a Penélope. Tenía unas ojeras que casi me llegaban a la boca. Llorar no solucionaba mi pena, pero no lograba controlarlo. Era su esclava.

—Las echo tanto en falta —dije mientras escrutaba con un dolor sordo en el pecho la foto de mi madre y Penélope juntas.

Todo a mi alrededor se nubló. La soledad gélida arropó cada rincón de mi hogar, me sentía completamente sola y sin vida.

—No puedo más con este dolor —me dije.

Pedí mis vacaciones y pasé dos semanas encerrada en mi casa, entre sollozos y sollozos. Jonás vino todos los días, pero no lo atendí. Regresaba por la tarde y luego por la noche, pero no le abrí la puerta de mi casa. Huir del dolor era lo mejor.

Él no desistió, seguía viniendo y se conformaba con verme desde la ventana. Fingía estar durmiendo.

—Te amo —le susurraba siempre que lo veía.

«Como tú jamás podrás amarme.

No comía bien, no dormía bien, solo lloraba hasta perder las fuerzas. Teresa solía venir a tomar café conmigo. Resultó ser una gran persona y una gran amiga.

—No hay pena que dure cien años —me decía mientras me acariciaba la cabeza.

—Eres la abuela que nunca tuve, Teresa.

Por las tardes caminábamos por la playa, donde volví a ver a Jonás, una o dos veces. Comprendí que otra decepción en mi vida sería letal, y era mejor escapar. Él me buscó en la librería, lo supe por mi jefa. Incluso me había dejado un libro: «La lluvia en tu habitación» de Paola Predicatori. No sabía a qué jugaba, ya que su novia me escribió el otro día al móvil, pidiéndome que dejara en paz a «su prometido».

Jonás era un enigma, su corazón era un baúl trancado y la llave solo él lo tenía. La única manera de abrirlo era por decisión exclusiva suya.

Era muy temprano para decir o definir lo que sentía o pensaba que sentía por él. En un principio, pensé que era amor, pero el miedo me hizo dudar. La carencia afectiva muchas veces nos tapaba los ojos y nada se veía con agudeza.

—La muerte es mi mejor salida —me repetía todas las mañanas enfrente del espejo—. La única salida.

Nunca pensé en el suicidio como solución para el sufrimiento, hasta ahora.

La soledad y la tristeza eran tan grandes que no dejaban espacio para la sensatez.

«La felicidad era una gran utopía para mí».

—Nadie irá a mi velorio —me dije mientras contemplaba el mar con ojos encallecidos—. Tal vez Teresa y mi jefa asistan, nadie más. ¿Irá Jonás?

Nadie lamentará mi muerte.

Nadie me echará en falta.

Nadie llorará por mí.

Durante la adolescencia pasé desapercibida en el instituto. Era la chica callada y rara, a quien nadie invitaba para sus fiestas. Emma, era mi única amiga, pero tras su matrimonio, y la llegada de sus hijos, todo cambió.

En síntesis, nunca tuve la familia de ensueño ni las amigas verdaderas que darían todo por verme feliz ni el amor que mutaría toda mi historia. La fe como la ilusión se marcharon de manos dadas el día que mi madre murió. Mi vida era una colección de penas y desengaños. Entonces, ¿para qué seguir viviendo?

—Nadie me impedirá acabar con mi agonía. Nadie.

La muerte de Penélope simplemente desató mi corazón de su trance ficticio, donde yo superaba la muerte de mi madre con la ayuda de Dios y un gran amor.

—Será lo mejor —me decía cada vez con más convicción.

La emisora no me despidió por mis días ausentes, al contrario, se compadecieron de mi pena y eso me sorprendió. Uno de los directores amaba a los animales, me dijo Lucía, una de las recepcionistas.

—Él, mejor que nadie, comprende tu dolor.

Asentí.

—Fuerza —agregó y me lanzó una mirada lastimera.

Todos sentían pena de mí, la chica triste.

—Gracias —mascullé.

Los días de vacaciones me pasé viendo películas sobre mascotas:

Marley y yo, Siempre a tu lado y Mi perro Skip. Era mi autoflagelación canina y emocional.

Mi garganta estaba destrozada y mis ojos también. Llorar todos los días y de forma constante tenía sus consecuencias.

Jollerman me envió una carita triste al oír la canción que le dediqué a mi mascota querida, la noche que retorné a la radio: «Live before war» de Kenji Kawai.

Me envió un mensaje privado antes que terminara el programa.

«En la negrura de la tristeza es donde se halla oculta la fortaleza de nuestras almas heridas, sólo depende de uno hallarlo o ignorarlo».

Aquellas palabras me sacudieron el coco, pero no consolaron mi corazón.

—Gracias —le escribí.

Desde entonces, intercambiábamos mensajes en privado. Jollerman me escribía siempre, sin imaginarse que sus palabras me alentaban a seguir viviendo, unos días más.

Había decidido seguir viva hasta el 14 de febrero del 2015. A mis treinta años daré fin a mi historia triste y patética. Y pasaré a la enorme lista de olvidados, que dejaron de existir y a quienes todos llamaban cobardes. Sin imaginarse la valentía que implicaba tomar una decisión así.

El otro día mientras Teresa preparaba café en su cocina, aproveché para buscar la dirección de su hija Carmen. La banda sonora de la película «Misión imposible» empezó a sonar en mi cabeza entretanto hojeaba aquella vieja agenda del año 1999. Logré mi objetivo con más simplicidad del que calculé.

—Perfecto —dije satisfecha.

Después de la deliciosa merienda fui a mi casa y escribí una carta a la hija de Teresa.

Carmen

Decidí escribirte esta carta en nombre del magullado corazón de tu madre, que hoy late sin fuerzas ante el rechazo de sus hijos. No puedo comprenderte porque como hija me hubiera gustado tener a mi madre a mi lado las veinticuatro horas del día. Sin embargo, eso es imposible en esta vida. Mi madre ha partido y aun así sigue viviendo en mi corazón.

Supe que tienes hijos, lo comentó tu madre, un ángel que hoy tiene las alas rotas. Pues bien, hoy tus hijos son tu adoración, mañana serás el estorbo. Las historias tienden a repetirse, Carmen, siempre. Las lágrimas que hoy derrama tu madre, mañana te tocarán a ti derramarlas.

Nunca es tarde para decir un te quiero o para dar un abrazo a aquellos que te dieron lo más valioso, la vida.

Si tienes algo que decirle: dilo.

Si tienes algo que hacer por ella: hazlo.

No llegues tarde con tus flores, porque en el cementerio ella ya no podrá escucharte ni abrazarte. Todavía hay tiempo.

No sabes lo que daría yo por tener esa suerte.

Valentina.

—Espero que mi carta logre mi objetivo —me dije tras depositarla en el buzón.

La playa estaba desértica a víspera de navidad. La cafetería: «Un chocolate para tu corazón» también. Busqué una canción navideña en mi móvil.

«Perfecto» dije al tiempo que seleccionaba la canción: Auld Lang syne de Mairi Campbell.

Prepararé pavo con patatas, a Penélope le encantaba.

—Mi pequeña —farfullé abatida mientras me acercaba a la casa de Teresa—. Dios mío —susurré al verla con sus hijos y nietos que acababan de llegar a su morada—. ¡Han venido! —lloré a lágrima viva—. Feliz navidad, querida mía —alcé la vista y vocalicé—: Gracias, mamá.

Eran casi las diez de la noche cuando giré en redondo y tuve un encontronazo con Jonás, que cargaba unas bolsas coloridas.

—¡Aufff! —gruñí cuando su pecho macizo como una piedra se encontró con mi cara.

Unas estrellas giraban alrededor de mi cabeza tras el impacto.

—¡Perdón, Valentina! —dijo azorado al tiempo que me dedicaba una mirada de intriga—. ¿Qué haces aquí?

Me encogí de hombros. Mis ojos estaban más helados que el clima de aquel invierno. Llevaba un suéter rojo de cuello alto y una bufanda negra al igual que mi gabán de lana y mis pantalones. Jonás vestía un suéter negro, también de cuello alto y unos vaqueros azules. El pelo lo llevaba suelto y muy sexi.

«Rrrrrr» ronroneé como una gata en celo.

Estaba deprimida, no ciega.

—Respirando —contesté tras suspirar.

Me miró con profundo dolor como la mayoría de mis conocidos.

«Doy pena, lo sé».

—Feliz navidad —susurré antes de emprender mi regreso a mi panteón.

Jonás carraspeó.

—¿Te gusta el vino? —me preguntó de pronto.

Giré sobre mis pies y le miré con ojos de cordero degollado.

—Me encanta.

Una sonrisa preciosa curvó el rostro angelical de Jonás.

—¿Puedo invitarte a una copa, Valentina?

—Yo pongo la pistola —resoplé y él no comprendió mi humor negro —. Nada.

Una copa con aquel vikingo me vendría muy bien.

«Una despedida anticipada».

—¿Estás bien, Valentina?

—No —disparé y lo desangré—. Pero ahora un poco mejor —confesé y dibujé una tímida sonrisa en sus labios siempre sonrosados—. He horneado un pavo —comenté orgullosa.

Su sonrisa se ensanchó aún más.

—¿Lo buscamos? —propuso y asentí.

Fuimos a la cafetería tras recoger mi pavo en casa.

—¿El dueño no se enfadará?

Jonás giró su rostro y esbozó una sonrisa cautivante que me hizo suspirar hondo.

—Es la ventaja de ser el dueño.

Lo miré con cara de asombro y él me escrutó como si tuviera monos en la cara. Los zombis de la serie «The walking dead» tenían mejor semblante que yo.

—¿No lo sabías?

Negué con la cabeza sin abandonar mi cara de zombi electrocutado.

—Lo siento. Pensé que alguien te lo dijo, ya sabes, pueblo chico...

—Infierno grande —terminé la frase sonriendo de costado.

Nos miramos unos instantes más.

«Esa boquita es tan incitante».

—Gracias —soltó sonriendo.

«¡Mierda! ¡Lo dije en voz alta!».

—Pasa, Valentina —me dijo y me arrancó de mi trance.

Crucé la puerta acristalada con las mejillas ruborizadas. Siempre cruzaba la puerta del local, pero esa noche era distinto, esa noche no estaba sola, estaba con él, mi vikingo salvador.

—Estás preciosa —me dijo y me sonrojé aún más.

Las sirenas de las ambulancias eran menos coloradas que mis mejillas. Colocó algunas baladas de los años ochenta.

—Gracias, Jonás.

«Igualmente, mi amor».

—Gracias, cielo.

Puse blanco mis ojos. ¡Lo había dicho en voz alta!

«Ahhh» grité para mis adentros. ¿Será?

Buscó con presteza dos copas de cristal, para servir el vino mientras yo preparaba los platos. Nos sentamos en la mesa del medio, frente a frente. De vez en cuando, nuestras miradas se encontraban sobre la lumbre de la vela roja y larga que yacía en el centro.

—¿Y tus familiares, Jonás? —demandé con timidez.

Me miró con tristeza, una enorme y contagiosa tristeza.

—No tengo familiares, Valentina.

El dolor tiñó cada palabra que emitió. Descendí mi copa sobre la mesada y le dediqué una mirada profunda. Posé mi mano derecha sobre la suya.

—Lo siento —dije con pesadumbre.

Levantó mi mano y depositó un beso en ella.

—Gracias, mi pequeña.

«¿Mi pequeña?» el corazón salió volando de mi pecho y se acomodó al lado del suyo con descaro.

Tal vez no podía ocupar el lugar del otro, pero al menos, me hice un hueco.

Jonás

Capítulo XX

♪The sound of silence - Disturbed♪

Secretos del alma

Valentina estaba muy triste y sus comentarios

mordaces no me causaban ninguna gracia. Es más, me lastimaban profundamente. En más de una ocasión bromeó que se quitaría la vida, dentro de poco. ¿Y si hablaba en serio? Me sentía impotente ante la situación. Mal podía con mi pena como para intentar sobrellevar la de ella.

—Eres tan hermosa —le dije y ella para mi deleite se sonrojó.

¿Qué era esto que sentía por ella? ¿Era posible aún sentir algo después de tantas decepciones?

«La amas» me dijo mi cerebro.

«No» me dije resolute.

«No te mientas más rubio».

Bebimos varias copas como si la sed fuera eterna tras comer el pavo. Estábamos nerviosos, como dos adolescentes en su primera cita. ¡Incluso sentía un delicioso hormigueo en el estómago! ¡Genial!

«Jack, de la película Titanic, era el rey del mundo y tú, eres el rey de la cursilería, Jonás Müller».

—El pavo estaba exquisito —le dije sonriendo de costado—. Por esta maravillosa noche... —acoté y levanté mi copa.

«Mi Pulgarcito, mi amor, mi brisa perfumada, mi esperanza renovada». Necesitaría de tiempo para asumir lo que sentía. Todavía era muy temprano para ello.

«Cobarde» me dijo mi cerebro.

«Lo soy» le contesté cabizbajo.

Nos contemplamos por sobre las copas con un brillo peculiar en los ojos. No era lástima, no, pero no sabría definirlo con palabras.

«Amor» me dijo mi entrometido y abusivo cerebro a quien ignoré por completo.

Me conformaba con verla, con tenerla cerca.

—¿Y tu novia? —demandó y mal pude esconder mi decepción al escucharla.

«No es mi novia, nunca lo fue».

—Ha viajado a Alemania —me limité a decir.

Las cosas andaban mal entre nosotros dos. Anoche le dije que quería comprar su parte en la cafetería y la idea no le pareció absurda. Me dijo que lo pensaría.

—¿Más vino? —le dije y Valentina asintió.

Le serví más vino y luego me recogí el pelo con una goma negra que solía usar como pulsera. Ella observaba mis movimientos como si fuera alguna estrella fugaz en el cielo. Deslicé mi dedo índice en su pequeña nariz y le robé una sonrisa que mal curvaba sus labios.

—Jonás —susurró y me robó la atención.

Valentina meditó bastante antes de soltarme una pregunta delicada y que podía hundir la noche como aquel iceberg inesperado lo hizo con el Titanic.

—Dime, Jonás —la miré con fijeza—: ¿Eres hijo único?

Una daga atravesó mi pecho en aquel mismo instante. Tenía un hermano, pero estaba muerto a pesar de seguir respirando. Muerto para mí, literalmente hablando. Jamás volveré a verlo, jamás. Los alemanes éramos muy resolutos con respecto a nuestras decisiones. Lo que hizo era imperdonable y me llevaría unas cinco vidas para olvidarlo. Y unas cinco más para perdonarlo.

—Algo así, Vale —solté un largo suspiro que casi apagó la vela. Me enderecé en el sofá y tras varios minutos aduje—: Tenía un hermano y una prometida —frunció su entrecejo confundida. Mencionar a ambos en la misma oración le advirtió que algo terrible había sucedido. Valentina era muy sagaz y captó al rato las entrelíneas—. Yo tenía una empresa de transportes en Berlín, y viajaba bastante.

«Rememorarle es vivirlo de nuevo».

Bebí un sorbo de vino sin desviar mi mirada de sus ojos. Me sorprendía que estuviera a punto de confesarle mis secretos sin mucha insistencia por su parte.

Valentina era especial, distinta a las demás. Me daba la confianza que nunca encontré en nadie más. Eva dormía conmigo, pero no conocía mi historia. Y creo que nunca lo hará.

—Era navidad del 2012 viajé por los malditos negocios y mi prometida estaba decepcionada con mi decisión egoísta. El remordimiento me hizo regresar para darle una sorpresa y al final, la sorpresa, me la llevé yo —su mirada se endureció—. Nunca imaginé hallarla en nuestra cama con mi único hermano.

Sus ojos se abrieron tanto que por poco no salieron volando de su cara. Aquella información la dejó sin aire en los pulmones como a mí, que mal podía respirar.

«Duele mucho recordarlo».

Valentina bebió un sorbo de su copa y se atragantó con el vino. Tuve que darle unas palmaditas en la espalda para que se recompusiera de la impresión.

—Lo siento, Pulgarcito —dije y me quise dar un tiro—. Eh, yo...

Me interrumpió con un ademán.

—¿Pulgarcito?

Le sonreí avergonzado. Ella soltó una risa cantarina y no pude evitar reírme con ella.

—¿Me tildas de Pulgarcito?

«Ahóguenme en un barril gigante de cerveza caliente y sin espuma».

—No te ofusques, Jonás —me guiñó un ojo—, yo te he apodado —hizo una pausa expectante—: surfista dorado.

Abrí mi boca en un gesto de sorpresa al tiempo que reía de buena gana.

—¡Así que era yo! —exclamé.

—¿Perdona?

Le expliqué que el día del incidente con mi tabla de surf, ella había balbuceado ese apodo y no estaba seguro de si se refería a mí o no.

«Eres rubio al cien por ciento» me dijo mi cerebro y me reí aún más.

Tras recomponernos dijo azorada y muy apenada:

—Siento lo sucedido con tu hermano y tu prometida.

Las risas se convirtieron en suspiros y muecas tristes. Le dediqué una mirada melosa.

—Era navidad cuando me apuñalaron. Ahora comprendes mejor mi falta de entusiasmo en estas fechas —glosé pensativo.

Odiaba con todas mis fuerzas la navidad, me hicieron odiarla.

—Un dramón ¿eh? —Le sonreí entristecido—. Lo peor de todo es que

ellos decidieron casarse —una lágrima se me resbaló del ojo derecho, una gota de mi océano de tristeza—, porque están esperando a mi primer sobrino...

Sus ojos volvieron a abrirse de par en par y de esta vez, también su hermosa y pequeña boquita.

—Y me cuesta asimilar tanta desfachatez, Valentina —sus ojos se encapotaron—. Mi prometida me dará un sobrino en lugar de un hijo.

Acabaron de arrancarme el corazón y lo pusieron para asar en una parrilla.

—Lo lamento tanto —dijo con el alma a sus pies—, no lo digo como una frase típica lanzada en estos momentos —hizo una pausa—, debió de doler mucho.

Bebí de un sorbo mi copa y descendí la misma sobre la mesada sin escrutarla a los ojos.

—Siempre dolerá, Valentina —dije en un susurro—. Aunque pasen mil años. La deslealtad de ambos me hizo huir de mi mundo —mi voz se fue apagando—, ellos jamás volverán a saber de mí y espero, jamás volver a saber de ellos.

Ahora han servido mi corazón en un plato, troceado y con algo de pan. Le lancé una mirada ensombrecida.

—El amor es una maldita droga, Valentina. Primero te da una alegría falsa y luego, te lanza al más oscuro y frío abismo.

Era definitivo, estaba condenado a no volver a creer en el amor.

—Ajá —dijo ella como si acabara de comprender algo más, algo que yo desconocía.

¿Habré metido la pata? ¡Maldición!

—Lamento mucho, Jonás.

«Que fácil sería olvidar todo y amarte, Valentina. Pero necesito de

tiempo y no estoy seguro de cuánto».

Valentina

Capítulo XXI

♪I look to you – Whitney Houston♪

Una canción ideal

Whitney Houston
rellenó nuestro
silencio

incómodo con una de sus canciones mágicas: «I look to you». Nos contemplamos por sobre la lumbre de la vela. Era un momento tan épico, tan indeleble.

«Jamás lo olvidaré».

En aquel salón había dos corazones rotos y desilusionados. También le abrí mi caja torácica y él lamentó mi fortuna. Mis historias sentimentales eran más bien patéticas.

—¡Salud! —exclamé y levanté mi copa.

Jonás me miró de un modo difícil de definir con palabras. ¿Era lástima? ¿Terneza? ¿Compasión? ¿Empatía?

—¡Brindemos por nuestras desgracias sentimentales!

Jonás levantó la copa y brindamos por nuestras tragedias emocionales. ¡Ni las óperas más dramáticas podían competir con ellas!

—Salud, Valentina.

Estaba triste, muy triste. No era para menos. El día que halló a su

hermano con su prometida, perdió a dos seres queridos.

«Aún ama a su ex».

Dios, ¡cómo dolía! Y ni siquiera era mi pena.

—¿Más vino?

Lo miré embobada. Nunca había visto un hombre más hermoso que él, fuera de la televisión o los libros. Su rostro de bebé y su cuerpo de dios era una combinación letal para mi pobre órgano vital, que hoy latía despacito en mi pecho.

Jonás nunca, nunca se enamoraría de alguien como yo. Por el simple hecho de que siempre estaría atado a su pasado, a su doloroso pasado.

—¿Te encuentras bien, Valentina?

«No, pero pronto descansaré en paz o condenaré para siempre mi alma».

—Sí —mentí con lágrimas en los ojos.

Él irguió de golpe y volvió a colocar la canción de Whitney Houston.

—¿Me concederías el honor de esta pieza, Valentina?

«Te concedería incluso que me dieras una bofetada».

—Alias Pulgarcito —mofé y él soltó una risilla por lo bajo.

Me estiró su mano derecha. La cogí con firmeza, pero casi perdí el equilibrio al incorporarme. Jonás me atrajo con fuerza contra su cuerpo vigoroso y me guio.

—Eres un ángel, Valentina —me susurró con dulzura, pero no comprendí muy bien qué significaba.

«¿Un ángel se quitaba la vida?».

Le enlacé el cuello con mis brazos y él tuvo que reclinarse bastante, ya que era casi cincuenta centímetros más baja que él. La canción era perfecta, decía tanto, prometía tanto.

Nos miramos con fijeza y sin pensarlo más, nos besamos. Fue un

largo y anhelado beso por los dos.

Se apoderó de mis labios sin darme la oportunidad de pensar, de retroceder o apartarme de él. Invadió mi boca introduciendo su lengua voraz. Me levantó de golpe del suelo y le rodeé la cintura con mis piernas al tiempo que deslizaba mis brazos en su cuello. Enterré mis dedos en su melena rubia y sedosa, sujetándole la cabeza mientras le devolvía el beso y exigía a la vez. Comencé a mover las caderas mientras su sabor y su olor se apoderaban de mí como una droga. El deseo contenido hacía tiempo se extendió por todo mi cuerpo, abrasándome la piel e incluso el ánimo. Me moría por saborearlo, por sentir sus manos, por ser suya antes de partir.

—Oh, Valentina.

¡Aquel momento era poético!

En el cielo brillaban los fuegos artificiales, a nuestro alrededor las velas perfumadas iluminaban el recinto, y de fondo, Whitney Houston.

—*I look to you*—

Así como me recuesto, que el cielo me escuche ahora...

Estoy perdida sin causa...

Después de dar todo de mí...

La tormenta invernal ha llegado y ha oscurecido mi sol...

Después de todo lo que he tenido que pasar...

¿A quién más puedo acudir en esta tierra?

Te miro a ti...

Te miro a ti...

Después de que toda mi fuerza se haya ido,

Y en ti puedo ser fuerte

Te miro a ti, te miro a ti

Jonás me llevó a su cuarto. Me recostó sobre la cama con delicadeza y

me veneró en silencio al tiempo que encendía unas velas aromáticas que expedían un aroma delicioso a fresas y vainilla.

—Quiero hacerte el amor, Valentina.

Dicho esto, me besó. Fue un beso tierno, dulce y abrasador.

—Jonás —susurré al tiempo que enredaba mis dedos en su melena rubia—. Hueles tan rico —murmuré mientras él dibujaba mi cuello con sus labios.

Me succionó y me mordió los labios con sensualidad.

—¿Sabes cuántas veces he soñado con este momento, Valentina?

¿Soñaba con esto? ¿En serio? Perdí el control de mis latidos.

—Y yo —murmuré entretanto levantaba la cabeza para poder contemplarlo mejor.

«Eres tan hermoso».

—Gracias, mi amor —respondió y supuse que lo dije en voz alta.

Dibujé sus labios con mi dedo índice derecho, perdiéndome en sus grandes y expresivos ojos claros.

—Eres tan grande —le dije y le robé una risa.

Pasó su lengua sobre mis labios, invitándome a abrirlos.

—¿Te molesta mi tamaño?

Se quitó el suéter y dejó al descubierto su torso musculoso. Hundí mis dedos en los músculos de sus brazos. ¡Era tan fuerte!

—¡Qué va! Escribiremos un nuevo cuento: «Las aventuras de la osada Pulgarcito y el sensual Thor en Asgard».

Río de buena gana ante mi ocurrencia mientras yo le besaba y lamía el cuello, el pecho, los hombros.

—¿Osada, eh?

Me quitó las ropas con delicadeza.

—Eres perfecta, Valentina.

«¿Estaré soñando?».

Se quitó los pantalones con un rápido movimiento. ¡Era todo músculos perfectos y pelo dorado! Miré embobada su cuerpo perfecto. Sus caderas eran estrechas, sus muslos eran duros, y en el centro una erección se alzaba orgullosa entre sus piernas, oculta a la vista por su bóxer negro. Me clavé nerviosa las uñas en la palma.

«No es un sueño».

El aire frío me acarició la piel, pero su mirada flameante me abrasó entera. Se reunió conmigo en la cama y se pegó a mi cuerpo. El contacto de su barba salvaje con mi piel me hizo reír entre dientes.

—¿Te molesta mi barba?

Negué con energía y le dije que su barba y su pelo me enloquecían.

—Tu piel huele tan bien —besó mis senos con ternura y perdí el control de mi ser por completo—. Te deseo tanto.

Su voz era ronca, aunque tenía un deje un tanto aterciopelado. Colocó una mano en mi espalda hasta arribar a mis nalgas. Me temblaba todo el cuerpo.

—¿Estás nerviosa?

Ahuequé su rostro entre mis manos.

—Ansiosa y emocionada.

Colocó una pierna sobre la mía y se pegó a mí con gran agilidad. Nuestros cuerpos estaban unidos desde las caderas hasta los muslos. Sentía cada músculo de su cuerpo. Cada delicioso centímetro de su erección acunada entre sus muslos. Me quitó las horquillas del pelo y me desenredó los mechones con sus largos dedos, haciendo que cayeran sobre mis hombros. Se inclinó y me dio un mordisco en el lóbulo de una oreja, antes de recorrerlo con la lengua y soplarlo con delicadeza.

—Tu olor me hechiza, Valentina.

Me besó en los labios e introdujo su lengua en mi boca. Me arqueé con fuerza cuando el deseo me atravesó como un rayo. Le clavé los dedos en sus hombros mientras me aferraba a él y le devolvía el beso con el mismo frenesí.

Jonás me separó las piernas con suavidad al tiempo que lamía mis pechos.

—Oh... ¡No me tortures más! —chillé.

Jonás soltó una risilla y su labio inferior vibró. Se levantó y se quitó el bóxer.

«Oh... oh...».

¡Era enorme! ¿Aquella deliciosa e inmensa salchicha alemana entraría en mi cavidad sin llegar hasta mi garganta?

«¡Calla, mujer!».

—Seré cuidadoso, pequeña mía —me dijo al ver mi expresión.

Entrelazó sus manos con las mías y las situó, unidas, sobre la almohada. Mis ojos se llenaron de lágrimas y en mi cara se reflejaron todas mis emociones descarnadas para que él las viera. No pude evitar, fue superior a mi voluntad.

—No estés mal, pequeña mía.

Me sorbí con fuerza por la nariz. ¡Era tan patética!

—Necesito que me desees solo a mí —le imploré con un enorme nudo en mi pecho.

Entrelazó su lengua con la mía, acariciándome, lamiéndome los labios hinchados con una ternura imposible de confundir.

—No deseo a nadie más. No sueño con nadie más. Solo contigo, Valentina.

Y entonces, me penetró lentamente como si de una virgen se tratara. Un grito gutural se me escapó de los labios al sentirlo en mi interior. Ahora

era suya para siempre.

Me apretó las manos y se las pegó con más fuerza a la almohada mientras comenzaba a mover las caderas. Despacio al principio, dejando que me adaptara.

—Valentina —gimió a medida que aumentaba el ritmo.

El placer se apoderó de nosotros en oleadas. En ese momento, éramos uno solo.

—¡Jonás! —troné al tocar el cielo.

Él me siguió minutos después.

—¡Valentina! —gritó tras derrumbarse sobre mí.

«Te amo» musité para mis adentros.

Cerré los ojos, atesorando aquel momento mientras me dejaba llevar, a salvo entre sus brazos.

Jonás

Capítulo XXII

♪Better in time – Leona Lewis♪

Cuerpo y alma

Salí con mucho cuidado de la cama para no despertar a Valentina. Fui desnudo a la cocina. Miré con ojos soñadores la salida del sol por encima del mar. ¡Era épico!

—Valentina —murmuré evocando la noche apasionada que tuvimos.

Me froté la nuca con una mano e intenté pensar con calma. Porque, desde luego, no había pensado durante la noche. Aunque no estaba arrepentido en absoluto.

«Mi Pulgarcito».

Llevaba tiempo deseándola. Todo era distinto a su lado. La forma en como su menudo cuerpo se amoldaba al mío, la satisfacción que me provocaba su placer. Me encantaba como me miraba a los ojos y como me arañaba la espalda mientras experimentaba el orgasmo. Me encantaba cuando decía mi nombre o como se sonrojaba por cualquier cosa.

¡Lo hemos hecho más de tres veces!

—Eres insaciable —me dije—. Ella me inspiraba a serlo.

Sin embargo, no había sido una noche mágica solo por cuestiones

físicas, lo había sido porque conectamos de cuerpo y alma. Sentía algo por ella, en parte deseo y en parte amistad. Además de otras cosas que no terminaba de identificar.

«Jonás, ¿no has aprendido nada?» me reprendí.

Hay lecciones que nunca se aprenden.

Volví al cuarto con dos tazas de café entre manos. Antes de cruzar el umbral de la puerta, observé con ojos melosos a mi Pulgarcito, que dormía como un bebé pequeño en la cama, acurrucada en la esquina. Su larga melena cubría parte de su espalda desnuda.

«Dios, la deseo tanto».

Evoqué el momento en que la levanté en brazos y le hice el amor de pie. Un ramalazo de deseo envolvió mi entrepierna tras el recuerdo.

—Buen día —me dijo con ojos perezosos y me arrancó de mi trance lascivo.

Valentina se frotó el ojo derecho y me miró con deseo al verme desnudo y sosteniendo dos tazas de café. Mi propia imagen me hizo reír.

«Eres un actor porno de películas de bajo presupuesto» me dije con sorna.

Ladeé la cabeza y pensé en un título apropiado para esta cinta erótica barata.

«Las sombras de Thor y su martillo insaciable».

—Buen día —retruqué.

Se hizo un silencio incómodo, típico de las experiencias del día después. Señaló la taza con una mano.

—¿Para mí?

«Arranca, rubio».

—Ah, sí.

Me acerqué a la cama y me senté en el borde. El colchón se hundió

mientras le daba la taza y la observaba oler la fuerte mezcla del café. Suspiró de placer tras el primer sorbo.

—¿Está bien?

Se ruborizó como un tomate y quise hacerle el amor una vez más. Parpadeó y babeé literalmente hablando.

—Perfecto, gracias.

Mantuve el silencio mientras bebía mi café. Su olor a hidratante de almendras me subió a la cabeza y despertó mi deseo en dos segundos.

«Vikingo cachondo».

Mi cerebro tenía vida propia y también otras partes.

—¿Has dormido bien? —me preguntó al tiempo que la sábana cedía y dejaba al descubierto sus pechos.

«Ay, Dios».

Coloqué una almohada sobre mi entrepierna, para ocultar mi «entusiasmo matutino». Me estaba convirtiendo en un sexópata con esa mujer.

—Muy bien —susurré sin lograr desviar la mirada de sus pezones erectos.

Mentalmente estaba succionándole el pezón derecho.

«Delicioso».

—¿Y tú? —musité tras sorber el café.

Ella bebió un sorbo de su taza con una sensualidad que me dejó sin aliento.

—Necesito una ducha caliente —me dijo.

Asentí sin lograr desviar la mirada de sus pechos.

—Sí, una ducha —dije hipnotizado.

Valentina cogió mi taza y la depositó sobre las mesillas de luz. Aquel gesto osado y decidido me excitó aún más.

«Creo que hice un agujero en la almohada».

—Te he echado en falta —me dijo y me besó los labios.

Me precipité sobre ella, que quedó aplastada por mi cuerpo mientras la instaba a besarme. El beso fue un cálido saludo. Sus labios me devoraron entretanto mi lengua la atormentaba y bebía de su boca con ansia. Cuando le froté la cara, mi áspera barba irritó su piel.

—Lo siento —le dije apartando la sábana para acariciarla y excitarla, para aumentar la pasión con movimientos rápidos y eficaces.

Le arranqué un gemido de placer y le insté a separar sus muslos.

—Mi Pulgarcito —le dije y dibujé una hermosa sonrisa en sus labios.

Agarró mi cara y me miró a los ojos con sed desmedida.

—Mi surfista dorado —adujo y me robó una risilla.

Coloqué las manos en sus muslos y la penetré. Ella jadeó al tiempo que me clavaba las uñas en los hombros y se aferraba con fuerza a mí. Levantó las caderas al tiempo que me movía en su interior.

—Oh, Valentina —gemí y aumenté el ritmo de mis movimientos.

Ella se arqueó enterrando la cabeza en la almohada a medida que el orgasmo se acercaba. Me arrodillé de un momento a otro y la levanté. Valentina se sentó a horcajadas sobre mí y se adaptó a mi erección. Comenzó a moverse conmigo, con fuerza y a toda prisa. Le succioné la lengua a medida que la embestía hasta el fondo.

—¡Jonás! —gritó cuando el frenesí se adueñó de ella.

Su cuerpo comenzó a estremecerse y se aferró a mí con vigor mientras yo alcanzaba el frenesí, minutos después. Sin salir de ella, caí sobre su cuerpo y continué moviéndome hasta las últimas pulsaciones del clímax.

—¡Eres un dios vikingo! —chilló y se tapó la boca con su mano derecha.

Una risotada sonora se me escapó de los labios. Apoyé la cabeza

sobre la almohada junto a la suya. En la habitación solo se escuchaban nuestros jadeos. Valentina cerró sus ojos un momento.

Los olores del sexo y el café se mezclaban, inundaban nuestros sentidos y todo el cuarto.

—Mi pequeña...

De repente, sentí una punzada de miedo. Había pasado una sola noche con ella y su cuerpo me acogía como si fuera mi media naranja.

¿Lo era?

«Media fresita» mofé.

La estreché y nos dormimos hasta la tarde. Quería estar así para siempre.

«Te amo» susurré para mis adentros, pero aún no lograba exteriorizarlo.

Valentina

Capítulo XXIII

♪Hero – Mariah Carey♪

El sueño continuaba

Jonás y yo volvimos a hacer el amor, aún más enardecidos que la noche anterior, en que el alcohol nos empujó a tomar la decisión que nuestros corazones aullaban casi con desesperación. Era tan hermoso despertarse entre sus brazos y volver a dormir sin miedo a nada.

Al medio día, erguimos de la cama, y nos propusimos a preparar algo para comer. En realidad, él se ofreció a cocinar su especialidad.

—Hoy es tu día de princesa.

La emoción me enmudeció.

—Gracias, Jonás.

Llevaba puesta su camisa de franela habitual y el pantalón ajado de siempre, exhibiendo su torso perfecto para mi mayor deleite. Me colocó sobre la encimera de la cocina. De vez en cuando se acercaba, me besaba y me abrazaba.

¿Era un sueño? Sus besos y sus abrazos me decían que no.

Su móvil timbró y un escalofrío me recorrió toda la espina dorsal.

Jonás ignoró la llamada y no sólo eso, apagó su móvil sin siquiera fijarse en el display. Supuse que era su novia.

—Te va a encantar mi plato —dijo sonriendo.

¿Era el instante mágico que necesitaba antes de partir?

—Huele maravilloso —le dije con desánimo.

Él, al notarlo, se acercó y se acomodó entre mis piernas. Levantó mi barbilla con suavidad y me obligó a mirarlo a los ojos.

—No estés triste, Valentina —besó mis labios—. Sé que en estos momentos todo es tan complicado, como siempre lo son los sentimientos.

Alcé la vista y busqué una explicación más comprensible en sus ojos.

—¿Sentimientos?

Jonás esbozó una sonrisa casi imperceptible en sus labios.

—No puedo explicarte con certeza lo que ni siquiera yo comprendo aún, mi Pulgarcito.

Volví a bajar la cabeza, pero de esta vez una sonrisa dominó mis labios. Su incertidumbre podía ser una certeza futura. Al menos tenía un ápice de esperanza. Lo abracé y lo besé con mucha pasión, tanta que, tuvimos que repetir nuestro ritual de amor antes de comer, allí mismo, sobre la encimera. ¡Tenía sus ventajas que él fuera tan alto y yo tan pequeña!

Llegué a mi casa por la tarde tras un largo paseo de manos dadas en la playa con Jonás. Una tarde de ensueño con mi vikingo.

—Me siento una pulga a tu lado —bromeé y él me levantó en brazos y me giró en el aire.

—¡Mi Pulgarcito!

Jamás fui tan feliz en toda mi vida.

Jonás me dio un beso apasionado antes de despedirse de mí, frente a mi portón de hierro. No le invité para que pasara, creo que la noche tórrida

que compartimos dio inicio a una extraña relación, pero por alguna razón, necesitaba estar sola para asimilarlo o comprenderlo mejor.

—¡Te busco por la noche! —prometió antes de subirse a su auto.

Cuando subí los peldaños de la escalera me encontré con una pequeña cesta enfrente de la puerta. Llevaba un lazo rojo y un sobre del mismo tono arriba.

—¿Un regalo?

Algo se movió en ella.

—¡Dios mío! ¡Tiene vida!

Abrí la tapa con presteza y me encontré con un cachorro labrador de uno dos meses. Abrí mis ojos como platos al verlo.

—Mi vida —le di muchos besos.

La tarjeta decía:

«Laila será una gran amiga, Vale».

—Laila —repetí y volví a besarla.

¿Fue Jonás? Mi cerebro se paralizó. Pero ¿por qué no me lo entregó personalmente? ¿En qué momento lo hizo, si hemos estado juntos todo el tiempo?

Tomé a Laila entre mis brazos y la cubrí con mi gabán. Decidí ir a la casa de Jonás de manera inmediata para agradecerle y llenarle de besos.

—¡Mi Thor!

Arribé emocionada a su casa, ensayando una y otra vez lo que le diría durante el camino.

—Oh...

Ralenticé mis pasos en seco y mi sonrisa desapareció al igual que mis ilusiones.

«Pequeña estúpida».

—Te he echado en falta, Jonás —le dijo Eva, y le plantó un beso muy

apasionado en sus labios, un beso que él no rechazó.

Laila ladró. Ambos giraron monocorde sus rostros.

—Valentina —susurró Jonás, asombrado.

Su novia le fulminó con la mirada. Giré en redondo antes de que mis lágrimas brotaran de mis pupilas a raudales. Él intentó detenerme.

—¡Vale, espera!

Continué caminando hasta que me detuvo por el brazo.

—Por favor, Valentina.

—No me debes ninguna explicación, Jonás —dije a punto de quebrarme—. Aquello que pasó entre nosotros dos, no fue nada ni para mí ni para ti.

—Valentina —repitió mi nombre, pero no dijo nada más.

Silencio y suspiros.

—He venido para agradecerte el regalo —resoplé.

Jonás me miró sorprendido como si le hubiera hablado en mandarín.

¿No fue él?

«Mierda».

Metí la pata otra vez. Él ni siquiera sabía de lo que le estaba hablando. Posó sus ojos en Laila.

—No comprendo, Vale.

Me enjuagué las lágrimas con el dorso de la mano derecha mientras apretujaba a Laila con la otra. Me sorbí por la nariz.

—¿Qué fue todo aquello, Jonás? —suspiré nerviosa—, aquello que vivimos estos días, ¿qué sientes por mí? —la desesperación tiñó cada letra.

Su silencio quebró mi corazón. Volteó su rostro para cerciorarse si su novia seguía allí, preocupado por perderla. Giré sobre mis talones y caminé sin parar. Él no me detuvo y respondió mi pregunta de manera tácita.

Mi sueño se hizo trizas y el dolor se acomodó de nuevo en mi caja

torácica.

—No soporto más —musité—. Ya no.

Jonás

Capítulo XXIV

♪Baby I need you -Kim Taylor♪

El corazón del Vikingo

Valentina llegó a mi vida y se instaló en mi corazón sin permiso y sin resistencia por parte mía. Tras la confesión de mi mayor humillación emocional, la hice mía y la sentí mía, tan mía.

«¿Estaba enamo...?». Ni siquiera podía terminar la frase sin sentir temor. ¿Alguna vez amé de verdad? Lo que sentía por mi Pulgarcito era tan distinto a lo que alguna vez sentí por Isabel.

La culpa manchó mi pecho al evocar mi último encuentro con mi ex, meses atrás en Berlín.

«Isabel está embarazada» la voz de mi mejor amigo retumbaba en mi cabeza una y otra vez.

«Valentina» susurré y espanté los malos recuerdos de mi mente.

Mi Pulgarcito era tan real, tan tierno, tan vivo. Necesitaba afrontar lo que probaba por ella, y sabía cómo hacerlo.

Cuando arribé a casa tras dejar a Valentina en la suya, me encontré con Eva. Ella me besó con pasión insana. Le devolví el beso con el mismo frenesí, buscando conectarme con ella como antes.

Pero tras probar los labios de Valentina, ninguna, absolutamente ninguna, podría ocupar su lugar en mi corazón.

—Eva —musité.

—Te he echado en falta, Jonás —dijo y volvió a besarme.

Mi pequeña llegó justo en ese momento, y nos vio. Intenté detenerla y explicarle que no pasaba de una prueba, una prueba impuesta por mi temor.

—No me debes ninguna explicación, Jonás —me dijo a punto de quebrarse—. Lo que pasó entre nosotros no significó nada —afirmó y laceró mi ser en dos.

El dolor se instaló en mi pecho una vez más.

—Valentina —dije anonadado.

¿No significó nada para ella? Para mí fue todo.

Silencio y suspiros.

—He venido para agradecerte el regalo —resopló.

Su última afirmación me desestabilizó por completo. Me dijo algo, pero no comprendí muy bien a qué se refería.

«Lo que pasó entre nosotros no significó nada» resonaba una y otra vez en mi cabeza.

Nada. Nada. Nada. Nada. Nada. Nada.

—No comprendo, Vale.

Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano derecha. Se sorbió por la nariz.

—¿Qué fue todo aquello, Jonás? —suspiró nerviosa—, aquello que vivimos estos días, ¿qué sientes por mí?

«Lo que pasó entre nosotros no significó nada».

Si para ella no significó nada, ¿por qué le importaba saber lo que fue para mí? La frustración se apoderó de mí.

—¿Jonás?

El muro de hielo que se había estado deshaciendo en mi interior se erigió de nuevo al instante. Las únicas emociones que se filtraban eran la

amargura y el resentimiento.

«Lo que pasó entre nosotros no significó nada».

Valentina se marchó con el corazón roto. Y creo que de esta vez nada ni nadie lo recompondría.

Al día siguiente, las cosas empeoraron. Eva me dijo que tenía un retraso y que quizá pronto sería padre. Aquella noticia me derrumbó por completo.

«No puede ser».

Era responsable de mis actos y por ello decidí asumir mi rol de padre, pero no pensaba unirme a una mujer que no amaba. Ella lo entendió a regañadientes.

—No les faltará nada —le dije antes de salir.

Eva me miró con ojos evaluadores.

—¿Adónde vas cada noche, Jonás?

«Cuidar a Valentina».

—Necesito caminar y despejar la mente —mentí a medias.

Hizo una mueca de duda.

—¿Puedo acompañarte? —propuso.

Negué con la mano al tiempo que me ataba el pelo en una coleta.

—Prefiero hacerlo solo —aduje en tono cortante.

Mi corazón palpitaba fuerte cada vez que veía a mi Pulgarcito. Todas las noches la acompañaba en secreto tras su trabajo en la radio y me quedaba frente a su casa hasta que apagara las luces.

—Buenas noches, Valentina —decía antes de marcharme a mi casa.

No sabía qué era aquello que sentía por ella, pero se hacía cada día más fuerte.

«La amas, rubio» me dijo el corazón.

«Con toda el alma» contesté con lágrimas en los ojos.

¿Por qué me costaba tanto admitirlo? Eran los efectos de la decepción vivida al lado de mi ex. Temía perder a Valentina. ¿Y si Dios la arrebatara de mí? ¿Cómo podría vivir sin ella?

«¿Cómo alguien era capaz de seguir respirando tras perder a alguien?». Sonaba trágico, pero era lo que sentía: pavor de perderla.

Aquello era sin lugar a dudas... era... tenía que ser... no lo sabía al cierto...

¿Qué era?

«AMOR» gritó mi cerebro, pero lo ignoré.

—No desistiré de ti —me dije resolutamente—. Seré tu sombra, mi amor.

El fin de semana llegó y con él mi gran decisión. He arribado al local tras deambular por la playa. Al ingresar me encontré con Valentina, que estaba más hermosa que nunca.

«Mi Pulgarcito».

Siempre fue muy bella, pero hoy estaba sublime. La miré embobado y enamorado.

«¿Estaba enamo...?».

«Joder, rubio. ¿Por qué me complicas la existencia?» me preguntó el corazón.

De repente, ella giró su rostro en dirección a la puerta. Un hombre ingresó y se acercó a su mesa.

—¿Y ese? —dije por lo bajo—. ¿Quién coño era?

Mentalmente destrocé todo el local y luego la alcé sobre mi hombro derecho y la llevé a mi caverna.

Valentina tenía un encuentro.

«Scheiße».

«Perdiste rubio».

Cogí a mi maldito cerebro y lo puse en una licuadora.
¡Vete a la mierda!

Valentina

Capítulo XXV

♪Tengo un amor – Gala Évora♪

Lo que el viento se llevó

Teresa me regaló una cama para Laila, y una cesta repleta de dulces para mí. Nuestra amistad tendía a fortalecerse cada día más y más.

—Lo que has hecho por mí, Valentina, no tiene precio.

Sus hijos venían cada fin de semana a verla. Nunca era tarde para ser feliz. Nunca.

—Me lo dictó mi madre en complicidad con mi corazón —le dije henchida de orgullo.

Teresa me preguntó por Jonás. Le abrí mi corazón y le conté todo sin guardarme nada.

—Fue maravilloso, pero terminó —dije con lágrimas en los ojos.

Ella me dijo que sus años de experiencia no la podían engañar y que tras analizarlo todo, llegó a una sola conclusión, Jonás sentía mucho más que atracción por mí.

—Me gustaría creerte, Teresa.

Lanzó un largo suspiro y meneó la mano derecha en el aire como si estuviera espantando unas moscas imaginarias.

—Es un hombre sufrido, Valentina —dijo Teresa—. Quizá una mala experiencia mutó su alma. El dolor nos paraliza, pequeña —asentí con la cabeza—. Nadie tocaría cables pelados con las manos húmedas dos veces ¿no lo crees?

Aquella acertada deducción me hizo pensar, pero no le confesé el drama que él había vivido en el pasado.

«Has adivinado, Teresa».

Era mi deber guardar el secreto de Jonás, bajo siete llaves.

—Nos vemos mañana —me dijo tras besarme la frente.

Por la noche, elegí la canción: «Dream» de Priscilla Ahn para iniciar mi programa radial.

«Yo era una niña pequeña, sola en mi pequeño mundo,

Que soñaba con tener una casita para mí.

Jugaba entre los árboles, pretendiendo tener invitados,

a quienes alimentaba con la corteza de los árboles,

y reía en mi bonita cama verde,

yo tenía un sueño...

Que podría volar desde el columpio más alto,

Yo tuve un sueño...».

«Mi sueño lleva el nombre de Jonás» pensé mientras escuchaba aquella canción.

Esa noche, Jollerman me dijo que sentía algo muy especial por mí.

«¿Te ha gustado, Laila?».

El asombro se apoderó de mí.

«¿Fuiste tú?».

«Sí, hermosa».

«¡Gracias!».

«No olvides que al otro lado hay alguien que suspira día y noche por ti, Vale».

Aquello me había zarandeado bastante el corazón. Sin embargo, el dolor era más fuerte que la alegría de tener a alguien interesado en mí.

«Mi corazón y mi alma pertenecían a mi alemán».

La tristeza no se marchaba de mi lado y a diario pensaba en un final anticipado.

«Será lo mejor» me decía cada vez con más determinación.

Esa noche mientras retornaba a casa, sentí la presencia de alguien. Me volví, pero nadie estaba allí.

«Qué sensación más rara».

Jollerman al fin dio el segundo paso. Me citó en la cafetería de Jonás, para que nos conociéramos en persona.

—Será bueno sentirse importante para alguien antes de partir —dije tras arreglarme el pelo.

Opté por mi mejor atuendo: un vestido ceñido, largo hasta las rodillas, media calza y un gabán combinados con unas botas con tacones. Todos de color negro, el color de mi esencia en esencia.

—No te ves mal —me dije y sonreí de costado—. El pelo suelto me va mejor, como decía mi madre.

«Pronto estaremos juntas» dije tras otear la foto donde aparecía con mi madre y Penélope.

A las seis en punto llegué a la cafetería. Le dije que llevara una camisa de franela escocesa para poder distinguirlo. Me encantaba como le quedaba a mi vikingo.

«Jonás».

Tomé asiento en mi mesa favorita. Media hora después, Jonás ingresó

a la cafetería y me miró embelesado por unos segundos.

«Dios, te amo tanto que incluso me duele respirar».

Nuestras miradas se estrecharon con añoranza.

«Te echo tanto en falta, surfista dorado».

Sin embargo, algo en mí había fenecido y la esperanza no regresaba, aunque dejara abierta la puerta. Jonás me escrutó hipnotizado al tiempo que alguien familiar ingresaba al local. Mi corazón se volcó al verlo.

—No puede ser cierto —mascullé.

«¡Nooo!» grité mentalmente.

Valentina

Capitulo XXVI

♪All I need - Within Temptation♪

“El final feliz... ¿existe?”

¿Fue acaso era mi admirador? El ogro que me había roto el corazón años atrás retornaba a mi vida, pero tarde, muy tarde. Sus ojos me contemplaron centelleantes antes de aproximarse.

Jonás me miraba con asombro desde su sitio. ¿Por qué reaccionaba así, si fue él a alejarse de mí? Por coincidencia, llevaba una camisa franela al igual que mi ex. ¿Ex? ¡Fuiste su amante! ¡Su juguete! ¡Su pasatiempo!

—¡Hola, Vale! —me dijo al tiempo que me besaba las mejillas.

Mi ceño seguía fruncido.

—Hola —dije desanimada.

Me miró con ternera, con la misma ternera del pasado o al menos antes de descubrir lo que anhelaba para su vida.

—¿Decepcionada?

«Mucho».

—No —mentí con descaro.

Silencio.

Miradas.

Suspiros.

Conversamos unos minutos. Intentamos calentar los motores para entablar algo más profundo, pero creo que este motor estaba oxidado y jamás volverá a arrancar.

«Jamás».

—Estás hermosa —me dijo e intentó coger mis manos.

Aparté con presteza de sus garras.

—Gracias —dije con sequedad.

La mirada insistente de Jonás me dejó desconcentrada. Gran parte de la charla no prestaba atención a mi interlocutor por su culpa. ¿Tenía que ser tan apuesto el condenado?

—He terminado mi libro —comentó Facundo.

Seguía contemplando a mi vikingo, que no despegaba sus lindos ojos azules de mí.

«¿Qué se siente, rubio?».

—Ah...

Media hora después estaba cansada y comenzaba a divagar por alguna dimensión paralela.

«Hoy pasarán Crónicas Vampíricas» mascullé para mis adentros al tiempo que mis ojos se encontraban con los de mi surfista dorado.

«Dios, estaba tan sexi con su pelo salvaje recién lavado. Hmmm, de seguro olía a almendras».

No pude romper con el contacto visual. No quise hacerlo.

«¿Celoso, surfista?».

Jonás se cruzó de brazos y me miró desafiante.

«Mucho» imaginé que me dijo.

Enarqué mi ceja derecha.

«Chúpate ese limón, rubio».

Sonrió de costado e imaginé que en verdad me estaba respondiendo.
«Prefiero chupar otra cosa».

Mi temperatura subió unas décimas.

«También yo» musité tras morderme el labio inferior.

Mis cavilaciones indecorosas «made in Germany» me hicieron reír.

—¿Dije algo gracioso, Vale?

«No, eres el rey de los aburridos».

—Perdona, evoqué algo —me disculpé.

Jonás se aproximó de un momento a otro y nos ofreció algo bastante delicioso.

«Ñam ñam».

—Presente de la casa —dijo al tiempo que posaba una pequeña tarta de chocolate en forma de corazón en la mesa.

Le dirigí una mirada desafiante.

—Gracias, ¡qué amable! —exclamé en tono burlón.

Él me dedicó una mirada punzante que yo le devolví aún más afilada. Facundo nos contempló desconfiado. ¡Era tan lento!

«También era rubio».

—Disfruten del postre —apostilló Jonás, apretando ligeramente la mandíbula.

Yo le guiñé un ojo en señal de complicidad. Sus ojos soltaron chispas. ¿Estaba en verdad celoso?

Facundo parecía estudiarme con sus ojos. Jonás regresó con un cuenco repleto de chocolatinas en forma de corazón. Me miró con severidad por detrás de Facundo, que se volvió ligeramente al ver mi expresión.

—Disfruten de la tarde —dijo Jonás con las mejillas arreboladas.

—Gracias por la amabilidad, señor —dije en tono cortante.

Se alejó sin mirar atrás.

—Son bastantes amables —resaltó mi ex.

«Era muy rubio».

Facundo había envejecido bastante. Me dijo que su matrimonio ya no lo impedía de estar conmigo, que era libre y aún me amaba. ¿Aún me amaba o no tenía con quién desahogarse? ¿Aún me amaba o se sentía solo? ¿Aún me amaba y tardó casi seis años para descubrirlo?

—Valentina, te he echado tanto en falta, mi amor.

Le miré con escepticismo.

—¿Tardaste seis años para darte cuenta? —retruqué con sorna.

En ese lapso, mis ojos se encontraron con unos ojos curiosos.

«Mi surfista dorado».

Me vigilaba sin preámbulos y ante su osadía, dejé llevarme por las intenciones de Facundo. No perdía nada y al mismo tiempo lo fastidiaba. Cogí las manos de mi ex, pero el contacto no me causó nada, absolutamente nada. Era como tocar la mesa o la silla. Todo lo contrario de Jonás, que le bastaba con mirarme para hacerme temblar de pies a cabeza.

Facundo hablaba sin parar y yo apenas ronroneaba un sí o un ajá.

«Un monólogo compartido» pensé al tiempo que metía un trozo de pastel en mi boca. Jonás estaba en la entrada, creo que realizaba algunas cuentas, me miraba de tanto en tanto por el rabillo del ojo y eso me fascinaba.

La canción «All I need» de Within Temptation, arropó el salón. Jonás y yo nos miramos con fijeza. Aquella canción le había dedicado a él anoche. ¿Lo habrá escuchado? Por su reacción, supuse que sí.

All I need:

¿Aún puedes ver mi corazón?

*Toda mi agonía desaparece cuando me sujetas,
no me destroces por todo lo que necesito.*

Haz de mi corazón un lugar mejor,

*dame algo en qué creer,
no me destroces...*

Mis ojos brillaron fulgorosos ante la emoción. En aquel silencio compartido nuestras almas se comunicaron en secreto con señas y con sentimientos aún indefinidos.

«Te amo más que a mi vida».

La canción de Gala Évora: «Tengo un amor» comenzó a sonar. Arrugué mi entrecejo sorprendida con las canciones que rellenaban la cafetería.

«Todas eran las canciones de Jollerman». Fijé mi mirada en Facundo, que seguía hablando de su aburrido libro.

—¿Jollerman? —le dije de sopetón.

Facundo me miró como si tuviera monos en la cara.

—¿Perdona, Vale?

—¿No eres Jollerman?

Facundo frunció su ceño en un gesto de desconcierto y desorientación.

—No que yo sepa —contestó sonriendo de lado.

Jonás me miraba con ojos de cordero degollado desde su sitio mientras la triste canción matizaba el ambiente. Gravé su rostro a fuego en mi retina y en mi corazón. Aquel sería el último día de nuestras vidas. No habría un beso de despedida, ni un abrazo ni un te quiero. Me marcharía del mundo sin haber escuchado de sus labios «te amo». Quizá, en otra vida, tendré mejor suerte.

—Iré al servicio —le dije a Facundo.

Me levanté con desgana y me dirigí al lavabo. Cuando salí me encontré de cara con Jonás.

—¿La estás pasando bien? —demandó ceñudo.

«Mi amor». aquel sería la última vez que lo vería, la última.

Mis ojos se nublaron y en lugar de responderle me acerqué. Me subí sobre una mesita de hierro que yacía a un costado para poder alcanzar mi objetivo. Le sujeté la nuca y le bajé la cara para besarlo. Jonás me alzó en brazos e instó a que le rodeara la cintura con mis piernas. Abrió su boca sobre la mía e introdujo su lengua en mi boca para que se fundiera con la mía.

—Valentina —gimió al tiempo que se metía al cuarto de baño conmigo encima.

Me colocó sobre la mesada del lavabo y se acomodó entre mis piernas.

—Te haré el amor —susurró.

Aquel acto carecía de lógica.

—Jonás —musité al borde de las lágrimas—. Te amo —le confesé y lo paralicé.

Silencio.

Miradas.

Suspiros.

Expectación.

«Dime algo, mi amor» supliqué para mis adentros, pero él no dijo nada, no hizo nada, solo me miró. Lo aparté tras darle un último beso en esta vida.

—Te llevaré conmigo, mi amor —le dije antes de salir del servicio.

Me acerqué a la mesa con el corazón latiéndome por todo el cuerpo. Facundo se levantó y me dirigió una mirada melosa.

—¿Quieres dar un paseo? —propuse con un enorme nudo en el pecho.

Mis ojos se nublaron lentamente mientras la triste canción de Gala

Évora sonaba de fondo, transportándome a los mejores momentos vividos al lado de mi hermoso surfista dorado.

—Por supuesto, Vale.

Nos retiramos del lugar tras pagar la cuenta. Antes de cruzar la puerta escruté con tristeza el local, era la última vez que lo pisaría en esta vida.

—Este lugar es idílico —dijo Facundo.

Descendimos los escalones.

—Es épico —dije y me volví.

Me encontré de golpe con los ojos de Jonás.

«Adiós, mi amor» mascullé antes de girar y marcharme, olvidando mi corazón en aquel reino donde vivía el príncipe de mis cuentos.

La noche estaba helada, el cielo repleto de estrellas y confusas decisiones.

«Era una excelente noche para morir» susurré.

Facundo frenó de golpe y me miró con asombro. ¿Ha escuchado mi comentario?

—¿Morir? ¡No, mi amor! ¡He regresado porque quiero vivir o revivir nuestra historia!

Le dirigí una mirada gélida y sombría.

—¿Por qué me miras así, Vale?

Caminamos por la ciudad lado a lado sin tomarnos de las manos. Éramos dos amigos o viejos conocidos. Facundo metió las manos en sus bolsillos y soltó una risita cansada.

—No es necesario que respondas, Vale.

Le miré de reojo y sonreí de costado.

—No esperaba menos de ti, Facundo.

Suspiró hondo.

—Se pasaron demasiados años ¿no?

Asentí con un leve cabeceo.

—Te he esperado día y noche, pero tu corazón tardó tanto que, los sentimientos se congelaron y murieron dentro de mí.

Facundo se detuvo y me miró de arriba abajo como si me estuviera estudiando.

—Siempre quise volver, pero no me animé, Vale.

Mis ojos lo escrutaron con cierta desconfianza y curiosidad.

—¿Puedo saber por qué?

—Por miedo a que no durara más que un verano —confesó con sinceridad—. Por cobarde más que nada...

Facundo retiró una cajetilla de cigarrillos de su bolso, cogió uno y lo encendió con su mechero de toda la vida. Me ofreció y por primera vez, acepté. Quería conocer el sabor antes de morir. Sus ojos centellearon al verme fumar. Carraspeé al sentir el humo en mi garganta.

—No lo tragues, suéltalo con parsimonia al tiempo que lo deleitas.

¡Era horrible!

—¡Es asqueroso! —gruñí tosiendo.

Facundo rio abiertamente.

—Es el mismo sabor que experimenta mi corazón en estos momentos —dijo con pesadumbre.

Le miré con suspicacia.

—¿Me has amado?

Su expresión se desencajó.

—No, Vale.

Su sinceridad estremeció cada partícula de mi corazón. Abrí los ojos con exageración y también la boca.

—Aún te amo —afirmó y me hizo temblar.

Había esperado tanto por este día, pero algunas dádivas llegaban demasiado tarde. Facundo era la prueba de ello.

—Siento mucho haberte lastimado en el pasado —suspiró derrotado—. Creo que lo lamentaré por el resto de mi vida, Valentina.

Era tarde para nosotros dos. Muy tarde.

—Yo también, Facundo.

Me llevó a mi casa tras un paseo silencioso por la playa y nos dimos un último abrazo.

—Eres un ángel —me dijo con dulzura.

El signo de interrogación se dibujó en mis pupilas.

—¿No entiendo, Facundo?

Acarició mi mejilla con suavidad.

—Llegas a la vida de las personas de improviso, y logras iluminar cada rincón oscuro de su ser con tan solo sonreír.

Aquellas palabras me dejaron enmudecida. Mi madre me había dicho algo similar y Jonás también.

«Un ángel sin ganas de vivir».

—Adiós, Valentina.

Facundo se marchó tras darme un tímido beso en los labios.

—Quizá en la próxima vida podamos construir un hogar juntos —murmuré mientras lo veía partir.

Pensaba quitarme la vida el día de mi cumpleaños, pero ya no soportaba seguir viviendo.

—Es la hora.

A las dos de la mañana cogí a Laila, y la coloqué en su jaula. La besé y lloré con amargura.

—Jollerman cuidará de ti —le dije anegada en lágrimas.

Jonás no me confesó que era Jollerman, pero algo en mi corazón me

decía que era él.

Me puse unos vaqueros negros combinados con mis mejores botas y mi mejor gabán. Me enrosqué una bufanda color naranja en el cuello y me encaminé a la casa de Jonás. Dejé a Laila enfrente de su casa con una esquila de despedida. Salí cautelosamente del lugar, pero a pesar del cuidado, Laila hizo un tremendo escándalo. Creo que presentía algo. La miré por última vez antes de partir para jamás volver.

—Adiós, pequeña mía —me quebré—. Adiós, mi amor.

Jonás

♪Hunger – Ross Copperman♪

Eva me dio una bofetada de muerte cuando le confesé mis sentimientos por mi Pulgarcito. La muy condenada pegaba como un boxeador cabreado.

—Volveré a por mis cosas —me dijo antes de cerrar la puerta de un portazo.

—Está bien—dije mientras me masajeaba la mejilla.

Preparé una taza de chocolate caliente. Me apetecía, a pesar del horario. Vertí la leche caliente sobre el cacao cuando escuché unos ladridos que procedían del porche frontal de mi casa. ¿Un perro?

«No, es un elefante, rubio» me dijo mi socarrón cerebro.

Abrí la puerta con el corazón en la garganta.

—Hola, preciosa —le dije y la cargué—. ¿Valentina?

¿Dónde estaba mi Pulgarcito?

—¡Valentina! —grité.

Mis ojos se encontraron de golpe con un pequeño sobre. La cogí tras meter a Laila en su jaula. Leí la carta con el alma a mis pies.

Mi amor

La vida dejó de tener sentido para mí y lo mejor es partir. Pero no podía hacerlo sin decirte que fuiste lo mejor que me ha pasado. A tu lado conocí al fin la felicidad. ¿Pude hacerte feliz yo en ese breve lapso?

Nunca lo sabré.

En cada atardecer me hallarás en nuestro sitio favorito, te lo prometo.

Espero que seas muy feliz y que mi decisión no mute los matices de tu alma. Mereces la dicha como ninguno y el destino te debe una segunda oportunidad.

El amor era una utopía en mi vida hasta que te conocí, mi dulce y adorado vikingo. Moriré llevándote conmigo, muy dentro de mí.

Eternamente tuya

Tu Pulgarcito.

Solté un grito titánico al leer su pequeña carta de despedida.

—¿Nuestro lugar favorito? —dije jadeando—. ¡El mar!

Metí a Laila en la casa y cerré la puerta antes de salir corriendo hacia la playa.

—¡Valentina! —voceé—. ¡Mi amor!

El aire mal me llegaba a los pulmones.

—¡Valentinaaaa!

Valentina

Capítulo XXVII

♪Swept from the sea – John Barry♪

El sabor del adiós

Caminé hacia el inmenso y sombrío mar con el corazón

latiéndome a mil por hora en mi pecho. Parecía que mis cuatro cavidades bombeaban al mismo tiempo a cada paso que iba dando hacia la oscura y cruel muerte. Mis botas se iban sumergiendo lentamente en el agua.

—Adiós —dije cuando una enorme marea amenazaba con tragarme y cumplir mi último deseo.

«Lo siento, mamá. No he podido cumplir con tu último deseo».

Tragué con fuerza mientras todo se oscurecía a mi alrededor.

—¿Dónde estoy? —mascullé al abrir mis ojos tras un largo letargo.

¿Estaba muerta? ¿Era aquel sitio el infierno? ¿Estaba en coma?

Me miré atónita.

—¿Cómo esto era posible?

Llevaba mi falda hindú favorita y mi blusa sin mangas negra, mi ajada chaqueta y mi viejo bolso de tela a un lado. La melena la tenía más corta, por sobre el hombro. Siempre quise cortarla, pero no me animé en vida.

—Hola, Valentina —dijo una voz lejana como un eco en medio de una cueva fría—. No has cumplido tu promesa...

Mi alma se despegó de mi cuerpo al reconocer aquella voz.

¡Era mi madre! Mis ojos se colmaron de alegría al igual que mi corazón.

—¿Mamá?! —grité y mi eco recorrió todo el lugar.

Ella apareció envuelta en un halo blanco y muy brillante, que ofuscó mi visión por completo.

—Mamá —dije anegada en lágrimas.

Llevaba su habitual blusa gitana estampada y su falda larga de vaquero. Lucía su larga y sedosa melena caoba. Así la recordaba, viva y hermosa, que nada tenía en común con la mujer escuálida y calva que vi morir entre mis brazos, tiempo atrás.

—¡Mamá! —corrí con todas mis fuerzas y me lancé a sus brazos como cuando era una niña—. ¡Mami!

—Mi pequeña...

Mi madre acarició mi cabeza con sus manos y toda pena, dolor, angustia, se marchó de mi fuente de pensamientos nefastos.

—¿Qué has hecho, hija?

Mi madre me apartó tras unos minutos. Me miró a los ojos con fijeza y me dijo con lágrimas en las pupilas:

—Me has prometido que nunca harías nada en tu contra, hija y no lo has cumplido.

—Madre, mi alma no tenía armas para luchar contra... —mi madre me detuvo con un dedo sobre los labios.

—Te he enviado todos los días nuevas esperanzas, nuevas personas e incluso algunos conocidos para que eligieras un sendero nuevo —mi madre me miró con infinita tristeza—, mi partida no significaba un adiós para

siempre, hija mía. La vida es un viaje y la muerte un pasaje. Pero con esto que has hecho, jamás podremos volver a vernos, Valentina.

La miré con desaprobación.

—¡Estamos juntas! —clamé.

—No, hija mía. Estás de paso.

Ladeé la cabeza.

—¿No comprendo?

Mi madre me abrazó con tanta fuerza que sentí que me rompería los huesos. Era tan real y reconfortante.

—Es nuestra despedida —balbuceó entre lágrimas.

Las gotas de su dolor me empaparon el cabello y el rostro.

—¡Madre, no quiero perderte!

Mi madre me apartó con brusquedad y me miró con una seriedad punzante.

—¡Vuelve, Valentina!

Lloré a moco tendido.

—¿No comprendo, madre?

—Vuelve a la vida y lucha por tu felicidad.

El miedo se apoderó de mí.

—¿Qué?

Su mano se deslizó de la mía lentamente.

—Yo siempre..., siempre estaré a tu lado, hija.

—No quiero volver, madre —lloré con amargura—. ¡No quiero!

Ella ahuecó mi rostro entre sus manos y me miró a los ojos.

—Debes volver, pocos tienen otra oportunidad, hija mía.

Negué con la cabeza.

—No quiero volver, madre. No sin ti...

La estreché con fuerza y la oí aullar:

—¡Te amo, Valentina!

Aquella voz no era suya. La miré con añoranza y sumergida en lágrimas.

—Despierta, Vale, ¡por favor! Eres mi mundo, lo único que tengo, mi amor. ¡No me dejes! —imploró gritando.

¿Jonás?

—Vete, hija y sé feliz —me dijo mi madre al tiempo que una fuerza centrífuga me apartaba de ella de golpe—: ¡Siempre estaré contigo, mi amor! ¡Siempre!

—¡Mamita!

Intenté correr hacia ella, pero algo me succionó con tanta fuerza que salí de aquel lugar idílico de un tirón, como si me hubiera escupido una enorme boca imaginaria.

—¡Valentina! —tronó con un dolor agudo mi surfista dorado.

Abrí mis ojos de golpe y carraspeé con mucha dificultad. Los pulmones y los ojos me ardían.

—Jonás —mascullé sin aliento.

Él me abrazó con fuerza y lloró con desesperación.

—¡Gracias, Dios! —exclamó sollozando—. ¡Gracias, señor!

Me apartó y sin perder un sólo segundo más, me besó con toda la pasión que albergaba su corazón. Besó toda mi cara aun llorando.

—Te amo con toda el alma, mi Pulgarcito.

Temblaba como una hoja entre sus brazos.

¿He vuelto de la muerte? ¿Existía en verdad un cielo?

Abracé con fuerza a Jonás, emocionada y tiritando de frío.

—Te daré un buen baño caliente y unas buenas nalgadas, Valentina —mofó mi príncipe de la melena salvaje mientras nos encaminábamos a su casa.

—Te amo —le dije y él se detuvo.

Besó mis labios entumecidos con una pasión abrasadora.

—Te amo, pequeña mía. Eres la prueba de que Dios existe.

Alcé la vista por sobre su hombro mientras me cargaba en brazos rumbo a su casa. Vi cruzar una estrella fugaz en el cielo en aquel preciso instante.

—Mamá —musité emocionada hasta los tuétanos.

Los milagros existían, la fe era su fuente.

Jonás

Capítulo XXVIII

♪Home again – Vonda Shepard♪

El cuento apenas ha comenzado

Tras dos meses de aquella triste noche, todo cambió en mi historia. ¡Para mejor! Le dije a Valentina, que, tras leer su esquila, salí disparatado hacia la playa como alma que lleva el diablo. Ni siquiera me había puesto un abrigo.

Le conté todo incluso sobre el retraso de Eva.

—¿Eva tuvo un retraso? —me preguntó mientras preparaba algo para comer.

Fue una falsa alarma. Le expliqué a mi Pulgarcito, que por ello me había alejado no por otra razón.

—Ella me dijo esa misma noche que no estaba embarazada, cuando cometiste esa locura —argumenté ceñudo—. Al día siguiente pensaba conquistar tu corazón —continuaba enfurruñado—. Estoy enfadado, Valentina. Muy enfadado —le dije y di un golpe a la mesa de mármol—. Y ahora también lastimado —reímos.

Me dio un beso en los labios apretados.

—Estoy viva —matizó y mi enfado se convirtió en alivio.

Seguí con mi parloteo.

—Estabas flotando sobre el agua —le dije con lágrimas en los ojos—. No recuerdo cómo fue, solo sé que nadé hacia ti y te rescaté de la maldita muerte.

—Jonás —intentó interrumpirme, pero necesitaba desahogarme o moriría asfixiado.

Valentina me miró con expresión melosa.

—No reaccionabas y entonces, rogué a Dios porque no te llevara —le dije con voz ronca—. Le dije que me debía un favor —ella no podía creer que chantajeé a Dios.

Las imágenes de mi propia desesperación asaltaron mi mente y agitaron mi corazón como oleadas embravecidas, nunca mejor dicho en este caso.

—Grité mi amor para que todos los dioses del universo me escucharan y se apiadaran de mí. Tras unos minutos eternos, escupiste el agua que asfixiaba tus pulmones y volviste a la vida, a mi vida.

Estreché con añoranza a mi Pulgarcito suicida, como la llamaba esos días, de castigo por su mal comportamiento.

—Fue un milagro —dije tras sorberme por la nariz.

—¡Era hermoso incluso con los ojos hinchados y la nariz enrojecida!
—gritó.

—Gracias, mi vida —le dije.

Se ruborizó y quise hacerle el amor allí mismo.

—¿Lo dije en voz alta?

Me reí con toda el alma.

—¡Te amooo, Valentina!

Antes mal podía pronunciarlo y hoy mal podía esconderlo. La amaba

con toda el alma.

Valentina

Capítulo XXIX

♪Se – Josh Groban♪

Los matices de la felicidad

Jonás me estrechó con fuerza, luego de volver a la vida y sollozó con amargura, sollozó por mí, por mi regreso, por él, por el milagro de volver a verme y recuperarme. Y creo que también por todas las penas que cargaba en su corazón hacía tanto tiempo. Me cargó como a una niña hasta su casa donde Laila, nos recibió con euforia.

Nos metimos en la tina con agua casi hirviendo para recuperar el calor de nuestros cuerpos. Estaba de espalda a él mientras me abría la caja torácica.

—Me había enamorado de ti, Valentina, cuando te vi por primera vez en la playa, aquella tarde de septiembre.

—¿Septiembre? —repliqué anonadada.

Me estrechó con fuerza.

—Llevaba pocas semanas por aquí, pero nunca nos cruzamos. Siempre te observaba desde lejos, corriendo con Penélope, tomando el sol, contemplando el horizonte o leyendo algún libro.

Giré mi rostro y lo miré estupefacta.

—¡Cosas del amor! —me dijo sonriendo antes de comerme la boca de un apasionado y soñado beso.

«La vida era una caja llena de sorpresas» pensé antes de perderme en aquel beso.

Por cierto, Eva se marchó esa noche cuando él le explicó lo que sentía por mí, hacía tiempo. Se retiró de su casa tras darle una fuerte bofetada, pero valió la pena, me dijo riéndose. Aquel bofetón le despabiló la cabeza y también el corazón.

—Por fortuna, tuviste la idea de traer a Laila, o caso contrario... —le interrumpí sellando sus labios con un beso.

—Valdrá la pena —le dije, acariciándole la mejilla.

Rozó la punta de su nariz con la mía.

—Ya vale la pena, pequeña mía.

Nos pescamos una terrible gripe después de aquella noche.

—Me duele respirar —le dije.

—Debemos reposar, mi amor —dijo y llamó a su médico de cabecera, un simpático alemán llamado, Otto Fischer.

Estuvimos dos semanas encerrados en su casa, por recomendación de su médico. Dos semanas juntitos, pegaditos y haciendo el amor hasta cansarnos. ¡Mejor medicina no había!

La vida juntos prometía ser un sueño. No sería fácil y no todo sería de color rosa, pero ambos haríamos que valiera la pena.

—¡Te amo, Valentina González! —gritó en la playa el primer día que salimos de su casa.

—¡Te amo, Jonás Müller!

Las decepciones y las penas habían rasgado nuestros corazones en dos. Entonces, decidimos juntar los pedazos del mío y del suyo, formando uno solo.

Jonás me dio un largo y emotivo discurso sobre la vida, la fe, el

milagro y el amor verdadero.

—Ah —decía yo mientras caminábamos de manos dadas.

«Qué pequeña era a su lado».

Cuando estábamos cerca de la costa me confirmó lo que ya sabía, que era el famoso oyente enamorado, Jollerman. Me dijo que se había enamorado de mí sin saber cómo ni cuándo ni de dónde, como el soneto XVII de Pablo Neruda.

—Es hermoso —dijo con la voz enronquecida.

Contemplamos el horizonte en silencio.

—La vida es un milagro —dijo caviloso.

Me abrazó por detrás y reclinó su cabeza sobre la mía.

—El secreto es jamás perder la fe en uno mismo, en la vida y en Dios —acotó en tono melancólico.

Tenía ganas de llorar.

—Su tiempo es perfecto, Valentina.

Suspiramos hondo y fusionamos nuestros alientos en uno solo.

—Perfecto —repetí absorta en mis cavilaciones.

Mis ojos se llenaron de lágrimas cuando lo vi arrodillarse en mi frente. Cogió una pequeña caja negra y la abrió de golpe.

—Valentina González, amor de mi vida —dijo nervioso entretanto las lágrimas inundaban mi cara—. ¿Quieres casarte conmigo?

Llevé mis manos juntadas a mi boca y salté tres veces.

—¡Sí, quiero! —grité a viva voz y casi me caí, de no ser por él, mi surfista salvador.

Jonás esbozó una amplia y brillante sonrisa. Soltó un largo suspiro, ¿pensaba que no lo aceptaría o era por haberlo aceptado?

«¡Cállate, Valentina!» me reprendí, antes de saltar a sus brazos.

Jonás me giró en el aire tras colocarme el anillo en el dedo anular.

—¡Te amo, pequeña mía!

Me besó con ardor.

—¡Y yo a ti, vikingo mío!

Era un momento perfecto, hasta que una marea enorme de la nada nos bañó enteros. Nos miramos completamente empapados y reímos, reímos de alegría.

Epílogo

♪Hasta mi final – Il Divo♪

Fueron felices por siempre

El 14 de febrero del 2015, dimos el sí frente a Dios.

Teresa fue mi hada madrina. Me regaló un vestido de novia de ensueño, ¡era hermoso!

—Parecerás una princesa de cuento de hadas —me dijo emocionada, el día de la boda.

—Es perfecto, Teresa.

—Fue el vestido que usé en mi boda —me dijo con nostalgia.

Sus ojos se nublaron.

—Gracias por ser la madre que tanto deseaba tener en estos momentos —musité ahogada en lágrimas.

El vestido era de color marfil, mangas largas de encaje, hombros abiertos y falda ahuecada. ¡Parecía un merengue!

—Es precioso —dije al mirarme en el espejo con él puesto.

Teresa le hizo unos retoques. Parecía más moderno, pero no menos romántico. Me colocó unas perlas en la oreja y un velo que me llegaba hasta la cintura. En las manos llevaba rosas blancas, mis flores favoritas.

—¡Estás hecha una princesa, Valentina! —me dijo al tiempo que ambas nos mirábamos a través del espejo de cuerpo entero de su cuarto.

Sus ojos brillaron de un modo difícil de definir con palabras. Supe al instante que era mi madre a hablarme a través de ella.

«Te quiero, mami».

Jonás y unos amigos suyos —los que trabajaban en la cafetería—, arreglaron el antiguo fusca descapotable de Teresa. Tras lograr resucitarlo lo lavaron y lo pintaron en blanco. Teresa y mi jefa lo adornaron con flores y lazos.

—¡Una carroza de cuentos de hadas —chillé al verlo!

No era una carroza de verdad, pero era la carroza de mi cuento.

—¡A ser feliz! —dijo Teresa antes de persignarme.

«Al fin».

La canción de Whitney Houston «I look to you» sonaba de fondo, versión instrumental. Teresa me llevó hasta el altar, donde mi bello surfista me esperaba con su elegante traje de novio y su hermosa sonrisa germánica. El pelo lo llevaba suelto, petición exclusiva mía.

—Estás hermosa, amor mío —me dijo Jonás con ojos melosos.

Acaricié su rostro con mi mano derecha.

—¿Qué puedo decir de ti?

Entrelacé mi brazo con el suyo y nos acercamos al altar donde estaban nuestros amigos más queridos.

El padre comenzó a leer el pasaje bíblico que Jonás había elegido: Corintios 13 «El amor verdadero».

Mis ojos se nublaron.

—Sólo el amor vive para siempre —comenzó a decir y ambos nos miramos con lágrimas en los ojos—. Hay tres cosas que son permanentes; la confianza en Dios, —apretujé su mano con vigor y él me devolvió el gesto con la misma fuerza—. La seguridad de que él cumplirá su promesa..., y el amor —el padre nos miró con fijeza— de estas tres cosas, la más importante,

es el amor...

A continuación, recitamos nuestros votos maritales...

—Yo, Valentina González, te tomo a ti, Jonás Müller —la voz se me estremeció—, como mi esposo y prometo serte fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad —lo miré con intensidad—. Amarte y respetarte todos los días de mi vida.

Sus ojos se enrojecieron.

—Yo, Jonás Müller, te tomo a ti, Valentina González —sonrió emocionado—, como mi esposa y prometo serte fiel, en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad —le miré con ojos soñadores—. Amarte y respetarte todos los días de mi vida.

—¿Los anillos? —preguntó el padre.

—Aquí tiene —dijo Teresa.

—Valentina González, recibe este anillo como signo de mi amor y mi fidelidad... —dijo con infinito amor.

Cogí el otro anillo.

—Jonás Müller, recibe este anillo como signo de mi amor y mi fidelidad... —le dije a punto de quebrarme.

Suspiramos hondo, intercambiando una mirada un tanto bobalicona.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —dijo el padre solemne—. Oremos a Dios porque estos hermanos, que hoy se unen en matrimonio alcancen la felicidad en esta vida y en la otra. Qué Dios bendiga esta unión Santa. Los declaro marido y mujer.

Un beso largo y apasionado selló nuestro enlace mientras la canción Whitney Houston sonaba de fondo.

—¿Recuerdas esa canción, esposa mía?

Las lágrimas rebosaron mis ojos.

—¿Podría olvidarlo, esposo mío?

—Aquella noche supe que te amaba —confesó.

Nos besamos como si fuera la última vez.

—Te amo, Valentina.

Los milagros existían, siempre y cuando creías en ellos.

—Te amo, Jonás.

Siempre creí en los cuentos de hadas y siempre, siempre soñé con vivir uno.

Tras la emotiva ceremonia en la iglesia del pueblo, fuimos a la cafetería para brindar.

—¡Oh, Dios mío! —dije al ver el cartel gigante que cubría por completo la pared del local:

«Al fin felices para siempre».

Jonás me abrazó por detrás y me susurró al oído:

—Es sólo el inicio, mi pequeño gran amor.

Me volví y le dije:

—Te amo, esposo mío.

Rozó la punta de su nariz con la mía.

—Te amo, esposa mía.

El príncipe azul besó a la bella princesa, otorgándole el soplo de vida que había perdido con el paso del tiempo y las malas experiencias.

La canción del grupo Il Divo «Hasta mi final» comenzó a sonar.

—¿Me concederías el honor de esta pieza, amor de mi vida?

Lloré a lágrima viva.

—Sí, mi amor.

Jonás me canturreó la canción y lloré aún más.

«Tu lugar es a mi lado, hasta que lo quiera Dios.

Hoy sabrán cuánto te amo, cuando por fin seamos dos.

*Yo nunca estuve tan seguro de amar así, sin condición.
Mirándote, mi amor, te juro cuidar por siempre nuestra unión;
hoy te prometo amor eterno
ser para siempre tuyo, en el bien y en el mal...».*

—Te amaré hasta el final e incluso más allá de la propia vida,
Valentina.

Nos dimos un apasionado beso que resucitó nuestras almas tras tantos años de haber estado en coma.

—Por siempre, mi amor —le dije mientras él me enjugaba las lágrimas con sus pulgares.

—¡A brindar! —chilló Teresa, y nos arrancó de nuestro trance de un alarido.

Sobre la tarta yacía un novio de pelo largo y rubio que sujetaba a la novia en brazos sobre una tabla de surf. ¡Qué original!

—¡Viva los novios! —chillaron los presentes—. ¡Viva!

Jonás cogió mi mano.

—¿Nos vamos, Pulgarcito?

Me volví y luego sonreí con expresión ladina.

—¡Sí, Thor!

Salimos de la cafetería mientras los invitados saboreaban la deliciosa tarta. Me coloqué mi gabán blanco y mis botas color caramelo del siglo pasado. ¡Nadie lo percibiría bajo mi vestido!

Corrimos por la playa como dos locos.

—¡Al fin solos! —gritó mi vikingo mientras la brisa le desordenaba su larga y dorada melena.

Me cargó en brazos y me giró en el aire. Solté un alarido ante la sorpresa.

—¡Te amo, mi Pulgarcito! —exclamó con todas sus fuerzas.

—¡Te amo, mi vikingo salvador!

Nos derrumbamos sin querer sobre la arena tras perder el equilibrio. Nos rompimos a reír. ¡Nos reíamos por todo! ¡Era tan maravilloso!

Jonás cogió un trozo de tallo que había encontrado y dibujó un enorme corazón en la arena. Yo arrojé mi ramo de rosas en medio del mismo, una nunca sabía quién estaría buscando alguna esperanza, alguna señal, algún milagro que le hiciera suspirar y creer en algo mejor.

«Felices para siempre» escribió mi marido, debajo del ramo.

—Te amo, Valentina González, mi Pulgarcito.

Deslicé mis brazos en su cuello y le obligué a que bajara la cara, para darle un beso, un largo y dulce beso de amor.

—Y yo a ti, Jonás Müller, mi vikingo enamorado.

Jonás retiró algo de su chaqueta, un chocolate que había cogido de la mesa de dulces. Retiró una velita rosa y un mechero. ¡Era mi cumpleaños! Ante la emoción de la boda, lo había olvidado por completo.

—Pide un deseo, mi amor.

Soplé la velita tras agradecer a la vida por aquel momento.

—El universo me dio el mejor regalo de toda mi vida, mi amor —le dije con ojos soñadores.

Jonás besó mis labios con ternura.

—¿Cuál, mi vida?

Miré con infinito amor al hombre que había cambiado mi destino, mi historia y mi corazón.

—Un príncipe a mis 30 —le contesté y le dibujé una amplia sonrisa.

Jonás me alzó en brazos y me giró en el aire.

¡Colorín... colorado... este vikingo y yo apenas hemos comenzado!

Valentina & Jonás

♪Mom – Donna Taggart♪

Un año después...

Jonás y yo descubrimos que nunca podríamos ser padres. Tras varios estudios, mi ginecóloga me dijo que era estéril. Lloré dos semanas consecutivas en los brazos de mi adorado marido.

—Quería darte un hijo —balbucí ahogada en dolor.

Jonás me dijo que adoptaríamos un niño.

—El mundo está repleto de pequeñas almas sin padres, mi amor.

Necesitaba de tiempo para asimilar nuestra realidad y aceptarla.

—Te amo, vikingo.

Me enjugó las lágrimas con sus pulgares.

—Y yo a ti, mi Pulgarcito.

¿Cómo no amarlo? Mi vikingo tenía el don de salvarme incluso de mis propios fantasmas.

—Pronto seremos padres, mi amor —prometió.

Muchas veces pensaba que era un castigo del hado por mis acciones pasadas, pero prefería creer que Dios tenía un plan mejor para nosotros.

«Tus planes son perfectos, señor».

El 14 de febrero, día de mi cumpleaños, decidimos disfrazarnos y jugar a las escondidas. Mi marido y yo éramos muy creativos a la hora de entretenernos.

—¿Dónde estás, Pulgarcito sin bragas?

Nos disfrazamos de Pulgarcito hot y Thor XXX. Él llevaba puesta únicamente la capa del famoso héroe y yo el vestido de Pulgarcito en una

versión nada infantil.

—¡Quiero hacerte el amor, Pulgarcito!

La entrepierna se me empapó.

—¿La posición que me gusta?

Soltó un rugido y golpeó sus musculosos pechos con sus puños. ¿Era Thor o Tarzán? Me reí entre dientes.

—¡Sí!

Jonás solía hacerme el amor de pie, aquella posición me enloquecía.

—¡Tengo un martillo palpitante entre mis piernas para ti! —chilló y no pude evitar reírme—. ¡Aquí estás!

Antes que pudiera reaccionar me cogió y me alzó en brazos. Le rodeé la cintura con mis piernas y con un solo movimiento me penetró hasta el fondo. Un grito de placer se me escapó.

—¿Quién es tu dios del trueno? —me alzó y bajó sobre su enorme erección—. ¡Dilo!

Me aferré a él con fuerza al tiempo que meneaba mis caderas con erotismo, enajenándole por completo de sí.

—¡Tú! —voceé a punto de partirme en dos—. ¡Fóllame, Thor con tu poderoso martillo!

Bajó mi vestido de golpe y succionó mi pecho derecho mientras yo lo montaba en el aire. Me puso contra la pared y aumentó el ritmo de sus embestidas. Sujeté su cabeza entre mis manos y lo besé con pasión insana.

—Eres mi debilidad, Pulgarcito.

Tocamos el cielo en pocos segundos. ¡Mi marido me volvía loca!

Dos horas después, alguien tocó el timbre. Jonás y yo veíamos la serie: The Walking Dead, acostados en la cama y sin ropas, como nos gustaba tras un día ajetreado en la cafetería.

—¿Quién será? —dijo enfurruñado tras levantarse de la cama—.

Mierda —se vistió a regañadientes—. Volveré al rato, mi amor.

Me levanté de la cama y me vestí. Fui detrás de él. Era su mejor amigo, Joshua. ¿Qué hacía aquí? ¿Y por estas horas? Su semblante alarmó mi corazón. Le dijo algo a mi marido a modo de confidencia al tiempo que posaba su mano derecha sobre su hombro derecho.

—¿Qué habrá ocurrido? —musité para mí misma.

Jonás llevó ambas manos sobre la cabeza, aquel gesto me impulsó a salir de mi zona de confort.

—¿Qué ha pasado? —demandé con el corazón en un puño.

Jonás me contó que su hermano e Isabel sufrieron un terrible accidente y que fallecieron en el acto. Llevé ambas manos a la boca en un acto reflejo.

—Lo siento mucho, mi amor.

Jonás no lloró, no dijo nada y aquello me preocupó bastante.

—Tengo que decir algo más —acotó Joshua con su español un tanto raro—. Isabel envió un audio a su madre, Jonás.

Mi marido lo miró con expresión inquisitiva.

—¿Qué decía el audio?

Joshua colocó el audio, pero yo no comprendí ni jota. Había realizado un curso de alemán meses atrás, pero mi nivel era muy básico aún.

—Dios mío —murmuró mi marido con el semblante desencajado—. No puede ser cierto.

Joshua torció su gesto y yo ladeé la cabeza más perdida que una stripper en un seminario.

—¿No? —retrucó desafiante.

¿De qué estaban hablando? ¿Por qué no me lo decían?

—Madre mía —dijo Jonás más abatido que minutos atrás.

Silencio.

Miradas.

Suspiros.

Palabrotas.

—¿Qué ha pasado, Jonás?

Tras recuperarse de la impresión, me explicó que su hermano había descubierto una verdad, una verdad que lo fulminó por dentro y lo enloqueció. Aparentemente, aquel accidente no fue una mera eventualidad. ¿Fue un suicidio?

—¿Qué verdad? —resoplé cada vez más intranquila.

Jonás se levantó y llevó sus manos a su cabeza por segunda vez. El mismo ademán de minutos atrás, supuse que por la misma razón.

Silencio.

Miradas.

Suspiros.

—El hijo de Isabel no era de mi hermano.

Puse mis ojos en blanco al oírlo.

«Zorra». Engañó a Jonás y luego al hermano.

—Oh... —fue lo único que pude articular.

Mi marido me miró con una expresión entre melancólica y ensombrecida.

—Isabel envió en el audio el nombre del padre, mi amor.

La realidad me abofeteó con violencia. Ella había gritado “Jonás” en medio del altercado con Stefan. Me levanté del sofá de un salto como si tuviera unos resortes bajo las piernas.

—¿Es tu hijo? —inquirí con voz temblorosa.

Jonás lloró con amargura, vencido al fin por las viejas y nuevas emociones. Me acerqué y me abracé a él con fuerza.

—Mi amor —mascullé anegada en lágrimas—. Tienes un hijo —dije

destrozada.

Jonás me apartó y me miró con infinita dulzura.

—Mientras no me haga el ADN, es solo una posibilidad, cielo.

—Mejor preparo nuestras maletas —anuncié y logré dibujar una tímida sonrisa en sus labios.

Viajamos esa misma noche a Berlín. Días después, Jonás y su sobrino Walter, se sometieron al examen de paternidad. Mi marido ni siquiera miró al niño.

Walter era su hijo.

—Es el niño más hermoso que jamás vi —le dije al tiempo que lo cogía en brazos—. Hola mi pequeño vikingo —lo llené de besos.

Walter tenía apenas ocho meses de vida. Era tierno y muy risueño. ¡Era idéntico a Jonás! El examen era una mera formalidad para comprobar lo evidente a simple vista.

Jonás estaba en shock.

—¿Mi amor? —le dije y lo arranqué de su trance—. Es tu hijo.

Jonás lo cargó por primera vez y lloró emocionado ante el pequeño milagro.

—Mi hijo —dijo entre lágrimas.

En ese lapso, me contó que se había acostado con Isabel para vengarse de su hermano, meses antes de la navidad del año pasado. Decían que la venganza era dulce, pero en su caso fue amarga, muy amarga.

—No medí las consecuencias —sollozó.

Cogí su enorme mano y besé el dorso.

—Es hora de perdonarlos y perdonarte, mi amor —musité—. Ella te dio lo más valioso de este mundo —le miré a Walter—. Un hijo.

Jonás lo besó con ternura y a cambio, Walter rio con todo su corazón, como siempre él lo hacía. Unos lagrimones atravesaron mi rostro ante la

enorme emoción que sentía dentro de mí.

—Nuestro hijo, Valentina.

Lloré a moco tendido tras escucharlo. ¿Dijo nuestro hijo?

—Nuestro hijo —balbució anegado en lágrimas.

Sonreí entre lágrimas.

—Nuestro hijo —repetí y me abracé a él—. Mis vikingos.

Tras el sepelio de Stefan e Isabel, retornamos a Somo con Walter. Los padres de Isabel intentaron oponerse, pero la ley amparaba a Jonás, el verdadero padre.

—¿Eres feliz, mi amor? —me preguntó Jonás cierta noche mientras Walter dormía entre mis brazos, disfrazado de vikingo.

Una lágrima se me escapó y posó sobre su pequeña cabecita. Se movió, pero no se despertó. Nuestro hijo parecía un ángel, un vikingo con alas.

—Como nunca imaginé serlo, mi amor.

Jonás besó mis labios con entrañable dulzura.

—Eres la mejor madre del mundo —lagrimeó—. Sois mi mundo.

Nuestro cuento de hadas estaba completo.

—Te amo, mi vikingo.

—Te amo, mi Pulgarcito.

La bella princesa fue salvada una vez más por su valiente vikingo y fueron felices para siempre, por el resto de sus vidas.

Lista de músicas

♪With love – Sarah Connor♪

♪Melancholy -Secret Garden♪

♪Landing in London – 3 Doors Down♪

♪Que bonito - Rosario♪

♪I dont care – Apokalyptica♪

♪Time after time – Eva Cassidy♪

♪Run – Snow Patrol♪

♪Tomorrow – Avril Lavigne♪

♪Don´t stop dancing – Creed♪

♪Dust to dust - Civil Wars♪

♪So far away – Staind♪

♪Amores extraños – Laura Pausini♪

♪Outside – Staind♪

♪Dreamer – Uh Huh her♪

♪Just hold me – María Mena♪

♪Broken – Seether ft. Amy Lee♪

♪Mi sol – Jesse & Joy♪

♪Never let me go – Florence the machine♪

♪Cry – Jason Walker♪

♪Perfect – Ed Sheran♪

♪Down – Jason Walker♪

♪Pocketful of sunshine – Natasha Bedingfield♪

♪It all runs together – Marley and me♪

♪The sound of silence - Disturbed♪

♪I look to you – Whitney Houston♪

♪Better in time – Leona Lewis♪
♪Hero – Mariah Carey♪
♪Baby I need you -Kim Taylor♪
♪Tengo un amor – Gala Évora♪
♪All I need - Within Temptation♪
♪Hunger – Ross Copperman♪
♪Swept from the sea – John Barry♪
♪Home again – Vonda Shepard♪
♪Se – Josh Groban♪
♪Hasta mi final – Il Divo♪
♪Mom – Donna Taggart♪

Otras obras de la autora

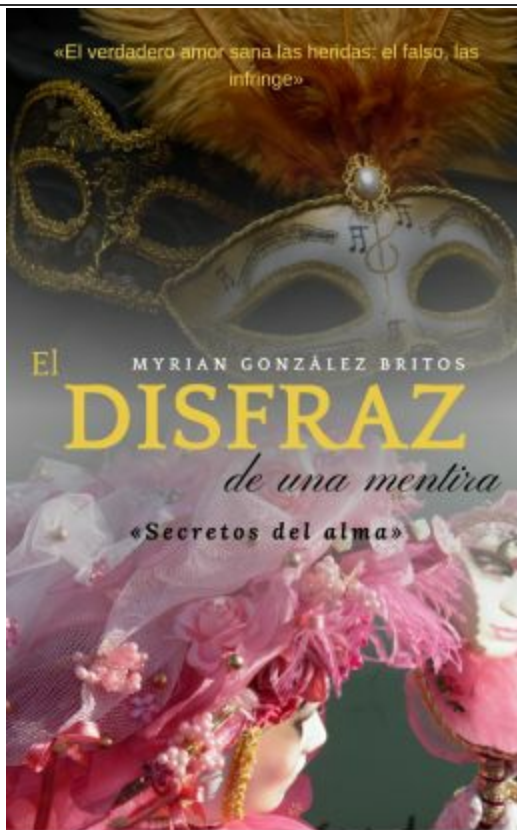
Myrian González Britos



El disfraz de una mentira (1)

El disfraz de una mentira (2)

Dos almas y un secreto

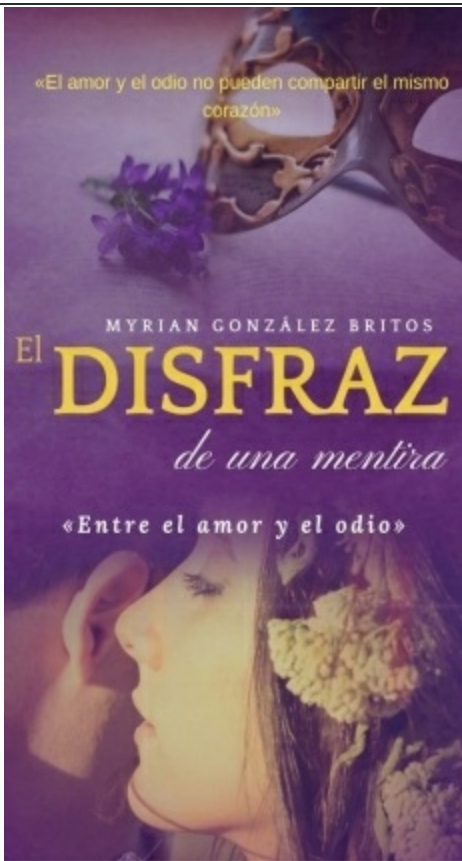


¿Qué razones nos llevan a escondernos tras un disfraz? Para algunos es la inseguridad, el miedo. Para otros, la maldad. En Bagni Di Luca, un pequeño pueblo de Italia, Anna Bellini se refugia en los libros y la comida para huir de la soledad.

Carla Ferruzzi no duda en brindarle su amistad, y entre ellas se genera un lazo que parece inquebrantable. Un lazo que se pone a prueba con la llegada de Marcello Hoffman.

Las verdades salen a la luz, las máscaras caen y no

hay disfraz que resista las pruebas del amor.
El disfraz de una mentira, una novela que habla del
valor de la amistad, el amor y la sinceridad.



«Entre el amor y el odio, porque no pueden residir ambos sentimientos en el mismo corazón»

Anna y Marcello se separan tras una trampa bien armada por Carla. Cada uno sigue con su vida, aunque, jamás consiguen desconectar sus almas.

Anna se marcha a estudiar periodismo en Turín, donde disfruta de su juventud con sus amigos y conoce a Alex Mancini; sin embargo, no consigue olvidar a su primer amor. verdadero?

Marcello sufre una gran pérdida e intenta reconstruir su vida al lado de Caroline, pero, a pesar del tiempo y la distancia, no logra olvidar a Anna.

El pasado y el destino parecen conspirar contra la felicidad de ambos, ¿o era alguien más?

Cuando a Anna le diagnostican una grave enfermedad visual, y la tragedia golpea su puerta una vez más, se sumerge en una profunda y peligrosa depresión.

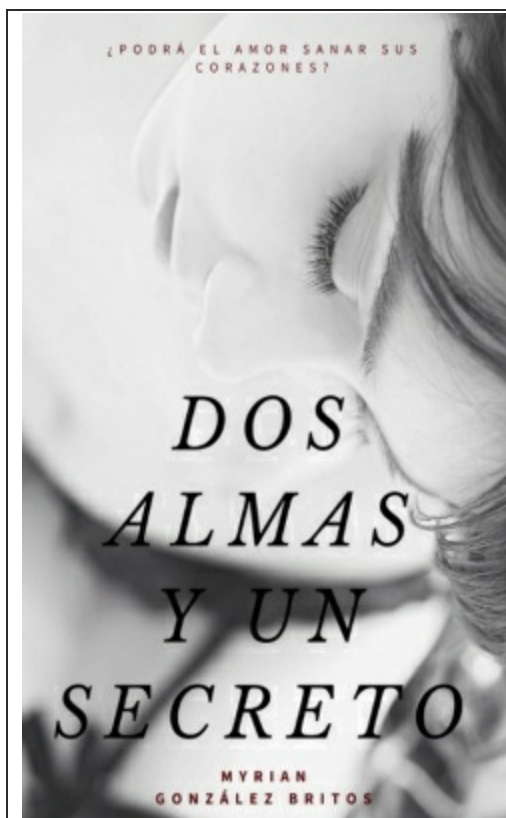
Todo empeora, el día que descubre una verdad oculta detrás de una mentira bien disfrazada.

Nadie era quien parecía ser en su vida.

El odio y la venganza comandan su corazón a partir de entonces.

Nada parece capaz de hacerla desistir, salvo, quizá, el inmutable amor de Marcello, que retorna a su vida, para poner a prueba su corazón y su propio destino.

¿La venganza será su salvación o el amor



Todos tenemos un secreto inconfesable en esta vida». Matt lo tenía. Lizzy, también. Matthew Caffrey, un millonario excéntrico y perturbado, lucha contra su pasado en un desesperado intento de que éste no rija su presente; pero el vacío que siente es cada vez más profundo y difícil de llenar. Lizzy Smith carga con una historia de dolor y abusos. Su alma parece ahogarse en las penas y sólo desea ser feliz, aunque sea una vez en la vida. Dos corazones. Un secreto. Una oportunidad de sanar.